

Mary O'Neill

EL CANDIDATO  
Y LA PERIODISTA



# El candidato y la periodista

Mary O'Neill

© Texto 2019

© Portada 2019

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de este libro, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros medios sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

"Siempre hay algo de locura en el amor.  
Pero también hay siempre una cierta razón en la locura."

Friedrich Nietzsche

## Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Agradecimientos](#)

# Capítulo 1

Claudia despertó empapada en sudor. Era la segunda vez que soñaba con él en apenas quince días.

—¡No puede ser! —se dijo con cierto enfado—. Otra vez no.

Se destapó y con los pies tiró hacia abajo el nórdico. El fresco de la mañana — el despertador de la mesita marcaba las siete y diez—, le hizo sentir un escalofrío que lejos de alejar la sensación de ardor intenso que notaba, la acrecentó. Había soñado con él, de nuevo, y había hecho el amor tan intensamente durante el sueño que, ya despierta, todavía podía sentirlo dentro, moviéndose al compás de sus caderas que de forma inconsciente comenzó a mover.

Abrió los ojos en un vacío intento de alejar el deseo de su cuerpo y a él de su mente, pero mientras lo hacía, su mano subió la vieja camiseta gris de propaganda que usaba para dormir y se deslizó por debajo de las bragas.

¿Cómo era posible que ese hombre provocara en ella emociones tan penetrantes sin ni siquiera estar allí? ¿Cómo podía imaginar a la perfección su cuerpo desnudo, su sabor, su olor, si nunca habían estado juntos? Y con toda seguridad, nunca lo estarían. No tenía respuesta.

Volvió a cerrar los ojos, incapaz de detener sus deseos e imaginó besos húmedos, voraces, y la eléctrica sensación de su lengua dentro de su boca; cuando jugaba a sorber, caliente. Su barba le raspaba y le hacía cosquillas. También le producía un leve dolor. Pequeño placer.

Se retorció con gusto en la cama y el nórdico cayó por completo al suelo. Le dio igual. Su mano bajó un poco más y pudo sentir lo mojada y acalorada que estaba. Ese hombre la ponía a mil, aunque fuera algo irreal y el roce de su barba entre los muslos o su lengua jugueteando con su sexo, llevándola al placer más absoluto, fueran solo espejismos. Sabía perfectamente qué hacer con ella; dónde y cómo.

Empezó a gemir y con la otra mano se tocó con avidez los pechos, pellizcando

sus pezones. Ardía de ganas de comérselo, de hacerlo con él de nuevo; de sentirlo dentro otra vez. Tiró de él, de su cabello negro hacia arriba y le agarró con fuerza por la espalda. Quería más. Le quería dentro.

El orgasmo estaba cerca. Podía sentirlo y el arqueado de su espalda se lo decía. Su mano se movió dentro de las bragas con cada vez mayor velocidad y cuando él por fin volvió a penetrarla, a clavarse en ella y lamer con frenesí su oreja, ahogando sus gemidos entre sus caracoles pelirrojos a la par que agarraba con fuerza el cabezal de la cama, no tardó en llegar. Todo su cuerpo se bamboleó cubierto de sudor y de su boca, abierta, donde ahora metía los dedos, salieron quejidos sofocados de puro placer.

Ese hombre... «Mierda», pensó. «Lo he vuelto a hacer»

De la misma, con el olor del sexo mañanero aún incrustado en su cuerpo caliente, enfadada por su debilidad, se levantó de la cama y se fue directa a la ducha. Se había entretenido y si no se daba prisa, llegaría tarde a la rueda de prensa en el Foro Económico de las Ciudades, en plena Gran Vía madrileña, donde se iba a hablar de propuestas de carácter laboral de cara a las elecciones nacionales de finales de abril. Ella tenía que cubrir el acto. Tenía que hacer un avance web de las intervenciones principales y después una noticia para *El Globo*, donde trabajaba en la sección de política. Al acto, convocado por EGO, un partido de ultraderecha que había entrado en la política de forma brusca, acudiría él como su máximo representante.

Bajo el agua caliente de la ducha, se sintió mal. ¿Cómo podía soñar con ese tío al que aborrecía? ¿Cómo podía tener sueños eróticos y disfrutar tanto con un tipo al que odiaba medio país y cuyas ideas se parecían más a las de la Edad Media que a las de hoy en día?

Sintió vergüenza y se dijo a sí misma, mientras se jabonaba, que no volvería a soñar con él, pero nada más hacer la promesa, sintió cierta contrariedad en su pensamiento porque, en el fondo, ese tipo, cuando venía a visitarla de noche, le gustaba mucho.



## Capítulo 2

Santiago Peñascal salió de la sala del Foro Económico de las Ciudades nervioso. No sabía si lo había hecho bien, aunque tenía la sensación de que no había contestado correctamente a las preguntas ni de los expertos ni de los periodistas. Él no estaba acostumbrado a dar ruedas de prensa, y mucho menos a ser preguntado por cuestiones económicas en un escenario tan serio y formal como aquel, pero su asesor, Paco Villambrosa, se habían empeñado en que era lo mejor para el partido y no pudo negarse a asistir. Como máximo representante de EGO, debía acudir a ese tipo de eventos.

—No ha estado mal, Santi —le señaló Paco mientras le abría la puerta del coche con chófer que el partido había alquilado para la precampaña y la campaña de cara a las elecciones. Si querían ser un partido de gobierno tenían que parecerlo. Llevar coche oficial ayudaba.

—No sé —dudó. Entró y suspiró un poco más tranquilo en cuanto se alejaron de los focos de la prensa—. Me he sentido cohibido, sobre todo con las preguntas de la periodista de *El Globo*.

—¿La ojos de gata?

—¿Ojos de gata? —Santiago se quedó un momento parado. Sí que era un apelativo acertado, la verdad.

La periodista tenía unos ojos verdes muy intensos y profundos. Grandes y ciertamente bonitos, pero desde que la conocía, cuando saltó oficialmente a la palestra pública, justo en las elecciones andaluzas, no sabía por qué, ella siempre apartaba la vista cuando él la miraba, y eso era algo que le inquietaba.

—Sí, así la llaman en el mundillo —le aclaró su jefe de prensa y de campaña. También, desde hacía un tiempo, organizador de todo en EGO ya que cuanto se hacía pasaba por las manos de Paco Villambrosa.

—¿Mundillo? De verdad, Paco, a veces pienso que hablamos idiomas diferentes. No sé cómo la llaman en el mundillo ni cómo se llama en el mundo

real, pero no para de hacerme preguntas incómodas. ¿No te parece?

—Para tu información, te diré que se llama Claudia Armendáriz, pero no te preocupes por ella. Le habrán dicho que sea incisiva. Ya sabes lo rojos que son en *El Globo* y, de todas formas, te pregunte ella o cualquier otro, para la próxima vez, muéstrate un poco menos tenso.

—¿Menos tenso? Qué fácil es decirlo desde tu posición, Paco. A ti te quisiera ver yo en mi lugar.

—Oye, Santi, que es por tu bien. Según las encuestas —y le tendió una carpeta con los resultados de las novísimas exploraciones realizadas para el partido por una de las empresas de demoscopia más importantes del país—, tenemos que mostrarnos un poco menos hoscos para ganarnos a los que nos tienen miedo.

—¿Miedo? No lo entiendo. Nuestra intención no era dar miedo.

—Bueno, ya, pero las cosas han cambiado —y Paco le proporcionó también una copia de la agenda de la semana con todas las actividades en las que Santiago tendría que participar—. Eso era antes de que pudieras ser Ministro o incluso Presidente. Ahora Alejandro se encargará de meter miedo y tú serás un poco, digamos, más neutral. Ese es el plan, ¿recuerdas?

Santiago lo miró indeciso. Todavía no se hacía a la idea de que aquella posibilidad pudiera de verdad existir. ¿Ministro? ¿Presidente? Su partido había nacido como una forma de hacerse un nombre, crecer políticamente y ganar dinero, y no como una opción real de gobierno. Era sorprendente que la gente de veras creyera que ellos podían gobernar. Y sí, sabía que Alejandro Zárate, el que tenía que meter miedo, se le daba de maravilla ese cometido y era experto en la conquista de la masa más reaccionaria y descontenta con la forma de regir el país hasta el momento. No obstante, también era cierto que eso asustaba a la derecha más conservadora y menos radical, y ahí es donde entrababa él.

—Esta noche recuerda que tienes que asistir a la gala de entrega de los Premios Oro del cine —le recordó Paco.

—¿De verdad tengo que ir? —protestó—. Me van a comer vivo. Ya sabes que no somos bienvenidos en ese mundo. ¿Por qué no va Alejandro?

—Santi, por favor. Como se te ocurre semejante idea. ¿Tú sabes la que se puede armar si Alejandro se presenta en el Teatro Real esta noche? —y le tendió la tableta donde le enseñó una noticia en la que salía Alejandro, brazo en alto, rodeado de jóvenes con la cabeza rapada, la cara medio tapada por pañuelos negros y bien abrazados a la bandera de la España preconstitucional.

Paco tenía razón. Con el carácter agrio, sectario e intransigente de Alejandro, su visita a una gala como esa podía significar una bajada sustancial en las encuestas y la pérdida de algunas oportunidades, idea que por un instante — fugaz sin embargo suficiente para que Santiago se diera cuenta de su aparición— no juzgó tan descabellada. Volver a su vida de antes en la Agencia del Conocimiento del Gobierno de Madrid, a un segundo plano ajeno a la vorágine de la política actual de estado tan carroñera e indecente donde todo se vendía y compraba, incluso el alma, le resultó seductor.

—¡Bah! No te preocupes —le tranquilizó Paco haciendo que regresara a la vida real—. Tú sonríe. Vete con algún ligue, aunque te recomiendo que pienses en arreglar lo de una novia formal y oficial —sacó uno de los periódicos con los que siempre cargaba y le señaló la fotografía de uno de sus rivales políticos. Era Alberto Ríos del APYL (Alianza, País y Libertad), también de derechas, pero más liberal y moderado—. Los que no tienen una o andan a lo loco con cantantes, como este idiota, tienen menos posibilidades de llegar a la Moncloa.

Santiago miró a su rival y sonrió. Paco volvía a tener razón, pero ninguna de las mujeres con las que solía salir de vez en cuando le gustaba lo suficiente como para hacerla novia formal. Era algo que nunca pensó cuando inició su particular andadura en política. Además, había tenido malas experiencias al respecto y ahora con la deriva que había tomado el partido, debía tener más cuidado si cabe. No valía cualquiera. Por eso decidió que esa noche acudiría a la gala solo.

## Capítulo 3

Las teclas no paraban de sonar en la redacción. Hacía muchos años que no se usaban las máquinas de escribir, pero el sonido de los teclados, por muy modernos que estos fueran, no era en modo alguno silenciosos. Eso, al menos, le parecía a Claudia que desde su silla azul observaba a sus compañeros de redacción mientras esperaba poder reunirse con Enrique Peña, el jefe de sección que estaba a su vez reunido con el jefe del periódico. Nada más llegar esa mañana, después de recibir las órdenes de cuánto espacio y en qué página iría su noticia sobre el Foro Económico de las Ciudades, Enrique le había dicho que iba a haber cambios y estaba esperando las nuevas instrucciones.

Ella deseaba con todas sus fuerzas que la reubicaran en Cultura. Siempre quiso ser periodista en esa sección y no seguir a los capullos de política. Escribir sobre libros, obras de teatro, estrenos de cine e incluso sobre todas esas series de televisión que no podía ver desde que había entrado a trabajar en *El Globo*. Ir a las inauguraciones y involucrarse de arte. Eso quería y con eso soñaba desde que empezó la carrera de periodismo.

Claudia dejó de soñar despierta cuando vio a Enrique salir del despacho del mandamás. Se puso tiesa en su silla.

—Bien, Claudia. Tenemos novedades —ella asintió expectante—. Sabes que apenas quedan dos meses para las elecciones y que hay nuevos jugadores en la partida —Claudia volvió a asentir—. Por eso nos hemos visto obligados a reorganizar a la gente en el periódico. La campaña no empieza de forma oficial hasta el 12 de abril, pero en realidad ya sabes que están siempre de campaña. No sé, la verdad, si alguna vez no lo están.

Un nudo se formó en el estómago de la periodista. Algo le decía que sus deseos no iban a verse cumplidos. El destino no estaba por la labor de echarle una mano. No al menos en eso.

—El caso es que hay que cubrir a los de EGO porque hay muchas

posibilidades de que sean definitivos para la formación de Gobierno, así que te ha tocado. No podemos dejarlos de lado. Sé que no te va política y que hace tiempo que has pedido tu cambio a cultura, pero eso tendrá que esperar.

—¿De verdad, Enrique?

—Lo siento, Claudia, es lo que hay. Sé que no te cae bien Santiago Peñascal, pero ya has cubierto otros actos en los que él ha estado, como el de esta mañana, y...

—¿Y por qué no Sandra o Pelayo? Ellos llevan toda la vida en esto de la política y tienen más experiencia en campañas y en el seguimiento de partidos —le interrumpió. No se podía creer lo que le estaban diciendo. ¿De verdad iba a tener que seguir a ese hombre a todos lados hasta las elecciones?

Esa mañana, bajo el chorro de la ducha, tras su incursión mañanera de sexo imaginario con Santiago Peñascal, se había prometido que iba a pensar en él lo menos posible y que iba a intentar odiarle. Por eso le hacía, ya de antes, preguntas incómodas y molestas. ¿Cómo lo iba a conseguir si desde el periódico la mandaban ser su sombra?

—Por qué los demás ya están repartidos —le explicó su jefe—. Pelayo seguirá a los del Unidos Siempre y Sandra irá de campaña con Alberto Ríos de APYL. Otros compañeros como Virginia o Mónica también tienen ya partido asignado. Este año la cosa es más complicada y no podemos hacerlo de cualquier manera. Desde arriba se ha decidido que iréis uno por líder, así que hasta los de cultura y sociedad van a tener que colaborar con política porque de lo contrario no vamos a poder cubrirlo todo. Y no te quejes que te ha tocado Santiago Peñascal y no Alejandro Zárate, que te hubiera gustado mucho menos.

En eso tenía razón. Ese tío le caía fatal. No se podía ser más retrógrado, racista, fanático, misógino... No entendía, por más vueltas que le daba, cómo la gente podía votar a un tipo como ese.

—Te he preparado una agenda especial para que sepas a qué actos tendrás que ir. De momento solo incluye los de esta semana, pero según tengamos más convocatorias, Raquel las irá incorporando —y señaló en dirección a la mesa de

su secretaria—, por lo que te recomiendo que la controles para no perderte nada. Luego, ya sabes cómo va. Avance web si te lo pido, y noticia o reportaje según espacio que intentaré siempre que lo sepas lo más pronto posible.

Claudia apuntó en su libreta algunos de los datos que Enrique le dio y miró hacia donde se sentada Raquel. Le caía bien la secretaria y, al verla con la cabeza metida de lleno en la pantalla de su ordenador, sintió pena. La pobre mujer se iba a dar una verdadera paliza en los próximos meses porque estaba convencida de que no solo se encargaría de su agenda. Lo más probable era que lo hiciera de la de todos los que iban a cubrir la campaña.

—En un momento te mando la agenda por correo para que la tengas. También te pasaré teléfonos y direcciones de *email* de todos los del partido y de Paco Villambrosa, por supuesto, su jefe de gabinete, de campaña y de no sé cuántas cosas más. Por si lo necesitas. Son tanto los privados como los públicos, así que guárdalos en el móvil para mayor comodidad y...

En cuanto oyó lo del móvil, Claudia dejó de escuchar a Enrique. Iba a tener el número privado de Santiago Peñascal en su teléfono y una extraña sensación le subió por la espalda hasta llegar a la nuca donde se le erizó el bello al resucitar la fantasía de sus dedos enroscados en su pelo. Alejó a toda velocidad esa imagen e intentó prestar la mayor de las atenciones.

«Olvídate de él», recapitó. «Olvídalo de una vez. Sois como el aceite y el agua. Ha sido solo un sueño erótico y nada más. Un calentón mañanero sin importancia».

—Esta noche tienes que ir a la gala de los Premios Oro del cine en el Teatro Real —Claudia volvió a la realidad a la velocidad del rayo al oír aquellas palabras. Gala. Premios. Teatro Real—. Es a las diez, aunque deberás estar allí antes para lo de la acreditación. Ya sabes cómo son con estas cosas y más ahora que seguimos en alerta cuatro. Por eso, dejo que te largues para que te pongas mona porque se exige etiqueta.

—Pero si son ya más de las cuatro de la tarde —Claudia se levantó de golpe, se puso la chaqueta y recogió a toda prisa sus cosas—. ¿De dónde pretendes que

saque un vestido de gala para ir al teatro?

—¿Las mujeres no tenéis de esas cosas en el armario?

—Sí, claro y también tenemos un bolso como el de Mary Poppins del que sacamos de todo.

—Oye, pues no estaría nada mal tener uno de esos, pero seguro que algo se te ocurre — y sonrió al pensar que un bolso así lo querría hasta él—. Todavía tienes unas cuantas horas por delante para solucionarlo. Por eso te doy el resto de la tarde.

Claudia miró su reloj y suspiró, pero no siguió protestando. ¿Para qué? No serviría de nada explicarle a su jefe que no era sencillo arreglarse como el protocolo aconsejaba en tan poco tiempo. Salió a toda prisa, llamó al ascensor y también telefoneó a Matilde, su mejor amiga.

Quizá no tuviera un bolso como el de Mary Poppins, pero tenía a Mat, como la llamaba. Era la dueña de una tienda de vestidos de noche y fiesta, algunos de alta costura. No le gustaba abusar de ella y todavía era el día en el que nunca se había puesto ninguno más allá de los probadores, pero esa tarde tendría que hacerlo.

Matilde contestó al cuarto tono.

—Eh, Claudia, ¿Qué tal? ¡Qué bien que llames! Justo estaba pensando en ti porque me ha llegado el extracto de los puntos acumulados de vuelo y me alcanza para que las dos, si te apetece, nos vayamos a...

—Siento interrumpirte, Mat, pero necesito tu ayuda.

## Capítulo 4

Santiago llegó puntual a la gala ante la mirada de aversión de algunos viandantes congregados en la entrada del Teatro Real, que no dudaron en abuchearlo, y la expectación de los medios de comunicación. Era algo a lo que, por mucho que se repitiera, no se terminaba de acostumbrar. No era habitual que su partido acudiera a este tipo de actos, pero la campaña era la campaña, aunque todavía no hubiera empezado. Paco se lo había dejado bien claro.

—Te pones guapo, vas, sonrías, te sientas en tu butaca, sigues sonriendo incluso cuando hagan chistes sobre ti o sobre el partido, saludas a todo el mundo y después para casita. Eso es todo. Así de fácil. Y no te preocupes que yo estaré por allí y te ayudaré en caso de apuro.

Y así de fácil, ahí estaba él. Sin ninguna gana. Sin dejar de sonreír como los tontos y sin que su asesor diera señales de vida. Le había llamado tres veces desde el coche y nada. Otra vez desde la puerta y tampoco.

Quiso pasar lo más rápido posible por la alfombra morada de los premios y llegar cuanto antes a la sala de butacas para tomar asiento y alejarse de todas esas miradas de desprecio, pero le fue imposible sortear a los periodistas que en cuanto le vieron, le atacaron con sus micrófonos y le acosaron a todo tipo de preguntas. Incluidas algunas sobre sus relaciones amorosas, sus últimos viajes a Mallorca, a una casa que tenía allí o si en realidad era gay y no se atrevía a decirlo. Eran todo cuestiones tan fuera de lugar, así al menos se lo parecieron, que solo reaccionó cuando escuchó la más extraña de todas.

—¿Se siente incómodo por estar sobre una alfombra morada?

Santiago echó un vistazo a la moqueta que, con sinceridad, no le producía ninguna sensación en particular. Y eso mismo era lo que le iba a decir a la periodista que le había hecho la pregunta, cuando al levantar la mirada, se quedó mudo por completo.

Frente a él, vestida de azul eléctrico, tenía a la periodista pelirroja del *El Globo*



que lo escrutaba con sus ojos de gata. Era la primera vez que la tenía tan próxima. Nunca antes había podido ver tan de cerca esos ojos que tantas veces ella le había ocultado y eran realmente fabulosos. Como las mareas. Como un mar Caribe que invitaba a meterse en sus aguas para no salir nunca. En ese mismo instante se sintió perdido, atrapado. Cautivadores e hipnóticos, le abrazaron con fuerza y comprendió que sería capaz de hacer cualquier cosa por verlos sonreír. Santiago Peñascal sintió tantas cosas que hacía años que no sentía ante esos ojos, que de la misma las quiso desechar todas porque ese tipo de sentimientos no tenían cabida en su mundo.

Percibió igualmente un pellizco entusiasta en el final de la espalda. Un cosquilleo que se acrecentó sin remedio cuando su mirada se deslizó hacia la boca de la periodista que en ese momento le repetía la pregunta. Sus labios, carnosos, húmedos por la saliva, eran como un balcón abierto a un calor que empezaba a sentir y que no entendía de dónde nacía o por qué. Los sintió sabrosos, húmedos.

—¿Morada? —acertó a decir sin poder dejar de mirar esos labios.

Claudia, que llevaba un vestido largo de lentejuelas azul eléctrico de Giorgio Armani Privé que Matilde, que tenía un ojo magnífico para esas cosas, le había sacado en la tienda, percibió algo extraño en la mirada de él y se sintió cohibida, desnuda, y apartó, como tantas otras veces, sus ojos. Se fijó entonces en que de cerca debía reconocer que ese hombre era más atractivo todavía que en sus sueños y, sin querer, percibió cómo se mojaba. Intuía el cuerpo con el que había soñado y jugado debajo del esmoquin negro ajustado.

—Sí, morada —le dijo muy seca, para intentar alejar el calor que notaba—. Se trata de una referencia al feminismo. Una forma de apoyar el movimiento que desde su partido tantas veces se ha denominado como enfermizo, insano, opresor o desaprensivo. Le repito la pregunta: ¿Se siente incómodo por estar sobre una alfombra morada?

—Yo no. El morado... No sé. El feminismo no es... ¿Por qué...

—Entonces, todo lo que desde su partido e incluso usted mismo dicen sobre

el feminismo y lo que representa, ¿es solo una forma de ganar votos?

Santiago no terminaba de reaccionar. Todos le observaban, a la espera de una respuesta clara, como siempre había hecho. Una réplica contundente sobre lo que desde el partido se tenía que decir sobre el feminismo, pero él no podía articular una frase coherente. Sin entender por qué, se había quedado hundido en los ojos verdes de esa periodista; hundido en su boca y la humedad de sus labios. Hundido también en su melena roja, suelta, fuego, que brillaba sobremanera en contraste con el azul de su vestido. Y en las pecas que lucía su nariz, respingona.

—Señor Peñascal —le dijo otro periodista—. ¿Se encuentra bien?

En aquel momento y antes de que Santiago pudiera decir nada, se formó un buen revuelo en la alfombra morada porque una estrella de la televisión norteamericana, invitada para la gala, llegaba al recinto y todos los periodistas corrieron hacia ella. Con la agitación y las carreras, Claudia fue empujada y, muy a su pesar, tuvo que agarrarse al brazo de Santiago, que seguía allí parado, como una estatua, electrizado, para no caer al suelo.

Cuando sus manos se rozaron, algo sucedió. ¿El qué? Algo que ambos se negaron a concebir y juzgar como real porque ninguno creía en ese tipo de cursilerías típicas de las películas románticas preferidas por los inmaduros o adolescentes.

¿Deseo? ¿Amor? ¡Era imposible!

Claudia se soltó enseguida y Santiago también retiró rápido el brazo.

—Gracias —le dijo ella.

—De nada.

Y allí se quedaron, como dos pasmarotes. Sin decir ni hacer nada hasta que llegó Paco, saludó a Claudia, cogió a Santiago del brazo y se lo llevó a la sala de butacas.

Claudia entonces sí reaccionó, salió de su turbación y pensó en largarse de allí de inmediato. Ya no tenía nada más que hacer en el teatro. No tenía mucho que contar porque Santiago no había respondido, pero eso mismo ya era algo que decir: “Santiago Peñascal, líder de EGO, se niega a responder a preguntas sobre

feminismo”. No era mucho, pero tendría su audiencia.

Cuando se giró para ir a la zona del guardarropía a coger su abrigo y llamar a un taxi, notó cómo le temblaban las piernas. Estaba nerviosa. Miró hacia atrás y, de lejos, vio a Santiago entrar en la sala de butacas con Paco. Él también se giró un instante y sus miradas volvieron a coincidir. En ese momento se maldijo por su mala costumbre de desobedecerse a sí misma. Se había dicho que nada de contacto visual y tampoco físico. Solo preguntar y escuchar. Nada más. Hacer su trabajo y punto. Y se maldijo porque en el mismo momento en el que los ojos verdosos de Santiago la miraron, volvió a sentir el calor con el que se había levantado esa mañana e idénticas ganas de que él la poseyera; de tenerlo dentro, de que la besara y amara.

¿Cómo era posible? ¿Por qué le pasaba todo aquello? ¿Por qué sentía eso por un tío al que despreciaba? ¿O acaso no era así?

Salió a todo correr de teatro, con la cabeza hecha un lío y el cuerpo alborotado por completo de deseo. Cogió su abrigo, llamó a la redacción y explicó lo que tenía. Era tan poco que le dijeron que no se preocupara por las horas ni por mandar nada sesudo al periódico. Ya lo redactaban ellos y así podrían cerrar más pronto que si esperaban a que ella les enviara un texto más elaborado porque del resto de candidatos políticos no había nada nuevo. Ninguno había ido a la gala. Aquello le pareció perfecto. Ojalá todos los días salieran así de fáciles periodísticamente hablando.

Tras solucionar lo de la noticia, por fin llamó a un taxi y pidió que la llevara a Conde Duque, al piso de Matilde. Necesitaba hablar con alguien de lo que esa noche había sentido. Necesitaba aclarar esas ideas estúpidas y volver a sentirse ella misma porque desde que había soñado por vez primera con Santiago Peñascal, tenía la sensación de que una parte de ella se había enamorado de ese imbécil sin pedirle permiso. Y eso no estaba dispuesta a permitirlo. No podía enamorarse ni sentir nada por un tipo cuyas ideas eran tan contrarias a las suyas y tan despreciables.

Santiago, por su parte, se sentó obediente en las butacas, como Paco le indicó,

pero en realidad estaba a kilómetros de la sala. Ido.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan callado? —quiso saber Villambrosa.

—No sé. Es la periodista de *El Globo* que me hizo una pregunta. Y sí que tiene ojos de gata. Son muy bonitos y...

—Sí. La ojos de gata, Claudia Armendáriz, pero ya te he dicho esta mañana que no te preocupes por ella. Que solo hace lo que mandan. ¿Qué te ha preguntado?

—No es eso, es que sus ojos son... Y al tocarme... Cuando me ha tocado, yo... ¿Te has fijado en su boca? Ella...

—¡Quieto ahí! No digas ni una palabra más. ¡Olvídate! Eso son cosas pasajeras de alguien que está nervioso por las elecciones y tiene los nervios a flor de piel. Esa tía es guapa, sí, y tiene un buen polvo, pero nada más. Hasta ahí. No es más que una cara bonita junto a un culo bonito, que yo también me he fijado en lo bien que le quedaba el vestido, pero te recuerdo que trabaja para *El Globo*.

Santiago no creía que fueran solo nervios, un vestido bonito o un buen culo. De hecho, ni siquiera se había fijado en el culo de la periodista. Había más. Era algo más, aunque no supiera todavía qué ni cómo explicarlo.

Las luces del teatro se apagaron, la gala dio comienzo y aunque Santiago quiso creer que lo que le explicaba Paco era verdad y que todo había sido producto de los nervios, algo en su interior se negaba a darle la razón. Algo pequeño por el momento, pero que no se rendía y que no le dejó disfrutar del espectáculo porque, además, seguía perdido y hundido en el oleaje de los ojos de Claudia Armendáriz. Ya no olvidaría su nombre y tampoco la emoción extraña que había experimentado al rozarla. Le había costado que Paco no notara la erección que el roce de la mano de la periodista le había producido; y más aún relajarse lo suficiente como para que desapareciera. A punto había estado de levantarse e ir al baño de forma disimulada para solucionarlo de forma manual. Al final, unos cuantos chistes malos y una tediosa gala habían servido para que todo se desinflara, aunque no para que los ojos de Claudia desaparecieran.

## Capítulo 5

Matilde escuchó atónita lo que Claudia le contó tras la gala de los Premios Oro del cine. No salía de su asombro. Después de tranquilizarla, pues cuando esta entró por la puerta de su apartamento temblaba como una hoja, la ayudó a desvestirse, le prestó un chándal y una camiseta de estar por casa y la invitó a quedarse esa noche con ella. Así sería más fácil poder ayudarla en lo que pudiera, si bien no estaba muy segura de cómo hacerlo. Sobre todo tras ver en los ojos de Claudia ese brillo especial, esa luz verde intensa, que se avivaba cada vez que su amiga pronunciaba el nombre de ese tipo.

—Me estoy volviendo loca, Mat. ¿Cómo es posible que ese tío pueda provocar todo eso en mí? Me tenías que haber visto. ¡Qué vergüenza! No parecía yo —y se tapó la cara por un instante—. Era como si estuviera poseída o algo parecido. Estaba como atontada y solo podía pensar en él, en su boca besándome, en su cuerpo encima del mí, en la cama, en sus caricias, en él dentro de mí...

Cerró las piernas de forma violenta, como si quisiera protegerse así de sus propios pensamientos y se calló. Guardó las palabras, pero su mente seguía perdida en la sensación que el roce con ese hombre le había provocado; en el deseo intenso y segador que la había hecho plantearse si uno, a primera vista, a pesar de tener ideas tan distintas, a pesar de ser, a todas luces, algo descabellado, fuera de lugar, loco, prohibido, del todo imperfecto, podía ser real.

—A ver, Claudia —empezó su amiga—, está claro que a ti ese tío te pone. Te gusta porque de lo contrario no estaríamos teniendo esta conversación, así que lo que tienes que pensar es en si estás, de algún modo, enamorada de él o solo es un calentón porque hay que reconocer que, esto lo digo aquí pero si lo cuentas por ahí lo negaré, no está mal el chico. Tiene su punto. Es guapo, tiene una mirada profunda, intensa y, no sé, tiene un culito majo.

—Pero, Mat, ¿tú te estás oyendo? Mirada profunda, culito majo... ¿Enamorada?

Cogió el vaso de *whisky* que Matilde le había preparado y se lo bebió de un solo trago. El sabor no la tranquilizó y la quemazón del alcohol tampoco. ¿Amor?

—Espera que te pongo otro —y su amiga le volvió a llenar el vaso. Ella también se sirvió un segundo trago.

—Es que, si te soy sincera, Mat, no lo sé. No sé qué contestarte porque apenas le conozco, así que, dime. ¿Se puede sentir tanto por alguien prácticamente desconocido? Si no sé cómo es en realidad y lo poco que sí sé me produce náuseas. ¿Cómo me va a gustar un tío así? ¿Has oído lo que piensa de las mujeres? ¿Y lo que dice de los inmigrantes? ¿Y de la Guerra Civil? No puede ser, Matilde —estaba sin rodeos confusa ya que muy pocas veces llamaba a su amiga por el nombre completo. Solo si estaba enfada o preocupada. En este caso, era lo segundo—. No puede ser. ¿Cómo va ser enamoramiento? Quizá sea solo deseo. Quizá sea algo físico y ya. Nada más.

—Mira, Claudia, yo a todo esto, viéndote cómo estás y teniendo en cuenta que te ha tocado cubrir todos los actos que Santiago Peñascal haga hasta las elecciones, le veo dos posibles soluciones. Bueno, quizá tres —se levantó de su asiento y se sentó al lado de su amiga.

—¿Cuáles?

—Primera: Pasa de él. Olvídalo. Vete a los actos, cúbrelos y piensa en él como si fuera un fantasma. Está ahí, pero no puedes ni tocarlo ni hacer nada con él. Y si te ayuda, procura no hablarle de forma directa.

—Mat, soy periodista. ¿Y si tengo que hacerle alguna entrevista? ¿Cómo se la hago sin hablar con él? ¡Es ridículo!

—¡Bah! Seguro que te las apañas.

—Esa opción no me convence —protestó Claudia que no imaginaba cómo le iba a explicar a Enrique, y este al mandamás del periódico, que tal o cual entrevista no había salido bien porque ella se negaba a dirigirle la palabra al entrevistado.

—Pues ahí va la segunda: también puedes echarle un buen polvo —Claudia la

miró de hito en hito—. Si solo es deseo, después del sexo todo habrá acabado. Ya sabes lo que dicen: muerto el perro, se acabó la rabia.

—Matilde, por favor. Que la cosa no es tan sencilla.

—Ya lo sé y por eso mismo he pensado en una tercera opción que quizá... no sé... —se puso seria, cogió a su amiga de las manos y la obligó a mirarla a los ojos—. Mi tercera opción vuelve a preguntarte lo mismo que hace un rato te planteaba y que tú no has sabido responder. ¿Crees que puedes estar enamorada de ese hombre?

Claudia fue a protestar, pero Matilde no la dejó. Todavía no había terminado.

—Espera. No digas nada todavía. Piénsalo y si es que no, pues solucionado. Será solo un deseo físico y entonces, si quieres, puedes volver a plantarte lo del polvo —y la guiñó un ojo—. Y si es que sí... Bueno... Si es que sí, ya pensaremos algo. Cosas más raras se han visto.

—Pero, Mat, ...

—No te agobies que no tienes que tomar ninguna decisión ahora mismo. Hoy, si te apetece, toca noche de chicas. ¿Tienes que ir a trabajar mañana?

—No, mañana los actos de campaña de EGO son solo de Alejandro Zárate, el segundo del partido, así que tengo el día libre.

—Genial, pues lo que vamos a hacer es volver a llenarnos estos vasos y vamos a poner una peli de terror en Netflix. Nada de cosas de amor ni románticas, ni sexuales ni nada de eso. Y mañana nos vamos de compras y a la *pelu*, que tengo el pelo ya con falta de un buen corte.

Claudia asintió. Le parecía un buen plan. Distrarse, aunque fuera solo por una noche y un día, le vendría bien y, quizá, la ayudase a aclarar sus ideas.

Se tumbó en el sofá y esperó a que Matilde eligiera película. Entonces le llegó una notificación al móvil. Era de Susana Furentes, que llevaba la sección de social del periódico. Le mandaba un correo electrónico. Lo abrió. Decía:

“Hola Claudia:

Me han dicho en la redacción que tú te encargas de seguir a Santiago Peñascal para la campaña, así que te mando lo último que vamos a publicar sobre él para

que estés al tanto. Espero que tú, si te enteras de algo que tenga que ver con lo mío, ya sabes, amoríos y todas esas cosas, hagas lo mismo”.

Claudia abrió el enlace que Susana le mandaba y fue a parar a una noticia, todavía era solo un borrador sin publicar, en la que se podía leer: “Santiago Peñascal pillado con su último ligue ¿Será esta la definitiva?”

En las fotografías se veía a Santiago vestido de esmoquin, después de la gala de los Premios Oro, agarrado de la mano de una rubia muy delgada, casi escuálida, en la puerta del edificio donde él vivía. Luego unos primeros planos de sus caras y más fotografías de cómo los dos entraban en el portal. Los pies de foto aclaraban que no habían vuelto a salir por lo que se presuponía que estaban pasando la noche juntos. Ella, según el cuerpo de la información, era Araceli Wesler, miembro de su partido, hija de un importante constructor del país, y ya, después de aquella noticia, novia oficial de Santiago Peñascal.

Claudia le pasó el móvil a Matilde para que esta también lo leyera y después se acurrucó a su lado y se tapó con una manta. Le había dicho que se lo tomará con calma, pero ya lo había decidido. No iba a perder ni un segundo más pensando en ese tipo. ¿Cómo podía haber sido tan tonta de sentir algo, lo que fuera, por alguien como él?

Matilde leyó la noticia que le pareció de lo más tendenciosa, y vio las fotos, que le parecieron circunstanciales, pero no dijo nada. Dejó el móvil en la mesa y puso la película en marcha. Le preocupaba la actitud de Claudia, su confusión, pero sobre todo el brillo en sus ojos cada vez que hablaba de ese hombre, y la tristeza que ahora los enmarcaba.



## Capítulo 6

Santiago se llevó una gran sorpresa cuando tras finalizar la gala de los premios del cine, de regreso a casa, al salir del coche oficial que esta vez le había dejado en el portal y no en el garaje, al encontrarse en la puerta de su edificio con Araceli Wesler y con un par de fotógrafos que no dudaron en inmortalizar el momento. Como nunca había sabido cómo reaccionar de modo apropiado ante situaciones así, cogió a Araceli de la mano y la metió en el portal. Una vez dentro, preguntó.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a nuestro nido de amor —y la joven sonrió sin mucho entusiasmo.

—¿Cómo dices?

—Pues lo que oyes, Santi. Desde esta noche, al parecer, soy tu novia oficial.

—Pero, ¿estás loca? Yo no quiero novia oficial y no te enfades pero sabes que tú y yo no...

—Ya lo sé. Lo sé —le aclaró—. Yo solo obedezco órdenes del partido —y pulsó el botón de llamada del ascensor—. Me ha mandado Paco.

Santiago suspiró. Paco. Solo a él se le podían ocurrir ese tipo de cosas.

Ya en el piso, Araceli entró como Pedro por su casa, no en vano, ya había estado allí antes. Durante un tiempo, ella y Santiago fueron algo más que amigos o compañeros de partido, pero solo había sido algo puramente físico. Los dos lo tenían claro y por ese motivo podían ser buenos amigos.

—¿Y ahora qué? —preguntó él dejando la chaqueta y la pajarita sobre una de las butacas del salón, y acercándose al armario de madera gris del rincón donde tenía el mueble bar. Necesitaba una copa. Todavía le duraba esa extraña sensación que había experimentado en la gala con la periodista, con Claudia Armendáriz.

Tenía unos ojos preciosos. Mágicos.

—Ha dicho Paco que hoy tengo que pasar aquí la noche — le explicó Araceli —, y tenemos que decidir dónde queremos que sean nuestros futuros encuentros

nocturnos. ¿Aquí o en mi casa de La Moraleja?

Santiago no respondió. Ni en su casa ni en La Moraleja ni en ningún sitio.

—Aquí o allí —continuó ella sin hacer ningún caso a las pocas ganas que Santiago mostraba—, tú decides cómo de bien podemos pasarlo —y se dejó caer de forma sensual en el sofá blanco de cuero del gran salón, subiendo con picardía la falda y dejando al aire el ligero que llevaba.

—No pienso acostarme contigo —le dijo él seco.

—Hay que ver que poco sentido del humor que tenemos hoy, Santi —y se puso bien la falda—. Ya sabes que te lo digo en broma. Yo soy más de otras cosas —y no pudo evitar soltar una carcajada. Hasta Santiago, que estaba tan serio, sonrió.

Y es que Araceli, después de estar con Santiago y con algún hombre más, decidió que ya era hora de ser lo que en realidad quería ser. Por lo menos en la intimidad de su casa. A ella no le iban los hombres. No sentía nada por ellos. A ella le gustaban las mujeres. El problema era que debido al partido al que pertenecía y al mundo social en el que paraba, lo tenía que mantener en secreto. No se atrevía a hacerlo público.

Santiago ignoró su gesto y su reproche. No le hacía ninguna gracia todo aquel montaje. Le parecía ridículo que para llegar al poder hubiera que tener novia oficial, pero no iba discutir ni con Paco, que seguro no le escuchaba, ni con Araceli, que no tenía la culpa de nada y le hacía la misma gracia que a él todo el asunto; es decir, ninguna. Acataría las órdenes, pero nada más. Lo de los periodistas en la puerta seguro que también había sido idea de Paco. No le cabía duda. Al día siguiente todo el país daría por sentado que él estaba saliendo con Araceli. La idea le molestó.

Ya con el *whisky* en la mano, era lo que se había servido, necesitaba algo fuerte, se acercó al gran ventanal del salón por el que podía ver la ciudad desde las alturas; la ciudad a sus pies. Desde allí, volvió a pensar en la periodista. ¿Dónde estaría ahora? ¿Con quién? Sus ojos eran tan... perfectos. Y su boca le tenía fascinado. Esos labios...

Bebió un trago y el sabor amargo calmó un poco la sensación de vértigo que sentía en ese instante, la impresión de estar perdido y no entender el motivo. ¿Por qué se sentía así? ¿Por qué el mero hecho de pensar en ella le producía ese calor? ¿Esa ansiedad?

Se vio reflejado en el cristal y por un segundo deseó que ella y su vestido azul de lentejuelas se materializaran a su lado. Ella y sus pecas, graciosas, divertidas, excitantes. Ella y su boca, su calor, su deseo. Ella y sus curvas. Ella y sus ojos verdes.

Deseó abrazarla, agarrarla por la cintura y apretarla con fuerza contra él. Sentir su cuerpo pegado al suyo. Quitarle el vestido y acariciar sin descanso la suave piel blanca de su cuerpo. Comérsela entera. Sentir su humedad, su calor. Y llevarla al dormitorio. Sobre la cama, recorrer su cuerpo por completo. Lamerla, saborear su olor, su sabor, su ardor. Hacerla suya.

Sintió la erección de inmediato. Otra vez. Estaba de nuevo empalmado. Dos veces en una sola noche y dos veces la culpable era la misma mujer. Aunque esta vez era más urgente, más doloroso.

Vio que Araceli le miraba y antes de que esta se pudiera dar cuenta de su erección, se despidió acelerado.

—Me voy a la cama —le apuntó sin más—. Ya sabes dónde está la habitación de invitados.

Araceli asintió. Le enseñó el vaso que tenía en la mano dándole a entender que se quedaba en el salón un rato más. Ella sospechaba que algo le pasaba a su amigo, pero no quiso insistirle. Después de lo borde que se había puesto con la sugerencia tonta del sofá, no quería dar la lata. Llegado el momento, lo sabía, eran muchos años de amistad, sería él quien le contara lo que le tuviera que contar. Eso sí, quizá se equivocase, pero si tuviera que apostar, lo haría porque tras la mirada ausente, las salidas de tono y el mal humor, había, probablemente, algo relacionado con el amor.

Santiago se marchó y se encerró en su habitación donde los ojos verdes de la periodista le esperaban acurrucados entre las sábanas. Donde la hizo suya de

principio a fin. Donde soñó con ella.

Pasadas las tres de la madrugada, el silencio en el piso era total. Santiago se levantó y en calzoncillos se acercó al gran ventanal del salón. Madrid a sus pies. Tenía un futuro brillante en política si jugaba bien sus cartas. Era uno de los líderes mejor valorados por la derecha española y su popularidad, tiranizada y vapuleada por la izquierda, cada vez era más admirada por los descontentos, enfadados y desilusionados de la política. Tenía a los desheredados en sus manos. Desheredados, para sorpresa de los sociólogos y politólogos, de la derecha y no de la tierra. Él, que era politólogo, tenía que reconocer que tampoco lo había visto venir tan de frente como le hubiera gustado, pero sí lo advirtió antes que la mayoría y sobre todo, antes que el resto de partidos. Por eso formó EGO y se dejó querer. Y ahí estaba en ese momento. De pie frente al mundo, en calzoncillos, dudando de si estaba haciendo lo correcto porque esa periodista... Esa mujer...

No podía ser. Era del todo ridículo.

Se acercó al mueble bar y se sirvió otro *whisky*. Era de madrugada y no debería beber a esas horas, pero le dio igual. Seguía nervioso y tenía la sensación de que realmente había hecho el amor con Claudia Armendáriz, aunque solo hubiera sido una fantasía.

Encendió el móvil y echó un vistazo a las primeras noticias del día. Tal y como había imaginado la noche anterior al llegar a casa y ver a los fotógrafos en la puerta, la noticia sobre su noviazgo ya estaba publicada y corría como la pólvora. Araceli Wesler era para todos su novia oficial. Se sintió mal. ¿Qué pensaría Claudia cuando leyera la noticia?

Se maldijo por especular sobre ello. ¿Qué más le daba lo que pensara la periodista del *El Globo* con la que, además, no coincidía en nada? ¿Cómo sentir algo por alguien tan contrario a sus pensamientos públicos? Ella era más roja que la ficha del parchís. Imposible. Él había tenido que hacer grandes sacrificios para llegar a donde estaba y, vale, sí, era cierto que no creía, ni mucho menos, en la mayor parte de las proclamas que su partido lanzaba para ganar votos, pero

aun así no podía renunciar a todo lo conseguido y a un futuro prometedor, quien sabe si en La Moncloa, por un calentón porque seguro que solo era eso. Un calentón.

Bebió el resto del *whisky* de un solo trago y se volvió a la cama. Todavía podía dormir unas cuantas horas. Seguro que al despertar vería las cosas mejor. Cuando amaneciese, todo seguiría como si nada hubiera pasado. Todo volvería a la normalidad.

Se tumbó de nuevo en la cama y al cerrar los ojos, el brillo verde de los ojos de Claudia le llenó el corazón de una inquietud difícil de espantar. Se preguntó, de nuevo, qué le estaba atravesando. ¿Podía ser aquello una señal que le indicaba un nuevo camino a seguir? ¿Era eso la vida? ¿Su vida? ¿Debía renunciar? Pero renunciar a qué...

Cuando alzó la vista al techo de la habitación, se sintió muy solo. No había nadie cerca a quién hacerle esa pregunta. Quizá a Araceli, pero en ese momento no se atrevió. No estaba preparado.

## Capítulo 7

Durante las siguientes semanas, tanto Santiago como Claudia mantuvieron las distancias. Coincidían en los actos del partido, pero no cruzaban ni una palabra más de lo estrictamente protocolario.

El comportamiento de ella había sido tan frío en todos los actos, tan lejano, que Santiago pensó que todo lo sentido después de la gala de los Premios Oro había sido producto de su imaginación, de sus sueños. Y cierta razón no le faltaba porque, al fin y al cabo, entre ellos nunca había habido más contacto físico que el de la fiesta. Le parecía raro porque él, a pesar de haberse prometido a sí mismo que no pensaría más en la periodista ni en el brillo de sus ojos verdes, todas las mañanas, al levantarse, la echaba de menos. ¿Cómo era posible algo así? ¿Cómo echar de menos a alguien con el que nunca has estado de verdad?

Según acudían a él esos pensamientos, los desechaba de inmediato porque solo le producían malestar y un estado de vacío, de pérdida, que no terminaba de entender y que le ponía de mal genio. Ya le había advertido Paco, de nuevo, que tenía que ser una poco más simpático con los seguidores y también con los medios de comunicación, pero le costaba un mundo hacerlo. Y es que desde que había decidido que a lo que tenía que renunciar era a sus ensoñaciones con ella, estaba de un humor de perros.

—Mira, Santi, majo, tienes que mejorar tu carácter —le aconsejó su asesor un día que salían de un mercadillo benéfico al que habían acudido—, de lo contrario, vas a espantar a las viejas y a esas las necesitamos, que son muchas.

—Lo intentaré.

—Eso no me vale —le reprendió—. Tienes que hacerlo.

—Es que...

—¡Es que nada! Piensa que es como lo de la canción esa tan cursi del Sergio Dalma. Tienes que bailar pegado con ellas. Y bien pegado porque lo que tú estás haciendo es bailar de lejos y eso, amigo mío, aunque no te guste, como decía la

canción, no es bailar.

Santiago se quedó parado en medio de la calle y lo observó alucinado. ¿De verdad le estaba comparando pedir el voto con bailar una balada?

—Es lo que hay y lo que tú tienes que hacer para...

—Pero yo no quiero bailar pegado con las viejas —le interrumpió—. Si tuviera que bailar lo haría con... —y se calló. Casi se le escapa el nombre de ella, de Claudia Armendáriz. Era lo que de forma inconsciente había sentido cuando la melodía de la canción sonó en su cabeza.

Paco le miró.

—¿Con quién?

—Con nadie, Paco. Con nadie —mintió.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Mira, Santi, a mí me da igual con quieras bailar, pero esto ya no es cosa tuya. Hay mucha pasta metida y mucha gente importante a la que no puedes joder. ¿Lo entiendes? Así que hazme caso, no enfades a los de la pasta ni a los otros y baila ¡Joder! ¡Baila! Porque a ti, te guste o no, te toca bailar pegado con las viejas, las feas, las cojas y con las que haga falta. ¿Vale?

Santiago asintió y le prometió que lo haría, pero sabía que le sería muy difícil cumplirlo y es que cada vez que acudía a ruedas de prensa, comidas informativas o tenía que dar alguna conferencia y la veía sentada entre el público o el resto de prensa, la voz le temblaba como a un adolescente atolondrado puesto que, como un idiota, cavilaba sobre qué pensaría ella de su discurso.

Y lo peor llegó tan solo unos días después de aquel especial rapapolvos por no bailar con las viejas, en una convención con Alejandro en el que, bandera española gigante detrás, en las consigas finales que él gritaba furioso, enfadado y a toda velocidad para acabar cuanto antes y largarse a emborrachar, que era lo que más hacía últimamente, la dichosa canción de Sergio Dalma comenzó a sonar a todo trapo ante la sorpresa de los asistentes que, ni cortos ni perezosos, se pusieron a bailarla. La habían puesto los de sonido a petición de Paco. Era su

forma, ridícula pero eficaz, de dejarle bien claro que debía bailar pegado con los asistentes. Le gustase o no, ese era su camino.

Su novia oficial, Araceli, que ese día había acudido, subió al escenario ante el aplauso de algunos espectadores que pedían bailes y besos como si aquello fuera una verbena o una boda, mientras los fotógrafos y cámaras iban de un lado a otro inmortalizando todo lo que ocurría. Al día siguiente estarían sin duda en todos los periódicos y seguramente abrirían con ese espectáculo todos los informativos del país y quizá también de algún que otro país. Y la canción de Sergio Dalma iba ser, sin duda, una de las más escuchadas en las siguientes jornadas. No se podía negar que la idea extravagante de Paco iba a tener un gran impacto. La izquierda les machacaría, pero eso era el pan nuestro de cada día. Ellos también lo hacían con el contrario.

El caso era que Araceli, ante la atenta mirada de todos y bajo las órdenes de Paco, subió al escenario y tras abrazarlo, lo besó a la par que miles de flashes inmortalizaban el momento. Cuando Santiago pudo librarse de forma sutil de su beso y de su abrazo, se cruzó con los ojos de Claudia que ese día sí se los enseñó, y se sintió morir. En ellos encontró resentimiento, disgusto y sobre todo tristeza. Eso le causó una gran impresión de pesar. Un nudo en el estómago.

Culpable. Eso era sin lugar a dudas lo que sentía. Culpabilidad. Tuvo que bajar la cabeza. No pudo seguir mirándola porque tenía la sensación de que caía en la nada más absoluta. ¿Por qué? ¿Por qué le estaba ocurriendo aquello?

Salió del mitin dando voces para que le trajeran el coche y se marchó lo más rápido posible a su casa, a su piso en la Gran Vía a emborracharse, que era lo que le apetecía en ese momento. No escuchó las indicaciones de Paco ni las de Alejandro para ir con ellos a un bar cercano a Vistalegre, lugar del acto, para celebrar que habían conseguido congregarse a más personas que los de APYL, que les habían contraprogramado.

Les ignoró y se fue para casa donde sabía que estaría solo. Había conseguido que su piso volviera a ser solo de él. Sus encuentros de novios oficiales se limitaban solo a apariciones públicas programadas y a que un par de veces por



semana él acudiera al chalé de Araceli en La Moraleja para fingir pasar allí la noche. Era un acuerdo que tanto él como Araceli tuvieron que luchar con ahínco porque Paco estaba empeñado en hacerles dormir juntos todas las noches como si fueran novios de verdad.

Un par de horas más tarde de aquel acto, azorado y un poco bebido, llamó a Paco y le pidió que concertara una entrevista con Claudia Armendáriz. Le daría una exclusiva, le manifestó. ¿Cuál? No tenía ni idea, pero le pareció la mejor excusa para arreglar la cita.

Ante la sorpresa inicial de Paco, le explicó lo mejor que pudo lo beneficioso que sería una entrevista personal con *El Globo* porque les haría parecer más cercanos. El asesor dudó, pero ante la insistencia de Santiago, accedió. Mal no les haría.

No obstante, lo que Santiago quería conseguir en realidad, no era otra cosa que comprobar en persona, cara a cara, qué era lo que le pasaba con esa mujer. Había llegado el momento de tomar las riendas de la situación. No podía seguir así. Tenía que saber si lo que imaginaba era solo eso, producto de su imaginación, o sentía algo más por esa chica.

## Capítulo 8

Claudia mantuvo las distancias con Santiago Peñascal todo lo que pudo y, durante semanas, lo consiguió bastante bien. No le miró ni tampoco habló con él de forma directa. Cuando tenía que preguntar, pasaba las preguntas a alguno de sus compañeros para que fueran ellos quienes las hicieran. Si alguno le pedía explicaciones, solía decir que Santiago la tenía manía. No era verdad, pero podía serlo. No sería la primera vez que algo así ocurría.

Había sobrevivido haciéndose la esquivo hasta que el día del acto en Vistalegre, después de salir del lugar escopetada tras el lamentable espectáculo que Santiago y Araceli habían dado besándose en mitad del escenario con la canción de Sergio Dalma de fondo, la llamaron al despacho del jefe.

Enrique la miró muy serio y le explicó la situación. Desde arriba le habían llamado a él al orden para que hiciera entrar en vereda a sus periodistas, en este caso a ella, porque era la que menos información nueva traía de los actos de EGO. Ni una sola entrevista, reportaje o noticia con declaraciones en exclusiva. En comparación con el resto de medios de comunicación que también cubrían los actos de ese partido, lo que ella escribía era insuficiente y rozaba la mala praxis pues de igual forma les habían llegado rumores que aseguraban que pasaba preguntas a otros colegas para no tener que hacérselas ella a Santiago Peñascal.

—¿Es eso verdad? —le preguntó Enrique muy serio.

—Bueno, no exactamente —se excusó ella—. Lo que pasa es que le caigo muy mal al tipo y a mí no me contesta bien. Por eso se las doy a otros y así me las contesta, pero de forma indirecta. Es como una pequeña trampa —mintió.

—Ya.

—De todas formas, yo creo que lo mejor sería... —dudó un instante, pero llegados a ese punto y tras lo que había sentido en el acto de Vistalegre, cuando se besó con Araceli, decidió que tenía que pedirlo—. Creo que deberías

cambiarme de sección o...

—¡Para, para, para! O sea, que por eso es todo esto, ¿no? Porque quieres ir a cultura. Por eso te estás boicoteando a ti misma.

—No es por eso, Enrique. De verdad. Es solo que ese tío y yo... No sé, pero es que no puedo... Es que ese tío es idiota y...

No dijo más. Dejó la frase en el aire. No podía explicar lo que sentía o lo que le estaba pasando. ¿Qué le iba a contar a su jefe? Que no quería acercarse a Santiago porque tenía miedo de lo que sentía. O tal vez que la pregunta que en su momento no le supo responder a Matilde, no dejaba de resonar impertinente en su cabeza y todavía no sabía qué contestar. ¿Estaba enamorada de ese tipo?

Era de locos. Imposible. Algo fuera de toda lógica.

Eran agua y aceite.

Eran el sol y la luna.

—Me da igual lo que sea Santiago Peñasal. Tú tienes que comportarte como una profesional y hacer tu trabajo, Claudia. De lo contrario, ya sabes lo que pasará. Arriba no están nada contentos con todo este asunto.

Claudia asintió y no rezongó más. Lo sabía. Se quedaría sin trabajo. De patitas en la calle. A Enrique le daría pena echarla y seguro que lucharía para que eso no pasara, pero desde arriba no les temblaría el pulso para sustituirla por alguien que sí hiciera preguntas y cubriera como es debido los actos de Santiago Peñasal y su partido.

—No te preocupes, Claudia. Todavía se puede arreglar todo esto. Desde EGO han llamado, el de prensa, el tal Paco Villambrosa, y ha solicitado una entrevista contigo.

—¿Una entrevista conmigo?

—Sí. Quieren que le hagas una entrevista personal a Santiago Peñasal. Dicen que te van a dar una exclusiva, y como no estabas en la redacción cuando han llamado, y parece ser que no tienen tu número.

Enrique la miro con desaprobación. Desde el inicio de su seguimiento le había pedido que lo hiciera, que les facilitara su número tanto a los jefes de prensa, de

campana, asesores y a las figuras más prominentes del partido por si acaso necesitaban localizarla o por si querían, como era el caso, conceder entrevistas, reportajes, etc., pero ella se había escaqueado el asunto. Ella sí tenía los números de todos en su agenda, incluido el de Santiago.

—El caso es que quieren una entrevista y como no estabas —continuó Enrique— le he dicho que ya les contactarás tú y así quedáis cuando mejor os venga.

—¿Y te han adelantado de qué va la exclusiva?

—No. Nada de nada. Lo único que me han dicho es que quieren que se haga cuanto antes.

—Vale. Les llamo. Te lo prometo.

—Bien. Piensa que es como una segunda oportunidad. No la puedes cagar. Si lo haces, esta vez no podré ayudarte.

Claudia asintió y salió del despacho. Se sentó en su mesa y echó un vistazo a la agenda del candidato. Se dio cuenta de que al día siguiente Santiago tenía un día de lo más movido. Apenas si contaba con horas libres por lo que pensó que ese sería el mejor momento para hacer la entrevista. Si tenía poco tiempo, no estarían juntos demasiado rato. Unas pocas preguntas, unas pocas respuestas y listo. No podía libarse de la conversación, eso lo tenía claro, pero sí podía intentar que esta durara lo menos posible.

Miró la agenda más al detalle y comprobó que la mejor hora era a las doce del mediodía. Acto seguido de una reunión que Santiago tenía con miembros de su partido para hacer balance de la precampaña y justo antes de otra con una asociación de medianas y pequeñas empresas. Entre ambos actos había un hueco de treinta minutos que resultaba perfecto. Con el retraso al salir del primero y la prisa de llegar puntual al segundo, los treinta minutos podrían quedar reducidos con facilidad a unos diez.

Respecto al lugar, a la salida de la reunión del partido le servía. Iba a ser en la sede central de EGO, así que era ideal. Rodeados de militantes, simpatizantes, otros periodistas, miembros de la directiva, etc. Genial. Era un buen plan. Poco

contacto, cero intimidad, un par de preguntas, esperar la exclusiva y sanseacabó.

—Perfecto —se dijo así misma mientras lo escribía en un escueto *whatsapp* que mandó tanto a Santiago como a Paco, añadiendo que era la única hora a la que ella estaba disponible.

Mientras esperaba respuesta, cruzó los dedos para que aquella argucia no supusiera ningún problema por del poco margen de maniobra que les dejaba. Esperó y al cabo de un par de minutos, Paco le respondió con un simple *Ok*. Santiago tardó más y hasta pasadas las once de la noche no le dijo nada. Cuando por fin confirmó la entrevista, lo hizo también con un simple *Ok*.

Satisfecha, cerró el ordenador, cogió sus cosas y después de decírselo a su jefe, que la sonrió conforme, se marchó a casa. Al día siguiente haría su trabajo como una buena profesional. Haría la dichosa entrevista y fin de la historia.

## Capítulo 9

Al día siguiente amaneció lluvioso. Después de varias jornadas en las que el sol había desafiado la niebla mañanera de Madrid, las nubes se habían apoderado del cielo.

Claudia se despertó, como todas las últimas mañanas, ardiendo. Había vuelto a soñar con él. Normalmente intentaba que el calentón se le pasara sin más. Era algo hablado con Matilde con la que había llegado a la conclusión de que si la estrategia iba a ser olvidar a Santiago, satisfacer sus deseos de sexo mañanero, no podía estar dentro de ese alejar y olvidar. Por lo tanto, debía procurar no caer en la tentación, aunque alguna vez, debía reconocer, sucumbía al deseo. Sin embargo, esa mañana se levantó rápida y se metió directamente en la ducha. No era el día más adecuado para tener un revolcón imaginario con el tío al que iba a entrevistar en apenas unas horas.

Una vez duchada, pasó de desayunar porque no tenía apetito. Tenía el estómago cerrado y es que, aunque no le gustara reconocerlo, estaba nerviosa. Fue hasta el armario, abrió la puerta y se quedó mirando la ropa sin saber qué elegir.

—Coge cualquier cosa —se apuntó, pero no cogió nada—. Venga, hazlo. Cualquier cosa. Unos vaqueros y una camiseta. No es tan difícil.

Y allí estuvo, plantada delante del armario como un pasmarote sin saber qué ropa coger. Al final, fue el móvil el que la obligó a moverse. Era un mensaje de la redacción, parte de la agenda del día había cambiado y era importante que el echara un vistazo.

Envuelta con la toalla y todavía con el pelo mojado, se sentó sobre la cama, abrió su tableta y echó un vistazo a la dichosa agenda. Se quedó confusa. Todos los actos que Santiago Peñascal tenía ese día habían sido cancelados. Iba ser sustituido por su segundo, por Alejandro que se iba a hacer una maratón de actividades. De su entrevista no se decía nada, cosa que tampoco le extrañaba

porque era un acuerdo privado que no se ponía en las agendas públicas. No obstante, no tardó en salir de dudas al respeto de lo que iba pasar con su encuentro. A su teléfono entró un nuevo recado, esta vez era del propio Santiago.

—Mierda. ¡Joder! —soltó enfadada y de la misma fue al cuarto de baño a todo correr. Se secó el pelo de mala manera, se hizo un moño más bien triste, se maquilló como pudo y salió disparada al armario.

El mensaje decía que pasaría a recogerla a las diez, para lo que solo quedaban quince minutos, y que le daría la exclusiva durante un paseo en coche por la ciudad ya que debido a que no se encontraba bien, no especificaba exactamente qué le sucedía, todos sus actos se habían tenido que posponer.

—¿Y yo qué hago?

Pensó en llamar a su jefe y declararse oficialmente muerta. También en llamar a Matilde y pedirle consejo, pero al final hizo lo que le pareció más honesto con él, con ella y con la situación: afrontar el asunto.

Se vistió con lo primero que pilló en el armario, una camiseta de color azul y un pantalón negro, se puso la chaqueta, cogió el bolso, el móvil y la tableta, y salió a toda prisa de su piso camino del portal.

## Capítulo 10

A las diez en punto, Santiago llegó a la puerta del edificio del piso de Claudia. ¿Cómo sabía dónde vivía la periodista? Tenía sus contactos.

Le pidió a su chófer que esperara cerca del portal y en cuanto la vio salir, le abrió la puerta del coche desde dentro y le hizo una señal para que se acercara. Claudia contestó a su llamada y entró en el coche. Una vez dentro, se mantuvieron en silencio durante un buen rato, sin ni siquiera mirarse, hasta que Santiago le pidió a su chófer que se dedicara sin más a dar vueltas por Madrid como si fueran turistas. Eso a Claudia le hizo gracia, pero no se rio. A cambio, si sacó el móvil y puso la aplicación de grabadora en marcha con idea de animar a su interlocutor a que le contara lo que fuera que quería contarle.

—Sin móviles, por favor —le pidió él, y ella, a su pesar, aceptó. Quitó la grabadora y guardó el móvil en el bolso.

—¿Y bien? —interrogó entonces—. ¿Cuál es la exclusiva? ¿Por qué quería una entrevista? ¿Me va a dar la primicia de su boda con Araceli Wesler? Que sepa que yo no hago ese tipo de información.

Lo preguntó con resentimiento. No lo tenía previsto, pero al estar allí tan cerca, le salió del alma. Se lo merecía. Por el beso del acto de Vistalegre, por bailar con Araceli, por estropearle una de sus canciones favoritas. Por idiota. Por...

—¿Cómo dices? —y él se giró por completo y la envolvió en el color aceitunado de sus ojos.

Claudia sintió calor. Sintió pasión. Sintió fuego. Sintió todo y nada a la vez.

—Te pregunto que cuál es la exclusiva —repitió temblorosa.

Su tono fue tan bajo que en lugar de sonar como un reproche, pareció una disculpa. Como si pensara que de ese modo, lo que fuera que sentía por ese hombre no se iba a mover de donde estuviera. Ella era consciente, porque lo era, de que existía algo a lo que todavía no sabía cómo llamar o, quizá, no quería



ponerle nombre aunque supiera de sobra cómo se llamaba.

Por su parte, Santiago, allí sentado, tan cerca de Claudia, solo podía pensar en su olor, sus ojos, su cara de algodón o su pelo de fuego. En lo que le gustaría enredar su mano en él, soltarle el moño y olerlo. Dejarse envolver por su calor, su boca, sus brazos. Enseguida notó como la erección era inminente y parte de la determinación que el día anterior había sentido y por la que había concertado la entrevista, se evaporó. No se sentía con valor de hacer frente a la situación. ¿Qué le iba a decir? ¿Que tenía el infierno y el cielo en su corazón o la sensación de que su vida había empezado de verdad cuando la conoció, cuando sus ojos le atraparon, cuando su boca le besó en lo mejores sueños que nunca había vivido? ¿Que prefería dormir a estar despierto porque era en los sueños donde podía vivir la vida que en rigor quería vivir? No. No podía.

No podía decírselo porque ni siquiera estaba seguro de si todos esos pensamientos que recorrían su mente eran realidad o producto de un calentón momentáneo. El capricho de alguien que parecía libre, pero que vivía en una jaula de oro que él mismo se había encargado de construirse. Además, ¿cómo iban a vivir lo que fuera que sentían siendo quiénes eran? ¿Y qué iba a decir el partido? ¿Y la gente? ¿Y Paco? Era de locos. De auténticos locos.

—¿Qué te parece si lo dejamos para otro día y solo disfrutamos del paisaje?

Claudia se sorprendió ante la pregunta y pensó en discutir, pero algo en su interior le apuntó que lo mejor era esperar. Solo esperar. ¿A qué? A lo que fuera. Esperar porque ella tampoco sabía qué preguntar. A su mente solo acudían cuestiones de difícil respuesta y que nada tenían que ver con el partido o la campaña electoral y sí mucho con sus sentimientos.

Juan, el chófer, tras más de cuarenta minutos de marcha por Madrid sin escuchar nada más que la respiración de sus dos ocupantes y ver cómo cada uno de ellos miraba por su respectiva ventanilla, decidió que era momento de intervenir. No podía permitir que aquellas dos almas se convirtieran para siempre en almas en pena cuando la solución a la mayoría de sus problemas, a lo que realmente importaba, la tenían al alcance de la mano. Solo necesitaban un

pequeño empujón.

Tras ver las miradas furtivas de uno y otro, cómo la periodista se mordía el labio y se frotaba nerviosa las manos o Santiago se atusaba la barba de forma constante, decidió que debía echar una mano al destino. Para bien o para mal, aquello debía solucionarse. Con disimulo y sin que ninguno de los dos se diera cuenta, atajando por aquí y por allí, cruzando esta o aquella calle, se dirigió a la casa de Santiago.

Una vez cerca de la vivienda, dio unas cuantas vueltas más y al final entró en la *parking* del edificio. Aparcó en la plaza de siempre y se giró al asiento trasero donde Santiago le miraba alucinado y Claudia no terminaba de reaccionar porque no sabía dónde estaban.

—Volveré dentro de una hora, así que les sugiero que aprovechen el tiempo. Y si me permiten un consejo, les diré que la vida no siempre nos da buenas cartas, pero cuando lo hace, hay que jugarlas bien —y sin esperar a que ninguno de los dos dijera nada, se bajó del coche y se marchó.

## Capítulo 11

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha querido decir tu chófer con eso de las cartas? ¿Por qué estamos aquí? —Claudia estaba agobiada.

—No te asustes, por favor, —le dijo él al ver su cara de confusión. Por nada del mundo se perdonaría que ella pensara que aquello había sido una encerrona —. Estamos en el aparcamiento de mi casa, pero quiero dejar claro que yo no le he dicho a mi chófer que nos trajera. Ha sido cosa suya.

—¿Y por qué? —aunque ya sabía la respuesta.

Santiago dudó un instante, pero llegados a ese punto decidió que era ahora o nunca. Tenía que arriesgarse. Necesitaba saber qué era lo que ella sentía por él y que era lo que él sentía por ella.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti. Porque tengo la sensación de que me ahogo si me miras y de que me ahogo si no lo haces. Porque sueño contigo. Porque añoré tus besos y tus caricias aunque nunca los he disfrutado más allá de mi imaginación. Porque...

No pudo terminar. Claudia, nada más oír aquello, se abalanzó sobre él dejando a un lado cualquiera de los miedos y recelos que hasta ese momento había sentido. Se sentó a horcajadas y lo besó. Lo hizo con deseo, con necesidad, con sed, con avidez, quedando casi sin respiración, como si él fuera su fuente. Notó su pene erecto y se apretó sobre él.

Santiago la abrazó con fuerza y respiró su olor sintiendo que su corazón se hinchaba de algo más que simple deseo. Respondió a sus besos con pasión. Mordió su labio inferior y después hundió su cabeza en su cuello, aspirando su olor, su sudor e impregnándose de ese aroma que hasta esa mañana solo había soñado.

La abrazó con fuerza, con apetito, y la miró. Ella le devolvió la mirada y le dejó bañarse en el mar de sus ojos, en el piélago del que él, ya lo sabía, no quería salir. No era un calentón momentáneo. Había más.

Después bajó la cabeza hasta su camiseta que le quitó de forma torpe, ayudado por Claudia que cada vez lo deseaba más. Metió la cabeza entre sus pechos y le soltó el sujetador. Una vez libres los besó, lamió y acarició. Eran bellos, jugosos y sus pezones le volvieron loco. Los lamió y chupó con voracidad queriendo todo de ellos.

Claudia se retorció de placer sobre él y le quitó la camisa. Ella también sabía cómo acariciar y jugó a eso por todo su pecho. Luego bajó y bajó arrastrando la lengua. Bajó hasta su cinturón, que soltó con apetito. Rápidamente le desenganchó los botones del pantalón y sacó su pene. Lo deseaba. Estaba duro y firme, preparado para ella. En cuanto lo tocó, el gimió de puro goce. De puro deseo.

Como pudo dentro de la parte trasera del coche, se quitó los pantalones y las bragas, y se volvió a colocar a horcajadas sobre él. Él quiso tocarle el sexo, meter sus dedos dentro, sentir su humedad, pero ella no le dejó porque lo que ella quería era otra cosa. Se sentó sobre él y de un par de movimientos dejó que su pene la penetrara.

—¡Oh, Dios mío! —gimió. Era mejor de lo que había soñado. Mejor.

Y al compás de una música que solo sonaba en su cabeza, al compás de los acordes de sus deseos, se amaron y besaron hasta que llegaron al orgasmo.

Y sin separar sus cuerpos, Claudia le mordió el lóbulo derecho y él de inmediato sintió deseos de que aquel momento no acabara nunca. De poseerla de nuevo. La miró y ella asintió. No necesitaron decir más porque la hora que el chófer les había dado quizá ya estuviera a punto de terminar, pero ese mañana no había acabado todavía, claro que no. Ni mucho menos.

## Capítulo 12

Durante todo ese día, Claudia y Santiago dejaron por completo sus prejuicios y conveniencias fuera de las paredes de la casa de Santiago. Solo tuvieron que retomar quienes eran fuera de allí para decir que la entrevista se había aplazado por motivos de salud. Ambos declararon estar muy enfermos, contagiosos, y así ganaron el día para ellos solos. Todo el día y también la noche.

Santiago también mandó un mensaje a su chófer para darle las gracias y para decirle que tenía el resto de la jornada libre. Se lo había ganado. Le había regalado uno de los mejores días de su vida y esperaba que no fuera el último, aunque de eso había decidido no hablar por el momento, aunque sabía que llegaría.

Absortos en amarse al máximo, ambos se confesaron anhelos y sueños entre besos y caricias sin importar nada ni nadie más que ellos y sus deseos. Se contaron secretos y se sintieron libres, pero libres de verdad. Sobre todo Santiago. Hacía tiempo que no se sentía tan bien. Ella le daba vida, le daba fuerzas. Solo con su sonrisa podría vivir. No necesitaba más. Tenía la extraña, pero apacible sensación de que junto a Claudia nada podía hacerle daño. ¿Se podía sentir tal cosa por alguien a quien apenas conocías? ¿Se podía amar de esa forma? Porque tenía claro que lo que le sucedía con ella no era un calentón ni nada por el estilo.

Cuando después de comer unas pizzas en la cama, algo que él odiaba pero en lo que ella insistió —hawaianas para más inri. Las detestaba—, Claudia se quedó dormida a su lado. La tapó con delicadeza y la contempló sin pestañear porque tenía miedo de quedarse dormido y de que aquello que estaba viviendo se desvaneciera por completo y desapareciera tan rápido como lo hacen los suspiros. Verla allí en la cama, tumbada tranquila y desnuda junto a él, le hizo desear que la vida, a partir de esa situación, fuera distinta. Quiso que EGO no formara parte de ella porque sabía que eso, al final, le haría daño. No ese día que estaban allí

encerrados y alejados del mundo, pero sí en cuanto llegara el amanecer del día siguiente.

¿Y si dejaba la política? Total, él había empezado en eso por dinero. Por tal motivo lo fundó. Luego, por de contado, la cosa se le había ido de las manos cuando conoció a Alejandro y a Paco, que vieron en el partido un gran potencial para llegar lo más arriba posible: los descontentos. Cazadores, aficionados a la tauromaquia, militares, señoritos, franquistas, ultraconservadores, fanáticos, antiabortistas, católicos, liberales sin escrúpulos, parte del Opus e incluso machistas declarados. Todos esos sectores tan dispares habían encontrado en EGO un lugar donde eran acogidos y bienvenidos. Y ese conjunto de gente tan dispar y especial, al principio, le dio igual. Solo quería votos, dinero y poder. Ahora, con la aparición de Claudia en su vida, ya no le parecía tan buena idea seguir manteniendo una postura en la que no creía. No al menos tan radicalmente como se mostraba en público.

La política había sido para él un camino fácil para llegar a tener un buen puesto con un buen sueldazo. Ambas cosas las había conseguido y si bien ahora no tenía un empleo al uso salvo ser candidato de su partido, dinero no le faltaba ni le faltaría. Además, podía dedicarse a otra cosa. Quizá podría ser escritor. Desde pequeño quiso contar historias ¿Se podía hacer eso a su edad? Ya pasaba de los 40 ¿Y dejarlo? ¿De verdad sería capaz de hacerlo?

Enseguida dejó de pensar en todo eso. En cuanto ella despertó y lo descubrió mirándola como un bobo enamorado. Le sonrió y lo engulló con tanto cariño en esa sonrisa suya rodeada de pecas que deseó que fuera ella quién le despertara a besos cada mañana y así, con una simple mueca, el resto del mundo desapareció por completo, incluidas todas esas preocupaciones.

A lo largo de esa extraordinaria mañana, solo había mirado el móvil una sola vez y en cuanto vio la cantidad ingente de mensajes, correos y llamadas perdidas que tenía, decidió abandonarlo hasta el día siguiente. Había llamadas incluso de Araceli de la que sí había tenido que hablar con Claudia. Fue durante la comida, mientras devoraban las pizzas tirados en la cama y él protestaba porque se le iban

a llenar las sábanas de grasa. Claudia preguntó por ella y a él no le quedó más remedio que explicarle el acuerdo que Paco había concertado. Le reveló que ella no era de ninguna manera su novia de verdad. Tan solo un paripé para ganar votos porque los candidatos sin novia tenían menos tirón. También le explicó que tiempo atrás fueron medio pareja, pero que ahora solo eran amigos.

—¿Y lo de Vistalegre? ¿Lo del beso y el baile?

—Eso fue cosa de Paco que mandó poner la canción de Sergio Dalma y luego pasó lo que viste.

—Ya, pues que sepas que me has estropeado una de mis canciones favoritas.

—¿De verdad?

—Aja y, además —dudó un momento, pero al final lo dijo con la boca llena y arrugando al nariz—, no me hace mucha gracia que Araceli esté por ahí todo el día revoloteando.

—¿Estas celosa?

—Qué dices. ¡No! —pero sí lo estaba.

—No pasa nada —le expuso él—. No te preocupes porque lo de ella y yo es algo pactado. Además es muy buena persona, y para que te quedes más tranquila te diré que a ella le gustan las mujeres.

Claudia lo miró alucinada. Nunca se hubiera imaginado algo así, sobre todo después del teatrillo de novios oficiales.

—No lo sabía.

— Por eso te decía que somos solo amigos y que de forma amorosa, no significa nada para mí

—¿Y Yo? —Claudia quería saberlo, aunque le daba un poco de miedo la respuesta —. ¿Yo signífico algo?

—Pues creo que sí

—Y entonces...

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué vamos a hacer? ¿Vamos a ser novios o algo así?

—Eso solo depende de ti —y de la misma se abalanzó sobre ella, le besó la

nariz y luego la boca. Le dio igual que supiera a piña caliente. De hecho, eso le excitó. Apenas si le dio tiempo a apartar la comida antes de lanzarse sobre ella.

—Mmm —Claudia se giró y se puso boca abajo—. No me habías dicho que te gustaba la hawaiana con carne...

Él no respondió, pero a cambio le mordió el trasero con ganas y le lamió la parte baja de la espalda. Después bajó por las nalgas hasta los muslos y la giró. Claudia abrió sus piernas y le invitó a pasearse por ellas. Los pelos de su barba le hacían cosquillas y a la vez le rascaban provocándole pequeños estremecimientos.

Le agarró del pelo, tiró con fuerza de él y lo llevó directo a su sexo. Quería que la comiera. Solo sentir su lengua cerca ya hacía que se arqueara pidiendo más.

—Me pones muy... —susurró—. Muy...

No dijo más. Él ya sabía lo que tenía que hacer.



## Capítulo 13

El resto de la tarde pasó tranquila entre besos, arrumacos y confidencias para Santiago y Claudia.

Al caer la noche, ambos, agotados, se metieron en la cama y se durmieron hasta que pasadas las cuatro de la mañana, según la hora que marcaba el reloj de la mesita, Santiago se despertó sobresaltado. Estiró la mano hacia el lado derecho de la cama, donde Claudia se había quedado dormida, y no la encontró. Eso le puso en alerta e hizo que el corazón se le encogiera. ¿Se había machado sin decirle nada? No era posible.

Habían pasado un día fantástico y dormir juntos era el colofón. Ella no se lo saltaría. Dormir, descansar y levantarse juntos. Eso era lo que quería. Era una forma de comenzar algo nuevo, diferente y quién sabe si bueno. ¿Podría ser? Quiso pensar que sí.

Se levantó, se puso la parte de abajo del pijama y fue al baño de la habitación. Vacío y oscuro, aunque olía distinto. En verdad, tenía la sensación de que toda la casa olía de otra forma. Olía a ella.

A continuación fue a la cocina. Allí tampoco estaba. Siguió deambulando por la casa hasta llegar al salón donde finalmente la encontró sentada semidesnuda sobre las tablas de madera del suelo, frente al gran ventanal. Solo llevaba puestas las bragas, nada más, y el pelo le caía en cascada por la espalda. Estaba bellísima a la tenue luz de la noche de Madrid.

Se acercó y se sentó detrás, abrazándola con todo su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó. Ella se encogió de hombros—. Tienes Madrid a tus pies —le susurró mientras le acariciaba el cuello. Ella sonrió

—Son unas vistas increíbles.

—Ese fue uno de los motivos por los que me decidí a comprar el piso —le explicó Santiago mientras le mordisqueaba el cuello y se dejaba envolver por el dulce olor de su cabello.

—Y ahora, ¿qué?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué va ser de nosotros, Santi? ¿Eres consciente de que pensamos cosas totalmente diferentes? Somos como el agua y el aceite —y se apartó hacia delante, separándose de su cuerpo—. Agua y aceite que más allá de una atracción física quizá no puedan estar juntos porque son incompatibles. ¿Qué va a pasar mañana? ¿Y qué dirán de nosotros?

Él se quedó quieto, sin saber muy bien cómo reaccionar, pero el frío que sintió cuando ella se alejó no le gustó en absoluto. Volvió a acercarse y volvió a abrazarla.

—¿Atracción puramente física? ¿Es acaso eso lo único que has sentido? Porque yo no he sentido solo eso —y hundió la cabeza en su pelo—. No creo que seamos agua y aceite, y tampoco creo que lo que hoy ha pasado aquí sea algo puramente sexual.

—Ya, pero somos muy distintos. Odio todo lo que tú piensas y representas —le expuso sincera—, y tú odias lo que pienso yo. ¿Cómo puede eso ser compatible de alguna manera? ¿Cómo vamos poder convivir y tener una vida juntos siendo tal y como somos? Tal vez sea solo sexo porque, dime ¿Qué puede haber entre una roja y facha?

Esas últimas palabras salieron de su boca con asco, dolor y ansiedad. Sonaba tan ridículo en voz alta. Tan de otro mundo. Tan de antes.

—En serio, Claudia. No digas eso. No eres un simple polvo y, tampoco, te confieso —susurró—, somos tan diferentes. Hay cosas sobre las que me acerco más de lo que imaginas a lo que tú piensas porque una cosa es lo que digo y otra lo que pienso.

—¿De verdad? —preguntó ella girándose. No se esperaba esa respuesta—. Entonces, ¿por qué dices lo contrario?

—Por el partido, por los votos o por la política. Como lo quieras llamar.

—¿Y lo que tú piensas no importa? ¿Es todo mentira?

—A medias. Digamos que el partido es lo primero —e instintivamente pensó

en Paco. Si le viera allí en pijama con Claudia confesando lo que de verdad pensaba de algunas cosas, le daría un auténtico ataque de ira—, y yo simplemente hago lo que debo hacer.

—Veamos si es verdad eso que afirmas —y lo miro directamente a los ojos—. ¿Crees que las feministas somos una dictadoras, vividoras de subvenciones públicas y enfermas que odiamos a los hombres? Y no me mientas, por favor.

—¿Eres feminista?

—Venga, Santi, no me respondas con otro pregunta, pero sí, lo soy.

—No —y suspiró—. No creo que las feministas seáis así, pero es el discurso que ahora mismo vende. Y que sepas que se compra muy bien —eso apenó a la periodista. Le pareció nauseabundo que tal hecho pudiera ser efectivo y práctico—. Si te soy sincero, no lo he creído nunca porque, además, esto te va a hacer gracia, mi madre era una mujer muy feminista. En mi casa, mandaba el patriarcado.

Claudia sonrió asombrada. No esperaba semejante confesión.

—Y ahora también me dirás que los inmigrantes no son un peligro para España y que solo lo decís para camelaros a votantes, que el capital es el mal y...

—¡Quieta ahí! —la interrumpió—. Lo de la inmigración tienes razón. Yo, al menos, a diferencia de muchos en mi partido, no creo que el inmigrante sea el problema, aunque habría que mejorar algunas de las políticas de inmigración del país, pero con lo del capital, difiero. No es el mal. Creo en el libre mercado y...

—Bueno, vale. No me importa. En comparación con lo otro, me doy por satisfecha. Muy satisfecha.

—Ya ves. No soy ningún monstruo.

—Pues a veces, ahí fuera —y señaló hacia el ventanal que tenía detrás—, lo pareces diciendo esas cosas horribles que dices. Y cuando te pones en plan defensa de España y España por aquí y España por allá, pareces sacado de otros tiempos, digamos, crueles. Eres como un mini dictador.

—¿Tanto? ¿De verdad?

—De verdad, Santi. Recuerdas a otros tiempos nada halagüeños.

—¡No! Estás exagerando —ella negó—. Pues no me imaginaba que mi imagen fuera tan horrible. Te reconozco que sé que lo exagero mucho —aunque no lo suficiente, si se paraba a pensar en algunos de sus acólitos o en, por ejemplo, Alejandro Zárate, pensó—, pero tanto como para parecer un dictador no me parece. ¿De verdad parezco un dictador?

—A ver, para la derecha más ultraconservadora, no, claro. Eres un dios, un tío al que seguir y admirar. Pero para el resto, un poco sí y no hace falta que seas de izquierdas para creerlo así —le sonrió con dulzura y le besó en la mejilla—.

—Pues no creía que la cosa fuera tan... No sé cómo calificarla. Tan terrible.

—No, mira, Santi, si te sirve de consuelo, yo, no sé por qué ni cómo exactamente, pero siento algo especial por ti desde que te conozco y creo que en parte es porque algo dentro de mí me indicaba que no podía ser real esa imagen que proyectabas porque no podía estar enamorada de alguien como tú. Me daba miedo estarlo y...

—¿Enamorada de mí? —la interrumpió—. ¿Estás enamorada de mí?

Claudia se puso colorada. Se le había escapado. No quería decirlo en voz alta. Además, en el fondo, hasta ese día no estaba segura de lo que sentía. Cuando Matilde se lo preguntó, no supo qué responder, aunque ahora ya lo sabía. Ya tenía la respuesta. Pero su deseo no era que él lo supiera tan pronto, pero ya daba igual. Ya lo había dicho y estaba tan colorada que parecía que iba reventar. Santiago estalló en una sonora carcajada.

—Tranquila, tú secreto estará a salvo conmigo.

—¡Idiota! —y le dio un manotazo en el hombro.

—De toda formas, idiota o no, espero que tu visión de mí, tras mis confesiones y saber que quizá no seamos tan diferentes como creías, no haga que te desenamores.

—Era una forma de hablar y... Eres un... Paso de ti.

Pero no pasaba de él. Ni mucho menos. Se volvió a dar la vuelta hacia la cristalera y envuelta en sus brazos, contemplo de nuevo las luces de la ciudad de Madrid que, tal y como Santiago le había dicho, tenía a sus pies.

—Ahí fuera —y señaló el exterior—, la vida sigue igual sin importar lo que nosotros hayamos hecho hoy y lo que sintamos. Sin importar cómo somos en realidad, sin mascarar ni mentiras para ganar o perder elecciones, y mañana todo volverá a ser como siempre.

—Mañana será mañana, pero hoy —y él se levantó— empieza la vida para nosotros, si tú quieres —y le tendió la mano para que le acompañara—. Ya veremos qué pasa mañana.

Claudia se incorporó agarrada a su mano y le siguió hasta el dormitorio. Al día siguiente, seguramente, la vida intentaría engullirles, pero esa noche todavía podían soñar con que tal cosa no ocurriría. Estaban a salvo.

## Capítulo 14

El día siguiente de su comienzo de aventura, ninguno de los dos sabía cómo enfocar su nueva situación y, tras darle unas cuantas vueltas mientras desayunaban, fue Santiago el que planteó una idea que si bien no era la mejor, si le pareció la más adecuada dadas las nuevas circunstancias.

—Antes de que sea oficial y se entere la gente, necesito un poco de tiempo —pidió—. Primero debo atar algunas cosas del partido y de mi cargo. Quiero, por el momento, mantenerlo en secreto.

—¿En secreto? Pero ¿qué es lo que piensas hacer? Pensé que tras lo que dijiste ayer. No sé. ¿Para qué necesitas tiempo? ¿Y cuánto tiempo?

Claudia no es que pensara que su recién iniciada relación debiera airearse alegremente por ahí, más sabiendo la de millones de comentarios negativos que iba a levantar, pero lo de ser un secreto no le gustaba demasiado.

—Tranquila. No será mucho. Intentaré solucionarlo todo antes de que haya que presentar las listas definitivas de candidatos al congreso. Solo necesito un poco de margen para cerrar unos cuantos asuntos, hablarlo con Paco y dejar de lado mi puesto. Yo creo que para antes de que se saquen las listas oficiales de candidatos, como mucho, lo tendré todo arreglado.

—¿Vas a dejar tu puesto?

—Es lo más lógico teniendo en cuenta las circunstancias y lo que te expliqué ayer. No soy lo que la gente ve y quiero que eso cambie. Además, para ser sincero, no quiero el puesto de candidato. En realidad, nunca lo he querido.

Era consciente, desde hacía ya un tiempo, que sus soflamas, aun siendo más suaves que las de Alejandro, no eran las que él quería dar. Además, ahora que sabía cómo le veían desde fuera, sin los halagos de los fans ni las alabanzas y arengas calculadas de Paco y los demás, no le gustaba su discurso. Dependía de en qué sectores cayera, podía ser peligroso. Podía generar mucho odio y el odio, mal llevado, podía a su vez crear problemas serios y peligrosos

—Y entonces, ¿por qué te postulas? Puedo captar que haces muchas cosas para ganar votos, aunque me parezca mal y engañoso —él no le rebatió la idea. Sabía que tenía razón—, pero presentarte a Presidente si no quieres, ¿por qué?

—Porque era lo que había que hacer. Las encuestas decían que yo era el adecuado y Paco insistió. Una cosa llevó a la otra y, al final, aquí estoy, como candidato de EGO a Presidente del Gobierno, pero yo no quiero ser Presidente, Claudia. Tampoco estar en primera línea. De hecho, en realidad, hace tiempo que... —titubeó, pero decidió que se lo tenía que decir. Total. Era la verdad—. Hace tiempo que dudó de todo esto. Yo empecé por la pasta, ¿sabes? Quería dinero y un buen puesto. Solo eso. Pero no quería lo de ahora. No al menos así.

—¿Y dónde te gustaría estar?

—No lo sé todavía. Es algo que hasta que tú has llegado, no me había planteado seriamente. Sí que había divagado alguna vez sobre ello, pero sin profundizar demasiado. Además debo reconocer que soy un poco cobarde a la hora de tomar algunas decisiones.

—¿Y ahora?

—Ahora es distinto. Ahora voy a tomar la decisión que debería haber tomado hace mucho, pero necesito un margen de maniobra.

A Claudia no le gustaba la idea de ser un secreto y tampoco la de que alguien prometiera cambiar tanto su vida por ella, pero accedió. Por él y por lo que sentía, le daría el tiempo que solicitaba.

—Vale, pero si lo dejas, me gustaría que me jures que lo haces por ti y no por mí.

—Y por mí lo hago, de verdad. Tú solo eres el empujón que necesitaba.

Claudia sonrió.

—¿El empujón o el polvo? —le preguntó sacándole la lengua.

Ambos rieron y miraron el reloj, antes de que Juan, el chófer, les fuera a buscar y les dejara a cada uno en su trabajo, quizá, si se daban prisa, tenían tiempo para un último revolcón mañanero antes de volver a la vida. Uno apresurado y cargado de deseo y sed sobre el sofá blanco del salón, apresurado y rápido, pero

lleno de un amor que ninguno de ellos creyó sentir jamás.



## Capítulo 15

Tras la promesa de tiempo y secreto, en realidad no tardaron mucho en romperla porque lo primero que hicieron fue decírselo a Juan y darle las gracias por su ayuda.

Claudia, en cuanto salió del trabajo y regresó a su casa, no pudo resistirse e invitó a su amiga Matilde. Tenía que explicarle lo que sentía, lo que había vivido. Todo. Se conocían desde siempre. Era su mejor amiga y no podía ni quería ocultarle algo tan importante. Esa noche Santiago tenía reunión de partido y acabaría tarde, por lo que habían quedado en no verse hasta el día siguiente.

—¿De verdad te has acostado con Santiago Peñascal? Alucino —Matilde no daba crédito—. Alucino. No me lo creo. Lo has hecho. ¡Joder!

—Pues créetelo porque, además, no es un solo un calentón —y negó también con la cabeza para reafirmar su postura.

—Ay, amiga, pero eso ya lo sabía yo en cuanto me hablaste de él por primera vez y me contaste lo de los sueños y lo que pasó en la gala de los Premios Oro.

—¿Cómo?

—A veces, para ser periodista, eres muy poco avispada —y le sacó la lengua a lo que Claudia le respondió haciéndole una pedorreta. Cuando se ponían así, podían llegar a ser muy infantiles.

—Venga, Mat, dime. ¿Por qué lo sabías?

—Porque te conozco y el brillo de tus ojos cuando te cuelgas de un tío es inconfundible. Pocas veces te lo he visto y cuando me hablaste de lo que te pasaba con Santiago, ese brillo estaba.

—¿De veras? No sabía que era tan transparente.

—A ver. Que no lo eres. No para todos, aunque sí para mí.

—Pues vaya.

—Pero eso ahora es lo de menos. Cuenta, cuenta. Y no te guardes ningún detalle.

Claudia accedió y durante la siguiente media hora le estuvo contando todo lo que había vivido con Santiago el día anterior. Y no solo hablaron de sexo, que también, sino de sentimientos. Claudia se confesó y esta vez sí le respondió a la pregunta. Estaba enamorada de Santiago Peñascal y mucho más de lo que imaginaba. Hasta las trancas. Les gustaba a morir. Y también le contó lo que él le había dicho que haría respecto a la política y cómo era en realidad con lo que Matilde flipó.

—Jamás me hubiera imaginando algo así. Lo juro. Yo siempre pensé que creía en lo que decía porque de lo contrario, ¿para qué decirlo?

—Por lo votos, Mat. Por los votos.

—Ya, tía, pero eso es un poco mezquino.

—Sí, lo sé. Y él también lo sabe y por eso lleva tiempo queriendo dejarlo, pero es difícil y no se atrevía. Yo creo, por cómo me lo ha contado, que se siente atrapado por el partido y la gente que lo forma. Él lo fundó por el dinero y esas cosas, pero ahora es como si ya no fuera de él.

Puso los ojos en blanco ante la cara de estupor de Matilde porque no le gustaba el asunto de por qué había entrado en política, pero eso a ella le pillaba tarde. Cuando él tomó esas decisiones, ni siquiera sabían el uno de la existencia del otro. Ahora era diferente y esperaba que él la tuviera en cuenta a la hora de tomar decisiones. Era algo fundamental si quería formar parte de su vida.

—¿Y eso es posible? —preguntó Matilde. Todo sonaba muy bien, pero tenía dudas. No quería ver a su amiga sufrir.

—Sí, Mat.

—¿De verdad te fías de él? —insistió.

—Me fío. Quiero creerle y le creo.

—Vale, si tú lo ves así, cuenta conmigo para todo —era su amiga. Estaría su lado—. Te puedo ayudar con todo lo que me pidas. No sé, disfraces, lugares para veros, cosas de esas hasta que lo dejé del todo.

—Eres genial, Mat —se acercó a ella y le dio un gran abrazo—. Te quiero.

—Y yo a ti, amiga. Y yo a ti.

Siguieron hablando durante un rato más. Matilde estaba cansada y también un poco enfada. Unas clientas habituales habían empezado a crearle problemas.

—Vienen, se prueban media tienda, me vuelven loca y, al final, se llevan un vestido cada una. Casi siempre de fiesta y de los más caros —empezó a relatarle más al detalle.

—Hasta ahí parece todo normal, pero...

—Pero al de unos días, apenas una par, vuelven con los vestidos porque dicen que se lo han pensado mejor y ya nos les gustan —suspiró contrariada—. Y como yo tengo establecida como norma que devuelvo el dinero en caso de que el cliente no quede satisfecho, me tengo que aguantar.

Había puesto esas condiciones de devolución para que sus clientes, la mayor parte de alto nivel adquisitivo, —incluso tenía alguno con título nobiliario— se sintieran especiales. Se les devolvía el dinero sin poner ninguna pega para que se sintieran únicos, bien acogidos y quisieran, por supuesto, volver. No les daba ni vales ni nada por el estilo. Eso para su clientela hubiera sido una ofensa en toda regla.

—¿Y son siempre las mismas clientas? —quiso saber Claudia.

—Sí. Siempre las mismas.

—Eso suena a chanchullo raro.

—Eso es justo lo que yo pienso y es que yo creo que se los ponen, los usan en alguna fiesta o así, y luego me los devuelven diciéndome que ya nos les gustan.

—¡Menudo morro!

—Ya te dio y encima no sé cómo hacer para descubrirlas porque he intentado buscar y rebuscar en los vestidos algún desperfecto para decirles que no, que se lo tiene que quedar, pero nada.

—¿Nada? ¿Una costura o un hilo roto? ¿El dobladillo descosido? —Matilde negó. Por más que había buscado para intentar desenmascarar a esas dos clientas tramposas, nunca hallaba un desperfecto—. No sé. ¿Algún adorno estropeado o que falte? Con tanta lentejuela y cristalito que tienen algunos, tampoco sería de extrañar que se rompieran.

—No, maja. Esa es la cuestión, que nunca encuentro nada mal. Me los devuelven en aparente y visual perfecto estado.

Claudia se quedó mirando pensativa a su amiga, pero enseguida se le ocurrió una idea.

—No te preocupes, Mat. Ya sé lo que vamos a hacer.

—¿Qué?

—Las descubriremos y las dejaremos con el culo al aire —y le guiñó un ojo—. Yo te ayudaré.

—¿Cómo?

—Tú déjame a mí, pero creo que podemos pillarlas y quizá ser más sencillo de lo que imaginas. Ya verás. Mira, lo que podemos hacer es...

Justo cuando Claudia iba a contarle a su amiga más al detalle el plan, que no era en realidad nada del otro mundo, solo le iba a proponer que le dijera el día exacto en el que cogían el vestido y después ella estaría atenta a todas las convocatorias de fiestas de alto copete o similar que hubiera. Seguro que las mandaban a la redacción. Luego pediría en el periódico que le enseñasen las fotografías de las celebraciones. No era difícil que la sección de moda o de cotilleos pudiera cubrirlas y por lo tanto tener una buena colección de instantáneas con todos los invitados. Era una idea sencilla, pero que podía ser efectiva. Pues justo cuando se disponía a darle todos los detalles, llamaron a la puerta.

## Capítulo 16

Claudia dejó la conversación a medias y fue rápidamente a abrir la puerta de su piso. Habían pedido comida china a domicilio y supuso que era el repartidor que ya la traía. ¿Quién iba a ser si no? Ni siquiera preguntó, y abrió la puerta sin más. Al hacerlo, se encontró con alguien que nada tenía que ver con la cena.

Al otro lado de la puerta, un enorme ramo de rosas bancas, enorme de verdad, la esperaba. Detrás, con una sonrisa de oreja a oreja, estaba Santiago.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó asombrada. Habían quedado al día siguiente. No esa noche.

—¡Sorpresa!

—¿Pero no tenías una reunión del partido muy importante? ¿Una de esas a las que uno no puede faltar?

Santiago sonrió y le tendió las flores. Claudia las cogió, le devolvió la sonrisa, agradecida por ese hermoso detalle, y las olió.

—Me he escapado de ella porque no dejaba de pensar en ti —le explicó agarrándola del talle y atrayéndola hacia él—. Solo me apetecía estar contigo.

Al momento la besó con apetito y deseo, y le mordisqueó el labio inferior. Luego la cogió en volandas, abrazándola fuerte por la cintura y apretando su cuerpo contra el suyo.

—Te deseo, Claudia —le susurró envolviéndose en el aroma de su cuello—. Te deseo.

Claudia se ruborizó, pero no por lo que Santiago le dijo, porque ella también le deseaba, sino porque Matilde estaba en el sofá y tenía que estar escuchándolo todo ya que la entrada de su piso y el salón estaba a tan solo un par de pasos de distancia.

—Te deseo y esta noche te voy a comer entera y después...

Claudia le besó para que se callara. Le excitaban sus palabras —solo de imaginar cómo la comería, sintió calor, humedad y más calor. Si hubiera podido,

le hubiera arrancado la ropa y le hubiera pedido que lo hiciera allí mismo, contra la pared de la entrada—, pero mejor ni pensar en ello porque Matilde seguía en el salón. No tenía secretos con ella, pero una cosa era contárselos y otra que los viera.

Señaló el sofá, para que Santiago se diera cuenta de la presencia de su amiga en la casa, pero este, en lugar de entenderlo, pensó que le estaba proponiendo otra cosa.

—¿En el sofá? ¿Ahí es dónde quieres que te coma? Vale, pues al sofá

Y de la misma, sin darle tiempo a Claudia a protestar o a explicarle que lo del sofá no era buena idea, Santiago se encaminó con ella a horcajadas, ramo gigante de rosas blancas incluido, hacia el salón. Una vez puso el primer pie en la habitación, se quedó parado y un poco avergonzado. Desde el sillón azul marino, un par de ojos, abiertos de par en par, lo miraban asombrados. Era Matilde que a duras penas, al ver la cara de estupor de él y lo colorada que estaba su amiga, pudo contener la risa. Aun así lo intentó, por Claudia, porque no quería empezar con mal pie su relación con el novio de esta, y como pudo levantó la mano y saludó.

—Vaya. No sabía que tenías visita —se disculpó Santiago, bajando a Claudia al suelo.

—Te lo he intentado decir —le susurró ella mientras dejaba las rosas en la mesa y señalaba a su amiga—. Esta es mi mejor amiga. Matilde.

Santiago se acercó y estiró la mano. Matilde, ya de pie, le cogió la mano, pero también le dio dos besos. Lo de saludar solo con la mano le parecía muy formal e impersonal. Ella era más de besos, achuchones y abrazos. Más cariñosa e incluso, según qué veces, algo empalagosa.

—Este es Santiago.

—Encantado—dijo él que respondió a los besos sin problema.

No solía darlos debido a su trabajo. Se relacionaba con tal cantidad de gente al cabo del día que serían demasiadas mejillas que besar si les diera besos a todos. Por eso, normalmente, prefería los buenos apretones de mano. Más impersonales,

pero más rápidos.

—Sé quién eres —respondió Matilde sin dejar de sonreír y miró de soslayo a su amiga.

Claudia seguía colorada, pero también se la veía contenta. Había sido una sorpresa la visita de Santiago y no era así cómo tenía previsto que él y Matilde se conocieran, si bien, para ser sinceros, no había tenido tiempo aún de siquiera imaginarlo. No obstante, el destino había decidido jugar las cartas de otra manera y quizá la jugada fuera más que buena porque tal y como los había juntado, la presentación había resultado sencilla y sin tener que organizar nada formal.

—Ya, claro. Imagino que Claudia te habrá hablado de mí —reconoció él un poco azorado aún por la situación. Se sentía un poco tonto por no haber supuesto que la periodista podría tener compañía—. Yo también sé quién eres. Ayer me habló de ti y de tu tienda.

—Bueno, no solo por ella te conozco —y Matilde no pudo evitar echarse a reír. Ya no quiso aguantarse la risa—. Lo siento —se disculpó enseguida—, pero es que, de un tiempo a esta parte, sales mucho por la tele.

—Bueno, sí, es verdad —y Santiago también rio. A veces se le olvidada su faceta de personaje público.

Siempre había pensado, ingenuo, que eso de salir en la prensa de forma constante, incluso cansina, era cosa de famosos y personajes de las revistas del corazón, y él nunca se sintió uno de ellos. Pensaba que estaban en diferente saco, pero los medios de comunicación habían cambiado y su privacidad era ahora de todos los españoles. Ser el presidente de EGO y futuro candidato a La Moncloa le ponía en el centro de atención. Y para colmo, por si eso no fuera suficiente, ya se había encargado Paco de que nadie se quedara sin saber quién era Santiago Peñascal.

Por esas cosas de la fama, querida o sin querer, tenía que hacer cosas como lo de, por ejemplo, esa noche. Para ir a casa de Claudia —había averiguado su dirección gracias a un par de amigos que tenía en la policía— su chófer había tenido que dar varias vueltas por el barrio y dejarle a un par de manzanas del

portal. No había tenido que llamar al portero automático porque, por fortuna, un vecino salía y pudo aprovechar el momento para entrar. Por como lo miró, Santiago creyó que le había reconocido, y tal vez así fue, pero el vecino no dijo nada y siguió su camino. Cosa que también hizo él. Llamó al ascensor y subió al quinto piso, donde vivía la periodista. No esperaba que tuviera compañía, pero se dio cuenta de que no le importaba. Si quería empezar algo con ella, conocer a sus amistades entraba dentro del menú.

Tras los saludos de rigor, Matilde empezó a recoger sus cosas dispuesta a marcharse. No quería estorbar ni ser una *aguantavelas*. Además, aunque le encantaba pasar tiempo con su amiga, no le iba a robar los momentos de amor que esta pudiera tener con Santiago. Sabía que mientras él lo dejaba todo atado para marcharse del partido, la maquinaria electoral seguiría firme arrollando el tiempo de ambos y la cosa se les complicaría bastante. Actos, mítines, reuniones... No sería fácil sincronizar agendas y buscar momentos.

—¿Te vas? —le preguntó Claudia con cara de disgusto—. No te puedes ir.

—Sí, creo que es mejor que me vaya.

—De eso nada, Mat —protestó la periodista—. Te recuerdo que he llamado al chino por ti. Íbamos a cenar

—Votemos —soltó de repente Santiago—. A mano alzada.

—¿Votar? —preguntó Matilde con cara de auténtico pasmo—. ¿Estás hablando en serio?

—Yo voto a favor de que se quede —y levantó la mano secundado por Claudia—. Ya ves. Dos a uno. Tú pierdes. Te quedas a cenar.

—Pero...

—Pero nada. Así es la democracia.

Matilde quiso protestar de nuevo, pero el timbre de la puerta sonó y, esta vez sí, era la cena. Decidió entonces que se quedaba. Al fin y al cabo, Santiago tenía razón. Así era la democracia.



## Capítulo 17

Matilde se quedó y cenó junto a Claudia y Santiago en casa de su amiga. Fue una noche divertida. Hubo muchas risas y también alguna que otra confidencia. Incluso chistes malos, muy malos, que Santiago se atrevió a contar animado por la botella de albariño que Claudia sacó orgullosa de su nevera. Le encantaba ese vino y siempre tenía unas cuantas bien fresquitas por si eran necesarias.

Durante la cena y entre risas y chistes malos, Claudia por fin pudo contar su plan sobre cómo descubrir a las clientas de Matilde que estaban estafándola con el asunto de la devolución de vestidos. La idea tuvo muy buena aceptación y fue secundada de inmediato. Incluso Santiago prometió estar atento en las fiestas a las que tuviera que asistir por si veía algún vestido parecido al que alguna de las clientas podía haberse llevado. Para eso, necesitaba que primero le describieran o le mandaran una foto los trajes. Matilde se comprometió a hacerlo. Les mandaría una fotografía de cada vestido a ambos para que pudieran investigarlo tanto en la redacción del periódico como en las fiestas y actos de alto copete.

—Va a ser divertido —dijo Santiago—. Dame tu teléfono y así te guardo en la agenda.

Matilde le dio el número. Eso la hizo sentir extraña. Le daba el teléfono a un tío que, tan solo un par de días antes, le tenía una manía horrible y ahora resulta que, por lo que le había contado Claudia y por lo que el propio Santiago había dicho durante la cena, no era ni mucho menos como lo pintaban e incluso como él mismo se pintaba. No entendía la política y tras aquellas confesiones, todavía menos. Era un mundo que le parecía artificial y mentiroso. Y luego decían que ella, que se dedicaba a la moda, era la que creaba falsas apariencias. Los baremos de las cosas estaban, a su juicio, un tanto desequilibrados.

A Matilde, Santiago, a primera vista, le pareció un tipo con ganas de querer a su amiga y eso le gustó. Además, a Claudia se la veía encantada. Radiante. Estaba enamorada y eso era una cosa que ella, que la conocía como nadie, notaba. En la

mirada, en la forma de sonreír, etc. Todo en ella era amor. Y eso la hacía feliz, pero también tenía cierto miedo a que ese hombre por el que su amiga suspiraba, fuera un aprovechado. Que la hiciera daño. Que, en realidad, no quisiera nada serio. Que todas aquellas promesas se las llevara el viento. Sí. Tenía miedo. No por ello dejaría de ayudar a su amiga en todo lo que pudiera. Confiaba en ella y no podía fallarla, pero cruzaba los dedos porque los deseos de Claudia y las promesas de Santiago fueran cien por cien reales.

Cuando acabaron la botella de albariño y Claudia quiso sacar otra, Matilde se levantó rápido y apuntó que se marchaba. Al día siguiente tenía que trabajar y aunque le hubiera gustado quedarse con ellos toda la noche, charlar y reír, ya no eran horas. No para ella.

Pidió un Taxi y en cuanto este llegó, que no tardó ni diez minutos, se marchó para casa. Estaba agotada y necesitaba dormir. Al día siguiente, además del trabajo normal, le esperaba una remesa nueva de tocados que debía supervisar y tenía un pase privado para una clienta especial que siempre que iba a Madrid se pasaba por su tienda y le compraba unos cuantos buenos y caros vestidos que le hacían cuadrar a favor los números no solo del mes. También los de una buena temporada.

En cuanto Matilde se fue, Santiago miró a Claudia, sonrió malicioso y regresó a la puerta de entrada. Antes de salir por ella, cogió una rosa blanca del gran ramo que la periodista había colocado en un jarrón improvisado —era la regadera roja de Ikea con la que regaba las plantas del piso— y se marchó.

Claudia se quedó boquiabierta. ¿A dónde iba? ¿Qué pensaba hacer? No tenía sentido que se marchara así. ¿Acaso se había enfadado? No. Eso era ridículo. Había visto que se reía camino de la puerta. Además, su chaquete y el móvil estaban en el salón. No pudo seguir cavilando porque enseguida salió de dudas. Santiago llamó al timbre.

Sorprendida abrió la puerta y nada más hacerlo, Santiago le regaló la rosa y luego la atrajo con fuerza hacia él.

—Sorpresa —le dijo bajito, rozándole con la mano la mejilla y sin demora

acercando su cara a la suya, besándola con dulzura.

Ella respondió al beso y lo abrazó divertida y también anhelante.

Él la cogió de la mano y la llevó hasta el salón.

—Me muero por besarte, Claudia —le dijo a la vez que le acariciaba las pecas de la nariz y la propia nariz—. Me muero por estar contigo y tenerte —y le empezó a desabrochar, uno a uno, los botones de la blusa que ella llevaba puesta—. Me muero por hacerte el amor— y la tumbó sobre el sofá.

—Suenas como una canción —musitó ella mientras le acariciaba el pelo, el cuello y le atraía hacia su pecho.

—Sueño contigo incluso despierto. Me haces falta —respondió él y tiró de sus pantalones vaqueros para quitárselos.

Claudia dejó la rosa blanca en el suelo, al lado de la ropa, la suya y la de Santiago, que no tardó en quitársela. También la ropa interior, que se robaron el uno al otro con más delicadeza que en las ocasiones anteriores en las que habían hecho el amor. Se deseaban, pero esta vez había una serenidad que les dejó amarse más despacio, con más mimo. Y con calma se acariciaron, se besaron e hicieron el amor en el sofá azul del piso de Claudia. Se sintieron la piel y se amaron poco a poco, sin prisa, con todos sus sentidos que respondían a cada caricia, beso o bocado.

## Capítulo 18

Esa noche, Santiago se quedó a dormir en casa de Claudia. Ella se lo pidió mientras se acariciaban los cuerpos desnudos en el sofá.

—¿Quieres quedarte esta noche a dormir aquí? No es como tu piso, pero si quieres.

—Me encantaría.

Acurrucados el uno contra el otro en la cama de Claudia, que si bien no era muy grande, sí era acogedora y bonita —tenía un cabezal de madera blanca con una guirnalda de luces y las sábanas eran coloridas y alegres, como lo era ella misma—, se contaron más secretos en tanto se quedaban dormidos.

Ella se sentía feliz porque percibía que sus sentimientos eran correspondidos y él, a pesar de estar también contento, se sabía culpable porque ya la había mentido varias veces en apenas las 24 horas que llevaban juntos. Cuando Claudia le preguntó por su reunión en el partido, le afirmó que todo iba bien y que ya había empezado a planear su marcha, pero no era del todo verdad porque todavía no había iniciado el proceso para que tal cosa ocurriera. Cuando quiso decírselo a Paco, le entró miedo y no se atrevió. Lo dejó pasar y pensó que ya habría una ocasión mejor para hacerlo.

Las semanas siguientes a esos primeros días de pasión desenfrenada y conocimiento mutuo, transcurrieron con cierta tranquilidad dentro de las posibilidades que una relación clandestina les dejaba. Se vieron a escondidas, como habían acordado, mientras Santiago intentaba dejar el partido para poder empezar una vida libre. Y no solo libre para estar con Claudia, sino para serlo él también.

Emprender una relación con ella había sido el estímulo que necesitaba para plantarse de forma real un cambio de vida tan radical porque, desde luego, sería drástico. Quería ser libre en general. Esa clase de libertad que te permite ir a donde te dé la gana sin que te persigan cámaras, periodistas, fans o detractores.

Libre para hacer otras cosas. ¿Cuáles? No lo sabía con exactitud. Todas las que quisiera cuándo, dónde y cómo se le antojase. Libre para visitar ciudades o pueblos. Libre para tomar un café en una cantina o un cubata en un bar de copas. Libre.

En las apariciones públicas de él que ella tenía que cubrir para el periódico, le costó más de una risa tonta y alguna que otra mirada disimular lo que estaba pasando entre ellos. Además, más de una vez, tanto él como ella, hicieron lo posibles por, a la chita callando, rozarse, tocarse, etc. Se robaron besos en ascensores, pasillos y recovecos de edificios públicos y privados. Una vez, arriesgaron más de lo normal y a punto estuvieron de que les descubrieran en el edificio de EGO, en el despacho de Santiago.

Habían quedado para hacer un cuestionario sobre gustos que *El Globo* iba a hacer a todos los candidatos. Para que la gente conociera mejor a los aspirantes a Presidente, cosa sobre la que Claudia bromeó.

—Ya verás cuando la gente se entere de que no lo vas a ser —le expuso. Se sentó y sacó el cuaderno y un bolígrafo.

—Sí, cuando todos lo sepan, les va a dar un ataque —habló él sin mucho interés. No quería conversar de ese tema. Todavía no había dicho nada al respecto en EGO.

No comentaron más del asunto y empezaron con el cuestionario. Las preguntas abarcaban muy diversos temas. Desde la comida preferida al nombre de su primera mascota, si había tenido alguna. Claudia, al principio de la reunión, actuó de forma muy profesional, pero ante las miradas incesantes y juguetonas de Santiago, que no quería charlar ni de su futuro político ni de sus gustos más allá de las ganas que tenía de estar a todas horas con la periodista, bajó la guardia y se dejó seducir.

Sentada sobre él, con la puerta del despacho atrancada con llave y las cortinas cerradas, hicieron el amor como un par de adolescentes con prisa. Con urgencia, sin quitarse la ropa apenas. La excitación de que alguien pudiera pillarles aumentó sin duda las ganas, pero fue peligroso. Ambos lo supieron en cuanto

empezaron a tontear más de cerca. Cuando ella se desabrochó varios botones de su blusa y le enseñó revoltosa el escote y el sujetador que ese día llevaba. Era uno de color rosa que él le había dicho unos días antes que le gustaba mucho. También cuando él se soltó el cinturón del traje, se bajó la bragueta y se sacó su grueso pene firme, tieso y se lo enseñó a ella, que no dudó en arrodillarse y jugar con él, saboreando la exaltación y ansia de Santiago, y percibiendo un calor difícil de controlar entre sus piernas. Fue aventurado cuando ella se subió la falda, bajó las medias y las bragas y se puso a horcajadas sobre él. Cuando con un deseo casi incontrolable le agarró el pene y se lo metió dentro, muy dentro, con fuerza, mientras le pedía, entre jadeos ahogados para que no la oyeran, más.

Él la agarró de la cintura, de las caderas, y apretó. Quiso ser quien imprimiera el ritmo, pero ella no le dejó. Claudia mandó. Fue ella quien aceleró y deceleró a su gusto, buscando el máximo placer. Ella fue quien se apretó contra él, rozando el clítoris contra su carne a la par que sentía su pene entrar y salir, con potencia.

Estaba a cien. A más de cien y tuvo ganas de gritar, pero se tuvo que comer las ganas y para ello, buscó la boca de Santiago y le metió la lengua, jugó con sus labios y bebió su saliva. Estaba caliente, muy caliente.

Varias veces llamaron a la puerta lo que, en lugar de amedrentarlos, los excitó más y aceleró el clímax al que ella llegó antes, cabalgando a su gusto y ritmo. Santiago también llegó y tuvo que ahogar sus jadeos contra el pecho semidesnudo de ella, que había atraído hacia él en las últimas sacudidas después de que ella, tras haber llegado al orgasmo primero, se echara hacia atrás, apoyando la espalda y la cabeza sobre el escritorio de Santiago, relajara sus músculos y dejara que fuera él y solo él quien, ahora sí, gobernara la situación. Le dejó que lamiera y besara a su voluntad y la zarandeara hacia delante y hacia atrás como le diera la gana hasta llegar él también a un orgasmo intenso y rabioso, matador, que le dejó tan satisfecho como agotado.

Fue peligroso, pero les dio igual y les salió bien porque nadie se dio cuenta de que en el despacho de Santiago, ese día, no se hacían entrevistas ni cuestionarios.

Por las noches, solían quedar siempre que podían en el piso de él porque

resultaba más fácil pasar desapercibidos. Ambos entraban por el garaje. Santiago le había dado una llave que la dejaba entrar al aparcamiento y también subir por el ascensor directamente a su piso. Así era más complicado que les vieran.

A Claudia, todo ese asunto de ser la amante secreta, a pesar del morbo inicial, en el fondo, no le hacía mucha gracia. Se conformaba porque Santiago le prometió, una y mil veces, que sería algo temporal. Ella no le pidió que dejara la política, pero una vez decidido y prometido, esperaba que fuera una realidad cuanto antes para poder dejar de esconderse.

No podía negar que se alegraba, y mucho, de esa decisión de Santiago porque de tal forma, si él dejaba EGO, su relación podría salir adelante mejor, pero no se lo pidió. No lo hizo porque no le correspondía a ella hacerlo. No hubiera estado bien. Si hubiera sido al revés, ella no hubiera tolerado que Santiago le solicitara que lo dejara. Era una decisión que se debía meditar y tomar con calma, pero eso sí, una vez tomada, se debía efectuar. Eso lo tenía muy claro. Ella, por su parte, le había prometido tiempo, y tiempo tendría, aunque tras varias semanas de largas, empezaba a cansarse de tanto esperar.

Santiago, cuando Claudia le mencionaba el tema y le preguntaba cómo iban las cosas con el resto de compañeros en el partido tras anunciar que había que plantearse el futuro de otro modo, solía responder con vaguedades y cambiar de tema.

—¿Y cuándo lo vais a hacer por fin público? —quiso saber ella al ver que se acercaba finales de marzo y tanto él como su partido seguían sin decir nada de forma oficial—. La fecha límite para entregar las listas definitivas de candidatos acabará en apenas unos días

—Todavía hay tiempo —mentía él porque, en realidad, no se había atrevido todavía a decir ni esta boca es mía—. Solo algunos del partido lo saben y necesito un poco más de tiempo.

Mentía. Engañaba a Claudia y también al partido. A los dos.

Respecto al partido, mentía porque en EGO sí sospechaban que algo le pasaba ya que había ido, de forma paulatina, bajando el tono radical de sus discursos

tanto en entrevistas como en sus apariciones públicas, pero cuando le interrogaban por ello, tal y como hacía con Claudia, cambiada de tema.

Las candidaturas, en realidad, ya habían sido confeccionadas y entregadas. A falta de que se cumpliera el plazo habilitado para la subsanación de irregularidades, todo estaba como se había planeado que estuviera antes de la aparición de Claudia y de las dudas que Santiago pudiera o no tener, y nadie había tenido en cuenta los deseos de Santiago porque él no se los había dicho a nadie. Ya estaba hecho y él aparecería como cabeza de lista por Madrid.



## Capítulo 19

Había mentido a todo el mundo, esquivado el tema, dado largas y dejado pasar el tiempo porque no era capaz, no se sentía preparado, de afrontar el problema. Y es que nunca se había caracterizado por ser alguien demasiado valiente a pesar de lo que decía en sus conferencias y discursos.

Nadie en su entorno sabía nada de sus intenciones de dejar la política y no ser el candidato de EGO a la presidencia. Todos desconocían sus auténticos deseos menos Araceli, a la que se lo tuvo que confesar apenas unas semanas después de arrancar su relación en serio con Claudia. Fue una noche en la que se vio obligado a ir a su chalé en La Moraleja para fingir que su unión amorosa ficticia y pactada iba viento en popa y que eran la pareja ideal.

—Claudia es muy especial —le reveló tras contarle su historia.

—Ya —Araceli se acomodó en el sofá del gran salón donde estaban mientras paladeaban un buen *whisky*—. Si yo algo ya me oía.

—¿De verdad?

—Es que, a ver, Santi. Yo te conozco más y mejor que los cenutrios del partido y sé que algo te traías entre manos.

—¿Tanto se nota? —se sintió raro porque no se veía a sí mismo tan transparente.

—Hombre. No sé. Ya te digo que tal vez para los demás no se perciba, pero para mí era evidente. Además... —pero no terminó la frase.

—Además, ¿qué? —le animo él a continuar y se sirvió otro vaso.

Araceli tenía muy buen gusto para el *whisky*. De siempre. Cuando la conoció fue una de las cosas que más le sorprendieron de ella. No era habitual en su círculo que una mujer de alta alcurnia supiera de esas cosas. También lo tenía para la decoración. Su mansión era un buen ejemplo de ello. Estaba decorada y amueblada con un gusto exquisito. Moderna. Acogedora. Era práctica y a la vez desprendía calor de hogar. Algo difícil de conseguir. Hubiera sido una muy

buena interiorista si hubiera querido, pero por deseos de su familia, cosas de antes y de su madre que era muy religiosa y muy tradicional —hubiera encajado a la perfección en EGO—, se dedicó solo a ser una mujer rica, muy rica.

Tras la muerte de su madre, su vida cambió y Araceli pudo aprender y experimentar lo que le dio la gana. Su padre, que enseguida sustituyó a su madre por una madrastra más joven aunque también de buena cuna y de familia tradicional, no le dijo nada sobre sus actividades siempre que no hiciera el ridículo ni manchara su apellido de forma irreversible.

Así las cosas, todo lo que de más joven no pudo hacer, lo hizo, y salió con unos y otros, pero sin buscar nunca un marido formal porque los hombres no eran lo que ella quería.

Araceli, a pesar de lo que las apariencias y lo que ella misma fomentaba en revistas del papel cuché y en los actos o fiestas a los que asistía, no era en absoluto frívola y caprichosa. Estaba muy alejada de esas niñas tontas, hijas de papa, ricas y antojadizas que solo viajaban y vivían de las rentas porque ella, a diferencia de todas esas, sí sabía invertir esas famosas rentas que su madre la dejó en herencia, que fue la verdadera rica de la familia. Tenía varios negocios inmobiliarios, uno de alquiler de globos aerostáticos, una cadena de lavanderías y participaciones en varias empresas que cotizaban en el IBEX. Era una mujer rica y lista.

—Pues además —se arrancó tendiéndole su vaso para que también se lo llenara—, el otro día fui a tu casa, para hacerte una visita sorpresa, y la vi entrar por el garaje.

—¿Y cómo sabías que iba a verme a mí y no a otro? ¿Y si iba su casa porque vive en el edificio?

—A ver, Santi. No me seas tonto. ¿Me ves cara de ingenua?

Ambos rieron. Araceli tenía razón. El único motivo por el que Claudia estaba allí era porque iba a verle a él. Por nada más.

—¿Y la quieres? —le preguntó de pronto, sin cortarse un pelo. Había confianza.

Santiago titubeó un instante, pero al final respondió con sinceridad. Era tontería andarse con rodeos. Araceli, por otra parte, era la única a la que podía contarle lo que sentía de verdad por la periodista. Era, fuera del partido y fuera de la ideología sectaria de EGO, aunque le doliese reconocerlo y nunca pensara en ello, la única amiga que tenía.

—Creo que sí.

—Pues no la cagues, Santi. ¿Has pensado en dejar EGO? —Araceli fue directa al grano—. Tienes que salirte, amigo, si no quieres que la cosa se ponga chungu, la acusen de roja espía que se ha acercado a ti para acabar con el partido o vete tú a saber qué.

A veces le sorprendía lo lista que era. ¿Cómo sabía que esas eran sus intenciones? ¿Que eso era lo que él quería hacer? No se lo había dicho aún a nadie. Solo Claudia, e imaginaba que su amiga Matilde, lo sabían. Nadie más. Todavía era un secreto.

—No me mires así —y se rio.

—Es complicado —fue lo único que Santiago acertó a decir.

—Sí, lo sé, pero puede ponerse peor si lo dejas estar demasiado. La cosa puede complicarse y mucho.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres? No creo que vaya a ser para tanto, ¿no?

—Pues que ahora es difícil, sí —se levantó del sofá, vaso en mano, y se puso a mirar por el gran ventanal del salón que daba al enorme jardín con piscina, iluminado por unas pequeñas luces tenues que bordeaban el perímetro—, pero si dejas que pase el tiempo y se acerquen las elecciones, todo puede ser peor.

—Es que es complicado —repitió sintiéndose como un auténtico cobarde.

—Ya lo sé —se giró y le miró directamente, muy seria—, pero te voy a hacer una serie de preguntas y quiero que seas muy sincero conmigo, ¿vale?

Santiago asintió y ceñudo se sentó en uno de los sillones orejeros del salón.

—¿Por qué quieres dejarlo?

—Porque no quiero ser lo que ahora mismo EGO representa —respondió Santiago muy seguro.

—¿Lo dejas por ti?

—Sí, por mí.

—¿Te ha exigido ella de alguna manera que lo dejes?

—No —Santiago negó con rotundidad también con la cabeza y recordó la conversación que había mantenido con Claudia al respecto. Ella tampoco quería que dejara el partido e incluso la política por ella. Era algo que debía hacer por él y solo por él.

—Vale, eso está muy bien —sonrió cariñosa—. Esa chica me cae bien. O sea que lo dejarías porque tú quieres.

—Sí.

—Y por lo que me has contado y por cómo lo mantenéis por el momento en secreto, deduzco que le has pedido tiempo para hacerlo, ¿verdad?

—Sí, le he dicho que lo iba a dejar para que podamos estar juntos sin limitaciones. Ahora ya ves. Estamos viéndonos a escondidas. Por eso la viste entrar por el garaje. Le di una llave para que pueda entrar por allí sin miedo a que la prensa la vea en la puerta. A cuenta de nuestra supuesta relación, tengo prensa rosa siguiéndome a todas horas.

—Sí. Te entiendo. Yo también —y Araceli pensó en los periodistas del corazón que estaban acampados en las inmediaciones de la urbanización donde estaba su chalé—. Entonces le has prometido a esa chica que lo vas a dejar todo para poder estar con ella sin problemas.

—Sí.

—Pues creo que, como te he dicho antes, lo deberías dejar cuanto antes —insistió—. Hoy mejor que mañana, y mañana mejor que pasado.

—Ya, pero es que me cuesta porque... —Santiago ya no sabía qué pretexto poner.

—Mira, tío —lo interrumpió Araceli un poco brusca. No le gustaban las evasivas y las de Santiago empezaban a sonarle a excusas de mal pagador—, no hay peros que valgan. Te vuelvo a preguntar. ¿La quieres? Porque si la quieres, a por todas, Santi. Y eso significa hacer lo que tienes que hacer. Además, si tú

mismo dices que no te gusta estar en EGO.

Y todo lo que Araceli decía era verdad. Él quería a Claudia y quería dejarlo todo. Estaba seguro de que era la decisión correcta. Convencido de que era lo mejor para él, para su relación y para, en realidad, el país. Y lo quería hacer no por ella, sino por él mismo, pero le costaba un mundo enfrentarlo. En cuanto tenía a Paco delante, sus intenciones se achicaban, sus palabras se atragantaban y se tenía que comer sus propósitos. Los escondía y dejaba que el tiempo que había pedido para solucionar su futuro político y personal pasara.

—Yo, si fuera tú —continuó Araceli—, no daría tiempo a que me incluyeran en las listas. De verdad te lo digo. Comunicaría mi baja antes. Así será más fácil. Si no estás, no estas y ya no hay vuelta atrás. Si lo dejas demasiado, luego vas a tener que dar explicaciones hasta a el Papa.

—Al Papa de Roma y a Paco —se lamentó Santiago.

—A Paco Villambrosa que le den —Araceli escupió las palabras con asco. Odiaba a ese tipo.

—Lo has dicho con mucho resentimiento —a Santiago le sorprendió.

—A veces, Santi, hijo, no sé si eres tonto o te lo haces.

Santiago prefirió no responder y dejó que ella continuara.

—Paco es de lo peor, Santi —su palabras seguían rezumando mucha animosidad—. Es un tío despreciable que solo busca su propio interés sin tener en cuenta los deseos de absolutamente nadie. ¿Por qué te crees que yo estoy más sola que la una? Porque a su parecer no puedo ser quien quiero ser ni en mi intimidad.

—¿De verdad te ha prohibido tener novia?

—Tal cual. ¡Es un cabronazo! —bebió casi el vaso entero de un solo trago—. Eso sí, como mi dinero le importa más que yo y lo necesita, lo ignoro y paso de él, aunque, al final, por miedo o yo qué sé, por evitar problemas, novia no tengo.

—Es que en política, Araceli, todo cuenta y todo resta. Eso ya lo sabes.

—¡Tonterías! No todo vale ni en política ni en la vida. ¡Joder con la puta política! Siempre hay que hacer lo que Paco dice. ¡Estoy hasta las narices! Y

míranos —y se sentó encima de la mesa baja del salón que Santiago tenía delante—. Aquí estamos ahora, hablando tú y yo sobre cómo te has enamorado de una chica a la que tienes que mantener en secreto hasta que puedas dejar el partido por culpa Paco y sus malas artes porque ella es periodista y trabaja para *El Globo* y es rojales y no es de EGO y es feminista y... La lista es enorme. ¿Te has parado a pensar, más allá de tus deseos de dejar o no la política, cuántas cosas tiene esa chica para que Paco la odie? Bueno, en realidad, para que todo EGO la odie. Por eso tienes que hacerlo bien, Santi. Muy bien.

Santiago se acordó entonces de cómo Paco, unos años atrás, filtró unas fotografías comprometedoras de un empresario que se negó a seguir colaborando con el partido y les cerró el grifo. Buscó por las cloacas de aquí y de allí cosas delicadas y luego las publicó, pero ¿sería capaz de hacerlo con él? No. Eso no podía ser. Paco era duro y por eso le habían contratado. Era eficaz derrumbando al oponente, haciéndole caer y pisando cabezas, pero Santiago no concebía que llegado el momento fuera a pisar la suya. Él no era su enemigo. ¿O sí?

—¿Y yo? —Araceli le sacó de sus elucubraciones sobre Paco—. Aquí estoy. Esperando a que alguien como tú dé el paso para después dejar también EGO porque estoy harta de sus radicalizaciones y sus discursos de mierda llenos de mentiras y barbaridades. ¿Escuchaste a Alejandro el otro día hablando de los homosexuales? ¡Por Dios! Fue demasiado. Que soy lesbiana, Santi. ¡Lesbiana! Y estoy en un partido que si pudiera, no quemaría vivas.

—Te entiendo, Araceli, perfectamente, pero no sabía que tú también querías dejarlo.

—Nadie lo sabe, así que admito que soy una cobarde. Fíjate. ¡Si soy tu novia oficial! ¡Es patético! —bajó la cabeza apesadumbrada.

—Oye, que no soy tan mal novio —la consoló, pero Araceli ya no aguantó más y se echó a llorar.

—Es que quiero ser libre, Santi. Yo no tengo a nadie por el que luchar, Ego y Paco no me han dejado, pero tú sí. ¡Hazlo! Deja EGO y manda a Paco y a los

demás a tomar por culo de una puta vez —estaba de verdad desbordada con todo el asunto y muy enfadada porque pocas veces la había oído hablar así—. No pierdas la oportunidad. No dejes que el tren se vaya. No dejes que esos cabrones te jodan. Yo te seguiré.

## Capítulo 20

Era extraño verse constantemente a escondidas, pero tanto Santiago como Claudia, con la ayuda de Araceli, Juan y Matilde, lo llevaron bastante bien. Su relación seguía siendo un secreto a falta de que Santiago ultimara todos los detalles de su salida de EGO. Eso, al menos es lo que él decía tanto a Claudia como a Araceli cuando le preguntaban sobre el asunto. Les aseguraba que todo iba bien, que ya lo había comunicado y que todo el proceso de partida estaba en marcha.

Eso explicaba si bien nada se movía y todo seguía como si tal cosa. Ocurrencias de Paco, solía decirle a Araceli cuando esta insistía. Y cosas de política e imagen, a Matilde, cuando una vez le interpeló. Con Claudia intentaba evitar el asunto porque como periodista estaba dentro de la maquinaria y sabía cómo iba todo. Con ella procuraba hablar del tema lo menos posible. De hecho, siempre que podía intentaba no conversar de nada que tuviera que ver con política y con EGO. Cuando esta insistía porque no entendía que su agenda y actos no se redujeran de forma considerable y que ella, como periodista asignada junto con otros compañeros de distintos medios, le tuviera que seguir cubriendo como si fuera el candidato efectivo y real, él ponía excusas, echaba la culpa al partido o a Paco y cambiaba de tema. Alguna vez, para disimular, anulaba citas, entrevistas, reportajes, etc. A Claudia le decía que era por su futura salida del partido y a Paco que era cosa del periódico donde ella trabajaba. Y así pasaba los días.

Entonces llegó el martes 26 de marzo. Al día siguiente las listas presentadas al Congreso y al Senado se publicarían en el Boletín Oficial del Estado, aún no siendo definitivas, ya que se todavía quedaba un plazo de subsanación de errores o para solventar impugnaciones. Claudia acudió a un acto de la revista *Bye* porque había leído en la crónica social del periódico que iba a haber una gran fiesta en la recepción del Hotel Valpa. Pensó que quizá allí pudiera encontrar a



las clientas estafadoras de su amiga Matilde. Esta, tal y como habían quedado cuando idearon el plan, le había mandado unas fotos con los modelos que habían adquirido esas clientas timadoras un par de días antes. Podía ser factible que acudieran a la fiesta todas emperifolladas con los trajes carísimos de su amiga.

Fue a la celebración sin decir nada a nadie, ni siquiera a Santiago, porque él le había dicho que tenía una reunión con miembros del partido para ultimar detalles de cara a su marcha. No quería preocuparle. Ya se encargaría ella de la fiesta y de las tipas esas. Para colarse solo tuvo que enseñar el carné de prensa y aunque la miraron mal por no seguir el protocolo —iba en vaqueros y chupa de cuero en lugar de llevar un buen vestido largo de fiesta—, le dio igual. Además, los tiempos habían cambiado y las cosas ya no eran como antes que si no se acudía adecuadamente vestida para la ocasión, no te dejaban pasar. Ahora, como mucho, tal y como le sucedió a ella, te miraban mal y listo. Cierto que te podían llamar la atención, pero no era lo habitual y raro, muy raro hubiera sido que no la dejaran pasar.

Entró en el vestíbulo del hotel dispuesta a desembarcar a las estafadoras lo más pronto posible, no le apetecía pasar allí la velada, así que lo primero que hizo fue echar un vistazo general tanto a invitados como al local. Mucha gente guapa, como decía la canción de Mecano y mucha niña mona. También había niños monos y guapos, y muchos viejos. Eso también. Todos muy engalanados. Ellas con vestidos largos y elegantes, y ellos todos vestiditos de trajes de chaqueta. Asimismo había algún esmoquin. Una fiesta de postín. En el periódico se decía que era una velada para recaudar fondos para una ONG que se encargaba de ayudar a niños huérfanos en África. Al mirar a su alrededor, Claudia pensó que con que donaran solo la mitad de lo que valían algunas de las joyas que por allí se veían, ya podían dar de comer a medio continente. Era una barbaridad la cantidad de dinero que algunas personas podían llevar encima en una sola puesta y en una sola noche.

Buscó el mejor ángulo en el que colocarle. Lo encontró cerca de la barra de bar que el hotel había colocado donde, entre copa y copa, los invitados podían, al

margen del dinero que habían pagado por estar invitados al evento y socializar entre ellos, donar más dinero a través de una señorita muy sonriente que sostenía una pequeña cajita de madera. En ella, Claudia, una vez apostada en la barra, móvil en mano, dispuesta a hacer de detective, observó que todo aquel buen samaritano que gustase podía, si quería dejar un buen y jugoso cheque.

En la barra pidió un refresco y mientras esperaba a que un atento camarero de no más de 20 años se lo sirviera, le pareció ver a su derecha, cerca de la puerta que llevaba a los baños, a una de las clientas de Matilde. Con cierto disimulo, puso el móvil en función cámara y sacó un par de fotografías. Estaba casi segura de que era ella.

—Toma —se dijo feliz cuando del escusado salió la otra clienta, con el espectacular vestido que Matilde le había vendido solo un par de días antes.

Rápidamente disparó unas cuantas fotografías más. Las tenía. «Ser detective no se me da nada mal», pensó.

Sin dilación, levantó la vista para comprobar, ya en persona, sin la pantalla del móvil de por medio, que en efecto eran ellas y, al hacerlo, se topó de lleno, con los ojos verdosos y también sorprendidos de Santiago. Allí, en medio del vestíbulo, junto con Paco Villambrosa y Alejandro Zárate, Santiago sonreía nervioso sin saber muy bien qué hacer. Fue ella quien tomó la iniciativa. Dejó el refresco intacto en la barra y se acercó.

## Capítulo 21

Claudia se aproximó a Santiago, que la miraba descolocado, y con disimulo le rozó la mano para sentir, como aquella primera vez en la que se rozaron en los premios del cine, un chispazo que la rodeó por completo y que la dejó con ganas de lanzarse a los brazos de ese hombre que tan loca la volvía. Se aguantó los deseos, se puso a su lado y le preguntó qué hacía en la fiesta benéfica.

—Cosas de Paco —se disculpó Santiago que miraba a su compañero de partido de reajo.

Se sentía fatal en ese momento. Le hubiera gustado que la tierra se lo tragara, de manera literal. Estaba incómodo y se sentía acorralado tanto por Claudia, que enseguida empezaría a hacerle preguntas, como por Paco si se daba cuenta de que allí pasaba algo más que un simple saludo entre candidato y periodista.

—Yo es que, de verdad, Santi, no entiendo por qué Paco te pasea por los actos y hace como si nada si ya no vas a ser el candidato. Esta tarde me anulas una entrevista y ahora te vas de fiesta. ¿Qué está pasando?

—Es que Paco es muy suyo —se excusó—. Él quiere hacer las cosas a su manera y...

No pudo terminar la excusa. Paco se acercó a ellos con un par de copas de cava en la mano. Le dio una a Santiago y la otra se la ofreció a la periodista, que la rechazó.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó quedándose él con el cava.

—Cosas del periódico —mintió ella rápida.

—Pero esto lo suele cubrir la rubita esa. ¿Cómo se llama?

—Susana Furentes.

—Sí, esa misma. Susana, a la que he visto, por cierto, en la zona de los abrigos cuando hemos entrado —lo expuso con sonsonete, como queriendo demostrar que la había pillado en alguna invención—. No habrás venido siguiendo a nuestro candidato.

Santiago miraba al suelo, sin saber qué decir ni qué hacer. No se le ocurría cómo salir de todo aquello.

—Bueno, es que yo estoy de apoyo. Por si acaso —volvió a mentir Claudia, que estuvo resuelta y no dejó que Paco siguiera especulando.

No estaba allí por el periódico, aunque tampoco por Santiago, y no tenía ni la más mínima intención de contarle el motivo real de su vista a la fiesta benéfica del hotel.

—Ya. Pues sí que os tomáis en serio estos actos en *El Globo* —Paco no se daba por vencido.

—Cosas del jefe.

Claudia tenía un mal presentimiento. No sabía si caía bien o mal a Paco, Santiago no le había dicho nada al respecto, pero en ese momento, tras esa extraña conversación, tenía la sensación de que bien no era la palabra ajustada.

—Pues ya que estás aquí, te diré que últimamente cubres mucho a Santiago, pero luego en el periódico te dan muy poco espacio. ¿No te parece?

Al oír aquellas palabras, Claudia se puso colorada, pero aguantó el tipo y la mirada escrutadora de Paco. ¿Qué le decía? «Piensa rápido», se propuso a sí misma.

No se le ocurría ninguna repuesta ni ingeniosa ni sosa para solventar el asunto, así que, al final, optó por callar. Un par de veces miró a Santiago, pidiéndole ayuda, pero este seguía de observador oficial de la moqueta del suelo del vestíbulo del hotel Valpa como si su dibujo fuese lo más interesante del mundo. No le podía decir a Paco que en realidad no era culpa del periódico que no le dedicaran más espacio, sino cosa de ella y de su relación con Santiago. Todo el tiempo que pasaban juntos en público no era por trabajo. Ni mucho menos. En esos ratos en los que fingían hacer entrevistas, reportajes o lo que fuera, en realidad, lo que hacían era conocerse mejor. Eran sus citas no nocturnas que les servían para seguir conociéndose más allá del sexo y el deseo que cada uno despertaba en el otro.

Además, de todas formas, eso no debería de molestarles tanto. Ahora que

Santiago lo iba dejar, que saliera menos les debía dar igual. Se deberían de preocupar, en todo caso, por la cobertura de otros candidatos y de Alejandro, sobre todo, si finalmente era proclamado por el parrido como el sustituto de Santiago a Moncloa.

—He estado incluso pensando en llamar a tu jefe, a Enrique Peña, se llama, ¿verdad?, para comentárselo porque tú me dirás. A un candidato hay que cubrirle como Dios manda y sacarle muy bien. Porque, a ver, dime, ¿qué pasa con todas esas entrevistas y reportajes que se anulan a última hora?

Claudia dudó al escuchar a Paco decir lo de la candidatura y las entrevistas anuladas. ¿Qué quería decir? ¿Qué se estaba perdiendo?

Miró a Santiago, que esta vez sí, había dejado de mirar atontado la alfombra y había reaccionado. La miraba a ella con expresión extraña. Una mezcla de, Claudia no supo identificarlo bien. ¿Pena? ¿Culpa? ¿Sorpresa?

Levantó las cejas en un intento de que Santiago dijera algo y corrigiera a Paco porque ¿lo había escuchado bien? ¿Había dicho candidato? ¿Hablaban de que ella anulaba reportajes?

—De todas formas —atajó por fin Santiago—, eso es una bobada, Paco. Lo importante es que salimos.

—Sí, salimos. Eso es verdad, no como en *El Aviso* donde no nos sacan ni pagando.

Entonces, en escena apareció Alejandro, con su copa en la mano, un poco bebido, sonriendo de oreja a oreja. Claudia aprovechó ese momento para disculparse aludiendo que tenía que ir a hacer una llamada y marcharse de allí porque no le gustaba la situación. No entendía lo que estaba pasando. No comprendía las palabras de Paco, ni la mirada de Santiago ni nada de nada. Necesitaba aire.

Salió del vestíbulo del hotel y ya en la calle, una mano la agarró del brazo. Se giró enfada. No tenía ganas de hablar con nadie. Se iba para su casa a tomarse una buena copa de Albariño, o dos, y a mandarle a Matilde las fotografías que

había hecho de sus clientas estafadoras. Eso es lo que iba a hacer. Necesitaba pensar en lo ocurrido y en las palabras de Paco. En casa, tranquila, ya llamaría a Santiago para hablar con él de forma más calmada y pedirle que le explicara con pelos y señales qué era lo que estaba pasando exactamente porque estaba claro que no había sido claro con ella. Algo no cuadraba y necesitaba que él se lo aclarara, pero no allí con los de EGO pululando a su alrededor.

Se giró dispuesta a mandar a la mierda a quien fuera y se topó con la mirada, esta vez sí era completamente de culpa, de Santiago.

—Lo siento —le dijo acercándose a ella y rozándole la cintura con cariño.

—¿Qué es lo que sientes exactamente?

—No te dije que tenía la fiesta porque no los sabía, de verdad.

—Eso me da igual. A mí lo que no me cuadra es lo de Paco y las candidaturas y las entrevistas anuladas. ¿Tienes algo que decir de todo eso? ¿Acaso no me lo has contado todo?

Santiago la contempló y en sus ojos vio reflejada la duda y cierta tristeza. Esa que en su día se había prometido que no provocaría y que le evitaría a la periodista. Se sintió como un auténtico cobarde.

—Aquí no puedo hablar contigo —acertó a decir mientras miraba hacia dentro del hotel. Dentro se veía a Paco con Alejandro riendo con algunos de los invitados al evento—. Aquí no.

—¿Entonces?

—Mira, a un par de calles de aquí, en la esquina, ahí una cafetería que se llama Lipowo. Quedamos allí y te lo explico todo, ¿vale?

Claudia no se movió del sitio. No le hacía ninguna gracia tener que ir a una cafetería a esperar hasta vete tú a saber cuándo para hablar con Santiago. ¿No podían verse en casa? ¿No podían irse ahora mismo?

—¿Y por qué no te vienes conmigo ahora? —le preguntó poniéndose tiesa y dando un paso hacia atrás, alejándose de él.

—Porque no puedo. Ahora no puedo.

—Pues no lo entiendo.

—Espérame allí. En media hora, no más, voy y te lo explico todo, ¿vale?

—No sé.

Y antes de que Claudia pudiera seguir protestando y poniendo mil pegas, la cogió de la cintura, la atrajo hacia él y la besó. Fue un beso muy rápido, apenas duró un suspiro, pero fue suficiente para que Claudia se relajara y decidiera esperarle en la cafetería.

## Capítulo 22

Claudia, tal y como le había prometido a Santiago, fue hasta al cafetería Lipowo, que a esas horas había cambiado los cafés por combinados y cocteles y se sentó en un mesa que daba a una ventana a la calle. Se acomodó y pidió una buena piña colada. Ya que estaba allí y le tocaba esperar, se daría un capricho. Le encantaba la piña colada y no era algo que uno pudiera tomar de forma habitual, así que ese era un buen momento.

Durante el tiempo en que esperaba su coctel, envió a Matilde las fotografías que había hecho a lo que su amiga la respondió con un millón y medio de emoticonos —era muy efusiva— y un millón y medio de gracias. Tal y como sospechaba, eran sus clientas vestidas con los trajes que le habían comprado dos días antes por algo más de dos mil euros cada uno. Ahora que tenía las fotografías, las esperaría con una buena sonrisa. Si iban a su tienda con intención de devolverle los vestidos, se las enseñaría. Por fin podría librarse de esas alimañas. Estaba muy feliz.

Matilde le preguntó por Santiago y Claudia solo le explicó por encima que le estaba esperando. No quería contarle nada por el momento porque quizá la sensación de incomodidad y ese mal presentimiento que había tenido tras la extraña conversación con Paco Villambrosa en la fiesta del hotel había sido eso, un presentimiento y nada más. No quería preocupar a su amiga innecesariamente.

Cuando el camarero le trajo la piña colada, dejó el móvil a un lado y se puso a observar por la ventana. Había empezado a llover y la ciudad se vaciaba poco a poco. Un vaciado, eso sí, de una forma curiosa porque Madrid nunca descansaba y tampoco se vaciaba. Solo parecía que lo hacía. Por la calle corrían parejas que volvían a casa, entre risas, intentado no empaparse. Le dio envidia. Ella también quería eso. Quería poder ir con Santiago por la calle sin necesidad de esconderse. Lo de ser Romeo y Julieta ya no tenía ninguna gracia. Desde que habían empezado a salir ya habían pasado casi dos meses y era tiempo de que él tomara



de verdad una decisión al respecto.

Miró el reloj del móvil. Santiago le había prometido que estaría allí en media hora, pero ya habían pasado 45 minutos. Le mandó un *Watsapp*, pidió otra piña colada y esperó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Además, en la calle, la lluvia había pasado a ser un aguacero en toda regla. Dentro de la cafetería se estaba mejor.

Con la bebida en la mano, estaba buenísima, se puso a cotillear las portadas de los periódicos del día siguiente. Eran más de doce y ya estaban colgadas. Casi todos abrían con la campaña y los candidatos confirmados de cada partido. Los plazos de presentación se habían acabado. Ciertamente que desde ese día, ya por el horario, 27 de marzo, había un plazo de subsanación de errores y para solventar impugnaciones, pero en general, como solía decirse, estaba todo el pescado vendido.

Fue mirando cada portada, incluida la de su periódico, y sintió, a cada una de ellas que pasaba, que la piña se le atragantaba. Se sintió como una tonta. Una idiota a la que habían engañado y utilizado. Ahora entendía a la perfección las palabras de Paco en el hotel. Ahora todo tenía sentido.

Había confiado en Santiago. Le había dado su corazón y él le correspondía de esa forma. ¿Qué era ella para ese hombre? ¿Qué significaba? No lo tenía nada claro y al ver su foto junto a la del resto de candidatos en todas las portadas, sintió una tristeza enorme y también se sintió traicionada. ¿Cómo había podido hacerle eso? Ella no le pidió que lo dejara, pero él le prometió que lo haría. Se propuso dar ese paso para poder llevar una relación sin esconderse y ahora...

Ahora ahí estaba junto a los otros cuatro candidatos, todos hombres salvo la candidata de Unidos Siempre que a última hora había presentado a la segunda del partido como número uno por Madrid al Congreso en un buen golpe de efecto que sin duda restaría votos a sus contrincantes de izquierda y arrastraría consigo a buena parte de la masa feminista. Muy bien jugado.

Cerró la aplicación de noticias del móvil, pagó sus consumiciones y salió a la calle. No pensaba quedarse en la cafetería a esperar a Santiago. Ya no. Si quería algo de ella, que la buscara. Ella no iba a ser su perrito faldero. Si él creía que

estaría allí esperándole y que le comprendería sin protestar, atendiendo a todo lo que él dijera, estaba muy equivocado porque en ese momento Claudia sentía tristeza, pero también un gran enfadado. Justo cuando salía por la puerta, se topó con Santiago, que llegaba a todo correr, mojado y colorado.

—Se suponía que ya no eras el candidato —le dijo Claudia enfadada, escupiéndole las palabras e impidiéndole el paso al local—. Me dijiste que ya lo habías dicho en el partido y que todo estaba en marcha, pero está claro que me mentiste.

—Déjame que te lo explique.

—¿El qué me vas a expilar? Yo lo único que sé es que me has mentido y que tu cara sale en todos los periódicos como el candidato de EGO para ocupar el sillón de La Moncloa —estaba furiosa. Se le notaba porque las palabras le salían atropelladas, estaba roja y los ojos le brillaban, cubiertos de lágrimas de pena y de rabia. Intentaba a toda costa no llorar y eso, también la estaba poniendo cada vez más enfadada—. Eso es lo que sé y eso no es lo que se suponía que tenía que pasar, ¿no crees? Eso es lo que sé y eso no tiene mucha explicación salvo que me has engañado. ¡Me has utilizado y nada más!

—¡No! Eso no es verdad. No te he utilizado —y dio un paso para acercarse a ella—. Yo no te he utilizado.

—Pues eso no es lo que parece, Santiago.

—Lo siento, Claudia. Perdóname, pero...

—Pero ¿qué?! —aquello fue un grito.

—Pues que no he podido decirlo porque todo se ha complicado —resopló. No sabía cómo decirle que era un cobarde y que no se había atrevido a enfrentarse a Paco y a su partido—, pero yo no te he utilizado, te lo juro. Yo te quiero, Claudia, pero...

—Pero ¿qué?, Santiago. ¿Qué? Arranca de una vez, por Dios, y dime lo que me tengas que decir.

En ese momento, tanto Santiago como la periodista se callaron y miraron para la calle aledaña de donde se acercaban voces y gritos de ¡Viva España!

acompañados de algunas de las consignas de EGO y de la inconfundible voz de Alejandro Zárate. Santiago reaccionó de forma vertiginosa y sin dar tiempo a Claudia para que pudiera decir o hacer nada, la empujó a un callejón que había justo al lado de la cafetería. Allí esperaron en el más absoluto silencio a que los simpatizantes de EGO pasaran.

—Creo que no nos han visto —susurró Santiago y cogió a Claudia de las manos.

La periodista temblaba y no solo por el frío y por estar mojada a causa de la lluvia. Se soltó irritada. Dio un paso atrás y lo engulló en el agua infinito del mar verde de sus ojos, que estaba enfurecido y tormentoso tras lo ocurrido esa noche. Estaba alterada porque Santiago había mentido. Rabiosa por sus falsedades. Enfadada por su cobardía. ¿Cómo era posible que no hubiera dicho nada de nada en todo ese tiempo?

Estaba furiosa porque la había escondido en el callejón como a una criminal. Enojada porque en lugar de luchar por su amor, por lo que sentían, parecía que se avergonzaba de ella y de su relación.

—¿Sabes, Santiago? Creo que nunca has tenido intención de decírselo.

Y de la misma, sin decir más y sin dejar que Santiago pudiera excusarse más, echó a andar y se perdió en la oscuridad de la noche de Madrid que esa noche no la tenía a sus pies, sino que le pesaba como una losa.

## Capítulo 23

Santiago, tras la huida de Claudia, se quedó un rato más allí, en la calle, sin saber muy bien qué hacer, bajo la lluvia, empapado con sus penas y con esa agua que no le calmaba y sí le creaba una gran ansiedad. ¿Cómo podía haber sido tan idiota?

Por fin reaccionó, cuando un coche que iba bastante rápido pasó muy cerca y a punto estuvo de llenarle del agua sucia de la carretera. Se alejó de la vía, a tiempo de no ser mojado por el vehículo, se apoyó contra la pared y, al resguardo del alero del edificio, llamó a Claudia al móvil.

Nada. El teléfono daba señal y los tonos de llamada se repetían sin que al otro lado nadie descolgara. Lo intentó un par de veces más, pero el resultado fue siempre el mismo. Vacío y soledad. Probó con el teléfono fijo de casa de la periodista. Tampoco.

—¡Joder! —dijo dando un manotazo a la pared del Lipowo—. ¡Joder!

Llamó entonces a Juan, su chófer, para que fuera a buscarlo hasta la cafetería. Tenía que dar con Claudia cuanto antes. Tenía que encontrarla. Juan respondió al tercer tono y le señaló que iría de inmediato a buscarle.

Mientras esperaba a que su chófer llegara, volvió a llamar a Claudia obteniendo el mismo resultado. Nada. La periodista no le cogía. Llamó entonces a Matilde y le saltó el contestador. Le dejó un escueto mensaje.

—Hola, Matilde. Soy Santiago. Estoy buscando a Claudia. Es muy importante que hable con ella. Por favor, si la ves, dile que me llame. Gracias.

Le hubiera gustado añadir que lo sentía, que no tenía intención de hacerla daño; que todo lo ocurrido habían sido mala suerte y que lo arreglaría, si bien sabía que iba a tener que hacer y decir más que eso para solucionarlo.

Juan llegó con el coche —no tardó pues le había estado esperando cerca del hotel Valpa— y Santiago entró a todo correr en el interior. Cada vez llovía con más ganas, como si Madrid también estuviera enfadado con él. ¿Con él o con el

mundo? No lo sabía, pero en ese momento, empapado como estaba, sentía que en verdad lo estaba con él y con su actitud cobarde. ¿Cómo había podido ser tan imbécil? ¿Cómo?

Al entrar, sentarse y sentir el tacto del cuero de los asientos, recordó la primera vez que estuvo allí dentro con Claudia. Fue en ese mismo coche, en esos mismos asientos y fue hermoso. Una revelación. Nunca, hasta ese día, había sentido algo parecido por nadie. Se sentía débil y sin vida, nada, sin ella.

Un nudo enorme se formó en su estómago. Nudo de miedo, pánico, a perderla por completo. Y pensó en la conversación que había tenido con Araceli al de poco de empezar su relación con la periodista. Araceli tenía razón. La había cagado y ahora podía perder el tren. Eso, en ese momento, sintió que era perderlo todo por no haber hecho lo que dijo que iba a hacer. ¿Por qué? ¿Por qué había actuado así? ¿Por qué no había sido capaz de hacerlo?

Araceli se lo advirtió y él no la hizo caso. Como siempre, se creyó más listo. Creyó que eso, lo de perder trenes y oportunidades, a él no le iba a pasar. No obstante, allí estaba ahora, sin saber a dónde ir ni qué pasos dar. Llamó a su amiga. Quizá ella le pudiera dar algún consejo, pero le saltó el contestador. Tampoco era de extrañar. Eran más de las una de la madrugada. Quizá estuviera durmiendo. Aun así le dejó un mensaje.

—Hola, Araceli. Soy yo. Tenías razón. La he cagado y ahora Claudia está enfadada conmigo. Bueno, en realidad, está furiosa. No sé qué hacer. No la encuentro y...

Ya no supo qué más explicar. Colgó. Se sentía agotado, triste y, sobre todo, tenía miedo.

Volvió a llamar a Claudia y el resultado fue el mismo que en todas las veces anteriores. Nada. Llamó de nuevo a Matilde y le fue igual de mal.

En un intento desesperado de dar con la periodista, a pesar de las horas, llamó a la redacción de *El Globo* y preguntó por ella intentado no parecer ansioso, pero en la redacción tampoco estaba.

Desesperado, tiró el móvil contra el suelo, gruñó y dio una patada al asiento de

delante.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó Juan desde el puesto del conductor—. ¿Quiere que le lleve a casa?

—¿A casa?

—Sí, señor. A casa. Tiene cara de cansado y, tal vez, allí encuentre a la señorita Claudia.

Santiago lo miró asombrado. Ese hombre, que siempre parecía que no estaba atento a lo que sucedía más allá de la carretera y el coche, sabía mucho más de lo que aparentaba. Y, además, era un buen hombre que quería ayudar.

—Claro. A casa. Sí, por favor, Juan. Llévame a casa.

—Sí, señor. Le llevaré a casa y si allí no encuentra lo que busca, le ayudaré a encontrarlo —y sonrió. Después arrancó y puso rumbo a casa de Santiago.

A esas horas no había mucho tráfico por Madrid por lo que no tardaron en llegar. En cuanto entraron en el aparcamiento, Santiago salió del coche y subió por el ascensor hasta su piso. Tenía la esperanza de que encontrar en él a Claudia, esperando para echarle una buena bronca, la que se merecía. Sin embargo, cuando entró en su piso, sintió el vacío de la soledad.

Recorrió la casa llamándola, como un loco, y nada. La periodista no estaba allí. Volvió al ascensor y al coche, y le pidió a Juan que le llevara al piso de ella. El chófer solícito obedeció y en menos de media hora habían llegado.

La situación se repitió. Nada. Él tenía una llave del piso, Claudia se la había dado, y cuando entró, fue el vacío y la soledad los que le recibieron. Pensó, por un momento, tras explorar el apartamento y hallar solo frío, en quedarse allí. Al fin y al cabo, ella tendría que regresar en algún momento, pero lo descartó de inmediato. No era ético. Era la casa de Claudia. Todavía le quedaba algo de sentido común para saber que ya solo podía estar allí si ella le invitaba de nuevo. Eso le dolió. Mucho. ¿De verdad podía haberla perdido? Era ridículo. No podía ser verdad. ¿Qué podía hacer?

Entonces, sentado desesperado en el sofá, el móvil vibró y sonó en el bolsillo de su americana aún mojada. Lo cogió sin mirar quién llamaba. Solo pensó y

deseó que fuera la periodista. No lo era.

—Perdóname, Claudia —dijo nada más descolgar.

—Yo no te tengo que perdonar, Santiago —le dijo Araceli, que era quien llamaba—, pero la has fastidiado bien, amigo.

—Araceli —y suspiró—. Pensé que eras ella.

—Pues no lo soy, pero si lo fuera, te daría de tortas. ¡Eres idiota! Mira que te lo dije. ¿O no te lo dije? Pero nada. Tú a tu bola. Como si el mundo no fuera contigo. ¡Joder, Santi!

Santiago podía haber protestado ante la retahíla de descalificativos y la bronca de Araceli, pero la dejó continuar sin interrumpirla porque su amiga tenía razón. La había fastidiado. Había sido un cobarde y ahora no sabía cómo arreglarlo.

—Mira, lo que vas hacer es lo siguiente —empezó a explicarle una vez descargada la riña—. Le he mandado a Juan por mensaje la dirección de la casa de la amiga de Claudia, de Matilde. Vas a ir allí y, de rodillas si hace falta, vas a suplicar que te perdone.

—¿Y tú cómo sabes que está allí?

—Yo sé muchas cosas.

—¿Y si no me perdona, Araceli? ¿Y si la he perdido? ¿Y si no quiere volver conmigo?

Silencio.

—¿Y si no me perdona? —repitió.

—No sé, Santi. Yo creo que si te abres a ella y le cuentas la verdad de todo. Explícale lo que sientes y lo que ha pasado. Demuéstrale que sabes que te has equivocado y que no volverá a pasar. Lo tienes que internar. Y mañana, por supuesto, vas a EGO y lo dejas. *Capisci*.

Santiago sonrió a pesar de la situación. Siempre le había hecho mucha gracia esa expresión italiana que Araceli utilizaba cuando quería dejar muy claro, diáfano, que era lo que había que hacer sin rechistar.

—Tienes razón, Araceli. La tienes. Así lo haré.

Se despidió de su amiga dando las gracias una y mil veces por su apoyo, ayuda,

consejo y ánimo, y le pidió a Juan que le llevara a casa de Matilde. Debía, como fuera, conseguir que Claudia le perdonara. No podía perderla. Sin ella no podía seguir. La necesitaba. La amaba.



## Capítulo 24

Santiago llegó a la casa de Matilde, un piso en Conde Duque, que la joven había heredado de sus abuelos junto con varios locales —uno de ellos es donde tenía montada la tienda— a unas horas que ya no era tiempo de visitas, pero debía intentar hablar con Claudia como fuera.

Antes de subir al piso, intentó llamarla por teléfono una vez más. Obtuvo la misma respuesta. Vacío. Escuchó tono tras tono hasta que la llamada se cortó. Le pidió a Juan que le esperara en los alrededores, donde pudiera parar cómodamente. Él subiría al piso e intentaría hablar con Claudia. Ya le avisaría con lo que fuera que ocurriera. Y eso hizo.

Subió por las escaleras y llamó a la puerta del piso de Matilde. Se oyeron pisadas y algo de ruido. Después la mirilla se giró y los ojos de Matilde se asomaron. Era una puerta antigua, de esas en las que la abertura para ver quién llamaba ocupaba mucho espacio y se podía distinguir con claridad los ojos e incluso la nariz del que miraba por ella.

—¿Qué quieres? —le preguntó seca y arisca.

—Estoy buscando a Claudia. ¿Está contigo?

—No —y bajó la mirada.

—Necesito hablar con ella, Matilde. Lo necesito.

—¿Y no crees que eso lo deberías haber pensado antes de meter la pata como la has metido? Porque la has metido, pero bien. Hasta el fondo.

—Sí, lo sé. Tienes razón, pero es que... —apoyó una mano contra el marco de la puerta y con la otra se masajeó las sienes—. Yo lo siento. No sé cómo... Me equivoqué. He sido un idiota, pero necesito hablar con ella. Lo necesito. Pensé que estaría aquí contigo porque... ¿De verdad no está contigo?

A Santiago le temblaba la voz. Estaba nervioso y en sus palabras se percibía miedo. Matilde lo notó y dudó. Al final, cerró la mirilla, se oyó un suspiro, más largo de lo normal, y la puerta se abrió. Le dejó pasar y le pidió que la

acompañara. Le llevó hasta el salón donde una llorosa Claudia estaba sentada, acurrucada con una manta en el sofá. Claudia levantó la vista y la bajó de inmediato al ver a Santiago.

Matilde se acercó a su amiga y le dio un beso en la mejilla.

—Creo que deberías hablar con él. Sé que me dijiste que no querías —le susurró—, pero escúchale y después, si aún piensas lo mismo, yo misma le echó.

Luego se marchó del salón y dejó a la pareja a solas. Tenía confianza en que aquello se solucionara. No soportaba ver sufrir así a su amiga. No se lo merecía y, a buen seguro, a pesar de lo que había hecho, Santiago tampoco. No parecía mal tipo después de todo. Ella, además, era de las que creía firmemente en las segundas e incluso terceras oportunidades. ¿Por qué no? Si ella metía la pata así, le gustaría que se las dieran.

Santiago se acercó a Claudia y se sentó a su lado, aunque no se atrevió a tocarla. Quería hacerlo, pero la mirada apagada y llena de tristeza de la periodista se lo impidió. Se sentía como un auténtico cabrón. ¿Cómo había podido hacerle aquello?

—Perdóname —balbuceó—. Perdóname.

Claudia lo miró envolviéndole en el infinito verde de sus ojos en los que cierta esperanza, pequeña pero aún existente, hizo que Santiago lo intentara con más ganas. Se arrodilló a sus pies y cogió sus manos.

—Lo siento, amor —le repitió esta vez con un poco más de brío—. Lo siento mucho.

Claudia hizo amago de quitarle las manos, pero él no la dejó.

—Lo siento de verdad. He sido un cobarde —continuó y hundió su cara entre esas manos que ya ella no intentó retirar—. Por eso no he podido dejar el partido. No me atrevía. Tenía miedo, pero ya no. Ya no. Mañana lo dejo. Lo juro.

—No sé si creerte —habló ella por fin con un hilo de voz—. Me mentiste. Me engañaste.

—Lo sé, pero eso ya se acabó. De verdad.

—¿Por qué debo creerte ahora? ¿Por qué esta vez va a ser distinto?

—Porque hoy, al verte marcharte, sí que he descubierto lo que es el miedo de verdad. El miedo cuando no me has cogido el teléfono y cuando he ido a mi casa y a la tuya y no te he encontrado. Te necesito. Te quiero, Claudia. Te quiero. No quiero vivir sin ti. Hoy me he dado cuenta de que no puedo.

Y sus ojos se desbordaron. Ya no aguantó más la presión. Se abrazó a la cintura de Claudia y sollozó como un niño. La periodista no lo dudó y le correspondió el abrazo. Le levantó la cabeza y le besó. Tierno y dulce. Ella también le quería. Mucho. En toda su vida, nunca había querido así a ningún hombre.

—No me vuelvas a hacer esto —le dijo mientras le besaba la cabeza—. Nunca. Santiago asintió y la abrazó aún con más fuerza.

Esa noche, después de despedirse de Matilde y darle las gracias, le debía mucho a Araceli y a ella, Santiago se fue con Claudia para su piso. Habían decidido ir allí a dormir y descansar. Al día siguiente sería un día duro, ambos lo sabían, y acurrucados en la cama de Claudia, en su pequeña habitación, decidieron no hablar por esa noche más sobre el tema. No querían darle más vueltas a lo ocurrido. Ya estaba todo dicho. No era caso seguir con el asunto. Lo que sí hicieron fue acariciarse y darse mimos como si llevaran siglos sin verse. Con ternura y necesidad; con amor y cariño. Como dos amantes a los que por unas horas no les importaba ni el ayer, ni el hoy ni el mañana.

Hicieron el amor despacio, sin ninguna prisa, amando y besándose con placidez y delicadeza cada parte de su cuerpo, sin dejar nada a la imaginación. Se desearon como animales heridos que buscaban en el cuerpo del otro la salvación. Cada penetración, beso, caricia o roce fue como un instante puro de amor infinito.

## Capítulo 25

A la mañana siguiente, sin dudarlo ni un instante, Santiago se vistió, llamó a Juan y le pidió que fuera a buscarle a casa de Claudia. Decidió pasar primero por su piso para cambiarse de ropa y después ir a la sede central de EGO. Por el camino mandó un mensaje a Paco para concertar con él una reunión en su despacho a las once de la mañana. Tenía algo muy importante que decirle y esta vez no se iba a echar atrás bajo ninguna circunstancia. Se lo debía a Claudia, pero también a él mismo. Llevaba demasiados años enganchado a un proyecto en el que ya no creía. Atado a un partido obsesionado sobremanera con el dinero y el poder al que no le importaba nadie.

Renunciaría, lo que Santiago estaba convencido resultaría un desastre para el partido porque aunque ellos se jactaban de que los nombres propios no eran importantes y que lo que interesaba era la marca, mentían. Cada nombre era esencial, sobre todo para Paco y los que ponían la pasta. Ellos eran, en realidad, quienes decidían. Cuando su renuncia se hiciera pública y tuvieran que presentar a otro como presidenciable, con toda probabilidad Alejandro, que iba el segundo en la lista al Congreso, le iban a crucificar.

Camino de la oficina, tras darle de nuevo las gracias a Juan por ayudarle la noche anterior, fue al primero al que quiso comunicarle su baja del partido. Al fin y al cabo, dejaría de ser, muy a su pesar, su chófer. Le había cogido cariño y le iba a echar mucho de menos. Juan le felicitó por la decisión, cosa que sorprendió a Santiago.

—No me mire así, señor —le comentó—. Llevo muchos años con usted y sé de los cambios que ha dado el partido y, en consecuencia, su vida. Y, perdone que se lo diga de manera tan clara, pero no era feliz. No es feliz. Ahora, desde que la chica ha aparecido, le veo mejor y eso, señor, me alegra.

—Gracias, Juan. No sabía que pensabas eso.

—Y no solo lo pienso yo. La señorita Araceli también lo cree.

—Ya. Eso lo sé. Ella ya me lo ha dicho.

—Pues creo que hace lo mejor. Es una buena decisión.

—Me apena que ya no puedas ser mi chófer.

—Por eso no se preocupe, don Santiago. La empresa me reasignará a otra persona y yo seguiré con mi trabajo. Eso sí, espero que esta vez no sea un político que dan ustedes mucho trabajo —y rio con ganas de su propia ocurrencia.

En el trayecto de su casa a la oficina y tras su charla con Juan, Santiago estuvo dándole vueltas a qué era lo que exactamente le iba a decir a Paco y, al final, optó por ser natural y decirle la verdad. Sería lo mejor. Ser honesto y que la situación fluyera. Le diría lo que pensaba y después se ofrecería a ayudarle para que la transición fuera más fácil, pero siempre desde la sombra. Nada de primeras líneas. Ya no.

No tardó en llegar a EGO y sin entretenerse fue directo a su despacho. Allí pidió a la secretaria que anulara toda su agenda del día y de la semana, más adelante ya se encargaría Paco de ser el que la anulara por completo, y se puso a recoger unos cuantos papeles y archivadores que había pensado llevarse. Antes de irse esa mañana, tendría que hacer unas cuantas cajas con cosas personales y laborales que dejaría preparadas para que se las enviaran a casa. Le daba pereza ponerse a revolver cajones y armarios, si bien era lo que debía hacer porque no se veía con fuerzas de regresar otro día.

A las once, tal y como habían quedado, Paco apareció en el despacho, café en mano, ajeno a lo que Santiago le iba a revelar, pero con cara de pocos amigos al ser ya conocedor de la anulación de la agenda.

—¿Qué haces? —le preguntó cuando le vio con las cajas—. ¿Acaso te cambias de despacho? A mí nadie me ha avisado.

—No, no es eso.

—Entonces estás de limpieza —y se dejó caer sobre una de las sillas que quedaba libre, sin papeles, en el despacho, al lado de la mesa de reuniones—. Pues anda que no tienes valor ponerte de limpieza justo ahora, aunque quizá eso

explique por qué has anulado tu agenda de hoy y de toda la semana.

—No es por eso, Paco —y él también tomo asiento—. Es porque he decidido dejar EGO.

La cara de Paco mutó. Pasó del pasmo al enfado y después de nuevo al asombro más absoluto. No daba crédito a lo que oía. Podía haber imaginado y creído cualquier excusa para que Santiago anulara la agenda. Había pensado que tal vez quería tomarse unas pequeñas vacaciones antes de la campaña electoral. Cualquier cosa le parecía posible, pero nunca lo que escuchaba.

—Lo he pensado mucho, Paco —comenzó a explicarle—, y he decidido que esto no es lo mío. Ya no. Todo ha cambiado mucho. Yo he cambiado y no quiero seguir en EGO. Creo que hoy no somos compatibles.

—¿Pero te estás oyendo? ¿Cómo que no quieres seguir en el partido?

Paco no salía de su asombro. No lo había visto venir. Y lo cierto era que por más que lo pensaba, una cosa así no se la hubiera imaginado ni en un millón de años. Sabía que algo le rondaba por la cabeza y que estaba últimamente un poco raro, pero creía que eran enamoramientos y desenamoramientos. Esas cosas, pero nunca pensó que fuera capaz de dejarles tirados, porque así se sentía: traicionado y tirado.

—¡Vamos, Santiago! —insistió— ¡No me jodas, tío! ¡Tú eres EGO!

—No digas eso, Paco —y se masajeó las sienes—. Eso era antes, cuando lo fundé. Ahora todo ha cambiado. ¿Te has dado cuenta de en qué nos hemos convertido?

—En lo que tú querías, amigo. En eso.

—No, Paco, no. Yo no quería esto. Yo quería otra cosa...

—Ya sé lo que querías —le interrumpió y se pudo en pie—. Tú deseabas poder y dinero y aquí estás ahora con poder y dinero. Lo tienes y, además, tío, joder, con un poco de curro puedes llegar a ser Presidente.

—Pero eso es precisamente lo que no quiero.

—¿Tú sabes a la de gente que vas a cabrear? Ya te lo dije una vez. Esto ya no es solo cosa tuya y no puede hacer esto —y tiró el vaso de cartón con los

restos de café a la papelearla de muy mala gana.

—A mí toda esa gente me da igual, Paco. Ya te lo dije. Eso no es EGO. Ellos han pervertido la idea inicial del partido. Lo de la pasta y el poder, vale, te lo compró —se defendió poniéndose en pie él también y acercándose a Villambrosa—, pero lo demás, no. Sé que ha entrado gente con mucha influencia, gente importante, pero yo no se lo pedí y no quiero tener que ver más con ellos. Estoy cansado, Paco. Lo dejo.

—No estás dejando tirados.

—No es eso, Paco. No voy a dejar solo EGO. Voy a dejar la política.

Paco se puso a dar paseos de un lado a otro del despacho, hasta que se paró delante de Santiago y le puso las manos en los hombros.

—Mírame a los ojos, Santi —este obedeció—. Mírame y dime que no estás donde quieres estar. Dime que esto no es lo que quieres. Dime que no deseas ser Presidente del Gobierno. ¡Dime que no!

—¡No!

Paco se apartó, rojo, enfadado. ¿De verdad le acababa de decir que no? No lo entendía.

—¿Por qué? —le preguntó soltándole los hombros y dando una par de pasos hacia atrás.

—Ya te lo he dicho.

—No, no me lo has dicho. Quiero saber por qué nos haces esto. ¿Por qué?

—De verdad, Paco. Siento que esto te haga daño y te estropee los planes, pero ahora lo único que me apetece es ser feliz.

—¿Feliz?! —Paco dio una patada a la papelera desperdigando por el suelo los restos de café y papeles. No se podía creer lo que oía. Cada vez estaba más enfadado—. ¿Me estás hablando de verdad de felicidad? O sea que te largas del partido a menos de un mes de las elecciones porque quieres ser feliz. ¿La Moncloa no te haría feliz? ¿Ser Presidente no te haría feliz? Estás mal, Santi. Estás fatal.

—Estaré todo lo mal que tú quieras, Paco, pero es lo que necesito porque ¿tú

te has parado a pensar en qué clase de monstruo me estaba convirtiendo? ¿Tú sabes lo que la gente piensa de mí? Yo no soy así y no todo vale, Paco. Ya no.

Paco le miró de hito en hito. Se lo estaba diciendo en serio. Su estrella se marchaba. ¿Qué iba a pasar entonces con EGO? ¿Qué iba a pasar con él? No le podía estar pasando a él todo aquello. No. Era imposible. Por un instante sintió mareos, náuseas y pensó que iba a vomitar, pero entonces, a su mente vino la imagen de Claudia Armendáriz y el enfado dio paso a la ira.

—¿Estás haciendo esto por la pelirroja?

Santiago le miró asombrado. ¿Qué sabía él de ella?

—Sí, Santi. Yo lo sé todo —le dijo ante la cara de sorpresa de Santiago—. A estas alturas ya lo deberías saber. Y por supuesto que sé lo tuyo con la ojos de gata.

Santiago se acordó de la noche anterior. De todos los comentarios que Paco, como quien no quiere la cosa, le había lanzado a Claudia cuando se encontraron en la fiesta benéfica en el Hotel Valpa. Ahora esas insinuaciones y preguntas cobraban sentido. Él sabía que estaban juntos.

—Pero si lo hemos mantenido en secreto.

—Sí, es verdad. Habéis sido muy discretos, cosa que te iba a agradecer llegado el momento. No os habéis dejado ver en público. Por eso pensaba yo que no me tenía que preocupar del asunto. Pensé que era un calentón. Unos polvitos que te apetecía echar desde que tropezaste con ella en la gala de los premios del cine.

—¿Pero...

—Yo te iba a agradecer la discreción, de verdad, Santi, porque que todos supieran que te tirabas a una roja hubiera sido malo para el negocio —le especificó con sarcasmo—, aunque ahora resulta que no hay negocio, ¿no?

—No. Conmigo, al menos, no —pensó en defender su relación. En decirle que no era ningún calentón, pero lo dejó estar. No era el momento—. Pero está Alejandro. Él puede sustituirme.

Paco soltó una carcajada. Aquello le pareció una broma del destino. Se le iba la estrella y le pedía que le sustituyera un asno.



—¿Alejandro? Ese sí que es un monstruo —le explicó ya sin reírse ni un ápice—. Un neandertal bien peinado y vestido. Ese no sirve, aunque tendrá que servir, ¿verdad? No me esperaba esto de ti, Santi. Me has decepcionado.

—Lo siento, Paco, pero yo ahora no me veo capaz. Yo solo quiero llevar una vida normal.

—¿Con ella?

—Sí, con ella.

—¿Y es por ella que lo dejas? —presionó. No se creía que todo lo que Santiago le decía saliera de él mismo. La pelirroja tenía que estar detrás.

—No. No es por ella —le aclaró de nuevo Santiago—. Ella no tiene nada que ver. Es una decisión mía. No me gusta en lo que estaba convirtiéndome. Ya te lo he dicho.

—O sea que no te gustamos.

—No es eso, Paco —el tono de Santiago mostraba su cansancio. ¿Cuántas veces se lo iba a tener qué decir?—. No cambies lo que he dicho.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

Paco se dio unas cuantas vueltas más por el despacho, miró a su ex candidato al que vio, la verdad, distinto. Una mezcla de desahogo y alivio con cierta tristeza, pero sobre todo había en él un brillo distinto. Se veía claramente en su mirada.

—Vale, pues así lo haremos —le señaló al fin, en voz baja, acercándose y dándole un abrazo—. No puedo obligarte a estar donde no quieres estar, pero tenía que intentarlo —y sonrió.

Santiago asintió. Entendía la insistencia de Paco, aunque le hubiera resultado cansina y agobiante. Él, en su lugar, seguramente hubiera hecho lo mismo. Comprendía que marcharse a menos de un mes de las elecciones era una auténtica faena, por no decir otra cosa, pero no podía quedarse. Eso lo tenía claro.

—Eso sí, Santi —Paco le sacó de sus pensamientos—, necesito unos días para

organizarlo todo. Y cuando lo tenga atado, lo haré público.

—De acuerdo. No hay problema. Hoy, además, me quedaré hasta después de comer por si quieres que hagamos algún tipo de comunicado o algo así.

—No, no te preocupes. Yo me encargo, pero te pido tiempo. Solo eso. Unos días.

Después abandonó el despacho, pero no lo hizo con esa filosofía pacifista que había mostrado en su última parte de la reunión con Santiago, cuando le abrazó y parecía entenderle. Aquello había sido solo teatro porque no iba a permitir que las cosas se le torcieran tanto. Tenía una idea en mente que iba tomando fuerza y tamaño según avanzaba por el pasillo camino de su oficina. Según entró, pidió que no le pasaran llamadas ni visitas en lo que quedaba de mañana porque tenía muchas cosas que organizar. La primera y más importante fue llamar a Evaristo Alda para reunirse con él a lo largo de esa misma tarde, cuanto antes mejor, para que le enseñara todo el material que tenía sobre la relación de Santiago con la periodista de *El Globo*. A través de Alda tenía contratados a varios investigadores desde hacía meses siguiendo a los candidatos contrarios y, por supuesto, a los propios. También a otras personas que consideraba de interés, para bien o para mal, de cara a la campaña y las elecciones. Había llegado el momento de hacer uso de esas informaciones.

## Capítulo 26

Santiago volvió a casa de Claudia después de comer algo rápido en la oficina y se encontró a la periodista nerviosa, a la espera de que le contara en persona lo que ya le había adelantado por teléfono.

Le explicó lo sucedido y después le pidió que durante unos días, si podía, se los cogiera libre en el periódico para estar con él, pues también estaba inquieto. Además, debían organizar cómo iban a ser las cosas a partir del momento en el que desde EGO anunciaran de forma oficial que él ya no pertenecía al partido. ¿Debía dar una rueda de prensa diciendo que dejaba también la política? Eso no le apetecía. ¿Y escribir una nota? Quizá con eso fuera suficiente. ¿Y no podía no decir nada? Eso era lo que más le apetecía, pero según le explicó Claudia, eso no frenaría ni a la prensa ni a los curiosos. Convenía, al menos, emitir algún tipo de comunicado. Ella, si él quería, le ayudaría a escribirlo y difundirlo.

Santiago también quería que Claudia estuviera con él los siguientes días porque había otras cosas que tenían que pensar y que eran mucho más personales. Correspondía pensar qué es lo que iban a hacer cuando se supiera de su abandono de la política. Desde luego serían perseguidos, los dos, porque al final también se enterarían que salían juntos, al margen de que se habían prometido que una vez eso pasase, ya no se ocultarían más. Lo de la relación secreta era un peñazo. Por lo que ¿dónde vivirían? ¿Podían irse de vacaciones hasta que todo se calmase? Esa opción quedó enseguida descartada porque Claudia debía seguir trabajando en *El Globo*. Ella así lo quería además.

—Entonces te van a acosar por todas partes —le indicó él preocupado. No quería que sus acciones convirtieran a Claudia en el centro de atención—. Todos acudirán a ti para saber más y eso puede ser muy agobiante, te lo digo por experiencia. Quizá deberías, no sé, dejarlo por un tiempo.

—De eso nada —le cortó ella—. Por mí no te preocupes. Ya veremos lo que pasa cuando pase. Nos estamos adelantando y no sabemos si eso va a ocurrir

realmente.

—¿Tú crees que ningún compañero te va a hostigar a preguntas sobre mí y sobre mis motivos para dejar EGO y la política? —Claudia no contestó porque la respuesta era evidente. Claro que la acosarían.

—Pero hay que ir paso a paso —apuntó al fin cogiéndole de las manos. Las tenía sudadas. Estaba muy nervioso—. Ya has hecho lo más difícil. Lo que venga no puede ser peor. Iremos por partes. Primero iré a la redacción y pediré unos días.

—¿Y qué excusa vas a poner?

—No lo sé. No lo he pensado. ¿Y si le cuento a mi jefe la verdad?

—Pues no sé qué decirte. ¿Es de fiar?

—Sí, lo es, lo que pasa es que también trabaja en un periódico y eso, quieras o no, tiene sus consecuencias. Las redacciones son un poco como los patios de porterías.

—¿Quieres decir que publicarían la noticia antes de que lo hagan público de forma oficial desde EGO?

—Seguramente Enrique intentaría atrasarlo, pero al final lo publicarían porque tienes que entender que es una información muy jugosa como para dejar que otro te la levante, sobre todo si tienes la exclusiva.

—Y lo entiendo, pero es que le prometí a Paco tiempo y, al menos, eso, creo que se lo debo. A él y al partido.

—Yo no creo que les debas nada, Santi. Le has dado mucho. Demasiado diría yo.

—Puede ser, pero ahora me siento como si les hubiera abandonado a su suerte y no sé, pienso que es mejor que sean ellos quienes hagan público mi renuncia. Luego seremos libres.

—Vale. No diré nada todavía, pero que te quede claro que no es porque no quiera presumir de novio —y le sonrió—. Y ahora no te preocupes.

—Es que tengo miedo de que esto te salpique y pueda perjudicarte. No quiero que te persigan preguntando cosas sobre mí, sobre ti, sobre nuestra relación.

Cosas personales.

—Cuando me puse a salir contigo, ya sabía que me podía salpicar. No me importó, ¿recuerdas? Lo hablamos y decidimos hacer lo que estamos haciendo. Si estoy contigo es porque quiero y todo lo demás, lo que sea que venga, me da igual.

Él la atrajo hasta él. La abrazó fuerte.

—Gracias —le susurró metiendo la nariz entre el fuego de ese pelo que tanto le gustaba—. Creo que nunca he conocido a nadie como tú.

—Pero si yo soy del montón —bromeó ella.

—No. Eres especial.

Claudia se ruborizó. Nunca le habían dicho eso. Sí que era guapa o lista o que su pelo era muy bonito. También habían piropeado sus ojos o su boca, pero nadie le había dicho nunca que era alguien especial. Eso derritió aún más su corazón. Ese hombre conseguía llegarle a lo más hondo. Cuando estaba con él se sentía bien, feliz.

Santiago la besó el cuello y ella sintió esas notables cosquillas que le bajaban desde la nuca hasta las piernas, recorriendo su cuerpo como una descarga eléctrica que le erizaba la piel y hacía que lo deseara entre sus piernas. Se pegó a él, sintiendo su cuerpo caliente cerca, muy cerca, tanto que pensó que no podría separarse de él nunca, pero lo tuvo que hacer. Ambos se tendrían que guardar el calentón para otro rato. Ese no era el momento, por más que les apeteciera.

Claudia tenía que ir al periódico para hablar con Enrique y pedirle, suplicarle en realidad, esos días libres. No tenía claro que se los fueran a conceder, pero esperaba que así fuera. Y Santiago debía ir a su casa para preparar las cosas allí porque habían decidido que el piso de él era más seguro y menos accesible que el de ella de cara al revuelo que se podría causar cuando se hiciera público, en unos días, que dejaba EGO. Al fin y al cabo, aunque ya no pensaban ocultarse, tampoco lo iban a pregonar. Los dos, en ese sentido, eran bastante discretos. Poco amigos de las redes sociales, no ponían sus relaciones en ellas.

Santiago protestó cuando Claudia se separó y quiso que se quedara. La volvió

a atraer hacia él, lamió con deseo su cuello, mordisqueando su oreja, y la agarró con fuerza del culo, pero ella se apartó de nuevo.

—Déjame, tonto —le regañó—. Tengo que irme que hay que hacer lo que hay que hacer. Eso sí, cuando todo se calme, creo que me debes una gran exclusiva.

Luego le besó de forma suave, delicada, le dio un azote en el trasero y se fue para el periódico. Se sentía bien, pletórica, feliz. No recordaba haberse sentido de tal forma en mucho tiempo. Y desde luego nunca había sido por causa de una relación. No había sentido eso por nadie jamás y esperaba, con todas sus fuerzas, que le saliera bien y que Santiago no acabara siendo una triste relación fallida porque lo que sentía por él era grande, intenso y si se rompía, iba a ser muy doloroso.

## Capítulo 27

Claudia llegó a la redacción del periódico *El Globo* y lo primero que hizo fue sentarse en su mesa y comprobar los recados que tenía. Nada importante. Notas de prensa anuladas respecto a EGO, cosa que ella ya conocía porque se lo había dicho Santiago —había anulado la agenda de ese día y de toda la semana—, alguna llamada y poco más. Nada que tuviera que hacer en ese momento, así que de la misma, sin esperar, se levantó y fue al despacho de Enrique.

La periodista asomó la cabeza por la puerta siempre abierta y allí le encontró concentrado en leer notas, correos y un sinfín de papeles más que desbordaban su mesa. Dio unos golpecitos en el marco y pidió entrar. Enrique accedió y la invitó a sentarse. Ella asintió, pero antes cerró la puerta, cosa que extrañó al jefe, pero no dijo nada y esperó a que fuera ella quien tomara la iniciativa.

—He venido a pedirte un favor, Enrique —le soltó sin preámbulos. Creyó que lo mejor era ir al grano—. Necesito que me des unos días.

—¿Ahora? —le preguntó su jefe dejando el bolígrafo a un lado—. ¿Justo ahora?

—Sé que el momento es un poco delicado, pero los necesito —se excusó retorciéndose nerviosa en la silla.

—¿Delicado? Bonita forma de decirlo. Complicado, sería mejor —Enrique se levantó de su asiento y salió de detrás de su escritorio—. Estamos en plena vorágine preelectoral y tú me pides unos días libres. No te entiendo, Claudia. ¿No te das cuenta de que cubrir una campaña es una gran oportunidad? Puede lanzar tu carrera. Te puede ayudar mucho y no lo digo como periodista política, que también, si no como cualquier tipo de periodista, incluida cultural que es lo que tú quieres hacer. Si te coges días así, sin ton ni son, no muestras seriedad. A no ser que sea por algo muy importante.

—Lo es, Enrique, de verdad.

—Vale ¿y qué es eso tan importante?

—Pues es que, veras...

Claudia dudó. Tenía preparada una mentira, pero ahora que lo tenía delante, no sabía cómo decirla. Nunca se le había dado muy bien eso de mentir. Podía no decir nada, hacer como que algo no había pasado, pero mentir. Eso lo llevaba mal.

—No te lo puedo decir —comenzó a explicarle—. No todavía, pero es importante.

—Si no me dices más, no sé si voy a poder ayudarte.

—Pues, Enrique, es que necesito esos días porque tengo que poner algunas cosas en orden y te prometo que después, estaré lista para la campaña, te lo aseguro. Solo son unos días y el lunes estaré de vuelta.

En ese momento, antes de que Enrique pudiera seguir sonsacando información a Claudia, la secretaria llamó a la puerta y si esperar respuesta entró y le tendió varios papeles, así como los últimos cambios en las agendas de todos los partidos y políticos que el periódico cubría. Enrique le echó un vistazo y se dio cuenta de que todos los actos de Santiago Peñascal de ese día y de lo que restaba de semana se habían anulado, que si bien no era mucho tiempo, era algo inusual. Demasiados días para un candidato a la presidencia en unas elecciones que prometían tan importantes. Miró a Claudia, que esperaba su decisión y una corazonada le dijo que allí había más de lo que a simple vista parecía.

—¿Qué tal te llevas con Santiago Peñascal? —curioseó como el que no quiere la cosa—. Desde hace un tiempo parece que ya no te esquivo y que sí te contesta a todas a las preguntas.

—Sí, es cierto. Ya no nos llevamos mal —esperó no ponerse colorada. Además lo que decía no era mentira. Ahora se llevaban muy bien.

—Ya veo.

Enrique volvió a mirar la agenda de Santiago. Vacía.

—¿Y cuántos días querías? —le preguntó.

—No sé. Yo había pensado tomarme el resto de la semana.

—Vale, te los doy, pero luego te quiero aquí las 24 horas del día al pie del



cañón para cubrir todo lo que haya que cubrir. ¿Entendido? —Ella asintió.

—Gracias, Enrique, te debo una.

—Más de una, diría yo —y sonrió con ternura—, pero ándate con ojo, ¿vale?

—¿Por qué me dices eso?

—Por nada en particular. Solo te digo que te cuides y te andes con ojo porque no me gustaría que te hicieran daño.

Claudia se le quedó mirando asombrada. ¿Le estaba diciendo lo que creía que le estaba diciendo? ¿Sabía acaso algo de su relación con Santiago?

—Ahora vete y déjame la puerta abierta, por si alguien tiene a bien venir a verme para darme algo y no solo a pedirme cosas, para variar.

—Gracias.

—Largo de una vez —y le hizo un gesto con la mano, ya de nuevo sentado tras su escritorio, para que la periodista se marchara—. Largo antes de que me arrepienta.

## Capítulo 28

Claudia, ya liberada por unos días de trabajo, decidió pasar por su casa a coger unas cuantas cosas antes de ir al piso de Santiago e instalarse allí hasta que pasara lo que tuviera que pasar. Le mandó un mensaje para que lo supiera y le dijo que también se dejaría caer un rato por la tienda de Matilde. Quería ver cómo estaba su amiga. La noche anterior se fue de forma un tanto acelerada de su casa y quería, por un lado, disculparse, por otro darle las gracias y por último, hablar un rato con ella. Ponerla al día de lo que había pasado esa mañana.

En casa hizo una pequeña maleta con lo imprescindible. No necesitaba muchas, pero sí algo de ropa y sobre todo ropa interior y un neceser con todas sus cosas más personales. Santiago era muy amable y le prestaba de todo, pero si se iba a quedar allí unos días de forma más fija, quería su propio hilo dental y su marca de pasta de dientes, sus propios calcetines o algo tan básico como sus propias bragas porque andar por ahí en calzoncillos no le apetecía demasiado. En las películas parecía muy erótico, pero en la vida real era bastante incómodo.

Cuando salió de casa y cogió un taxi para ir a la tienda de Matilde, le pareció que alguien la vigilaba. Se giró, pero no vio a nadie. Fue una simple sensación, pero le dio mal fario.

Una vez dentro del taxi, volvió a echar un vistazo hacia atrás, por si acaso, pero no vio a nadie sospechoso. «Serán imaginaciones mías», pensó, y siguió a lo suyo sin ser consciente de que no iba desencaminada en sus suposiciones porque, en efecto, alguien la seguía bajo las órdenes de Paco.

Cuando llegó a tienda de Matilde, no pudo entrar. Se encontró con el cartel de cerrado en la puerta, cosa que le extrañó porque no eran horas para estar cerrada. ¿Acaso se había tomado la tarde libre?

Llamó al cristal, por si acaso, antes de telefonar a su amiga y, al de un par de golpecitos, la cara de Matilde se asomó. Se la veía preocupada. Le abrió la puerta. Claudia pasó con la maleta y después Matilde volvió a cerrar con llave.

—¿Por qué estás cerrada, Mat? ¿Estás de inventario?

—No, Claudia. Es que ha pasado algo.

—Pero ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo a ti? —y se puso a mirarla dando vueltas a su alrededor. Fue entonces cuando vio que en el suelo había algunos vestidos tirados y el mostrador tenía algún golpe.

—No te preocupes, yo estoy bien,

—Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Por qué está todo esto así?

—No te agobies, amiga. Es porque hace un ratito, cuando he abierto a primera hora de la tarde, han venido las tipas esas que me estafaban con los vestidos.

—Pero si la fiesta benéfica fue anoche —Matilde asintió—. Pues no es que hayan tardado mucho.

—Ya, eso pensé yo en cuanto las vi entrar por la puerta con esa actitud de invencibles que siempre llevan encima.

—De verdad que hay gente muy. No sé ni cómo llamarlas porque lo único que se me ocurre son barbaridades.

—Pero esta vez, les borré la sonrisa y el aire invencible porque tenía esto —y sacó el móvil donde guardaba las fotos que Claudia le había enviado.

—¿Les enseñaste las imágenes?

—Fue lo primero que hice.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Pues bastante mal, la verdad. Como ejemplo aquí tienes mi pobre mostrador y algunos de mis vestidos —y los señaló apenada.

Le iba a costar un buen dinero arreglar aquello, pero aun así se sentía satisfecha con el resultado general de lo sucedido que siguió contando a Claudia.

—Primero negaron ser ellas y me acusaron de hacer trampas con las fotografías, cuando yo, tú ya lo sabes, soy una negada para esto de la manipulación de fotos y vídeos —Claudia asintió y no pudo evitar sonreír al recordar cómo, en efecto, Matilde era una torpe para todo eso.

—Es verdad, Mat. Todavía es motivo de guasa la postal de felicitación de boda que hiciste para Luis y Maca —Matilde se puso colorada, pero sonrió. No podía

negar la evidencia. La postal fue algo surrealista de lo mal que le quedó. Horrorosa—. Era como si la hubiera hecho un niño.

—Bueno sí, pero dejando mis habilidades al margen, al ver que por mucho que insistían en su teoría de la manipulación fotográfica, eso no les llevaba a ninguna parte, empezaron a dar voces y a insultarme.

—¡Qué morro! Claro, como las habías pillado.

—Pues por eso se pusieron así. La cara de una de ellas al verse en las fotografías que me mandaste, fue un poema. Parecía que se quisiera esfumar. Se desinfló y yo pensé que no iba a ver muchos problemas, pero me equivoqué.

—Déjame adivinar. La pequeña del moño moreno. La que llevaba un vestido rojo superajustado y con un escote en la espalda de vértigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque parecía la más normal de las dos. Fue toda la noche al son de la otra, de la alta rubia que era quien mandaba. En la fiesta, esa fue la impresión que me dio hasta que llegó Santiago y todo cambió.

—Hablando de Santiago —se interesó Matilde recogiendo los restos de un vestido del suelo y colocándolos como buenamente pudo sobre el cristal de mostrador—, ¿qué tal ha ido todo?

—Ahora te lo cuento, aunque te adelanto que bien por el momento, pero primero termina de decirme cómo conseguiste librarte de esas brujas.

—Tuve ayuda.

—¿Ayuda? ¿De quién?

—Mía —dijo una voz desde la puerta de la trastienda.

Claudia se quedó pasmada. Nunca, ni en un millón de años, se hubiera imaginado a esa mujer allí.

## Capítulo 29

Claudia se quedó alucinada al ver en la puerta de la trastienda de su amiga a Araceli Wesler que era quien había ayudado a Matilde.

—Pasa a la trastienda y allí te lo explicamos todo —le invitó Matilde.

Claudia accedió, entró y se acomodó en uno de los viejos sillones que allí tenía su amiga. Una vez cómodas las tres, Matilde le contó cómo cuando la cosa más violenta se estaba poniendo, entró Araceli por la puerta y las increpó por su comportamiento barriobajero.

—Bah, solo les dije que eran unas mal educadas —quiso quitarle importancia.

—Sí y que eran unas brujas estafadoras —añadió Matilde contenta.

—Sí eso también —y Araceli sonrió tímidamente.

—Eso y que si no se metían la lengua por el culo y salían de aquí echando ostias, esto es literal —y miró a Claudia que observaba a Araceli con la boca abierta—, les ibas a demandar y también dirías barbaridades de ellas por ahí para que nunca más fueran invitadas a ninguna fiesta. Ni en Madrid ni en ningún otro sitio.

—¡Toma Ya! —Claudia flipaba—. Perdóname, Araceli, pero es que estoy alucinada. Nunca me hubiera imaginado que tú...

Pero no terminó la frase porque se avergonzó de sus pensamientos. Se estaba dejando llevar por prejuicios.

—Lo sé. Suena mal que alguien como yo hablé así y normalmente no lo hago —e hizo un gesto con la mano, como para quitarle hierro al asunto—, pero me salió de dentro al ver lo mal que trataban a Matilde.

—Es verdad—secundo la dependienta—. Se estaban comportando como animales.

—¿Y de verdad puedes conseguir que no las inviten a ninguna fiesta más en su vida? —preguntó Claudia sin disimular ni un poco la curiosidad que algo así le producía porque ¿se podían hacer esas cosas?

—No exactamente. A algunas, si conozco al organizador o al anfitrión, sí que puedo impedir que asistan, pero lo exageraré para meterles miedo y que se largaran. Y como de gente así no me fio, mejor que se vayan con una advertencia bajo el brazo para que no se atrevan a hacer nada contra vosotras o contra mí.

Araceli volvió a sonreír y al hacerlo, fue cuando Claudia se dio cuenta de que llevaba un trapo con el que se tapaba de vez en cuando la mejilla derecha. Se fijó mejor y vio que la chica tenía un buen corte. En ese lado y también en parte del cuello.

—¿Eso te lo han hecho ese par? —Araceli asintió—. Pues vaya par de desgraciadas por no llamarlas algo peor.

—Pues sí —reforzó Matilde—. Le lanzaron un bolso de cocha con incrustaciones y le dieron en toda la cara.

—Te tuvo que doler. ¿Quieres que te llevemos al médico? —se ofreció Claudia poniéndose en pie—. Igual necesitas algún punto.

—No, estoy bien, pero doler, sí que me dolió. Bueno, me sigue doliendo. Y se me va a poner morada todo el lado de la mejilla —se lo enseñó a las dos. Lo cierto era que ese costado de la cara empezaba a ponerse muy rojo—. Y ya veréis cuando me vea la prensa. Van a pensar que me han pegado.

No dijo más porque las tres dedujeron sin dificultad cuáles iban a ser las especulaciones de los días siguientes. Había periodistas que confundían información con opinión de forma constante enmarañando al público y haciéndole creer que lo que ellos pensaban era la realidad cuando solo era una simple y muchas veces triste opinión cualquiera.

—Intentaré maquillarme y que no se note —comenzó a explicar Araceli mirando directamente a Claudia—. Saldré poco y cuando lo haga, llevaré gafas de sol muy grandes. Tengo algunas que casi me tapan toda la cara y también, en el cuello, me pondré un pañuelo.

—No te preocupes —la tranquilizó Claudia—. Tú haz lo que creas mejor y de la prensa, ¡bah! Ni caso porque van a decir lo que les dé la gana hagas tú lo que hagas. Ya sabes cómo somos los periodistas —y le guiñó un ojo—. Nosotras y

Santiago, que ya se lo diré yo, sabremos la verdad, que es lo que importa.

—Ya veo que sabes que yo sé. ¡Vaya! ¡Parece un trabalenguas! —y esta vez rió con ganas secundada por Matilde y Claudia. Las tres lo necesitaban. Era una forma de soltar nervios.

—¿Qué sé que? —preguntó finalmente Claudia, entre carcajada y carcajada.

—Que estoy al tanto de lo tuyo con Santiago —ambas amigas asintieron—. Mejor. Lo de los secretos es un coñazo. Estoy harta.

—No me extraña, porque tú también tienes que pasarlo mal con la mentira del falso noviazgo —le dijo Matilde, que la cogió de la mano de forma tierna.

Araceli las miró agradecida e hizo un amago de pucheros que intentó disimular, pero que no pudo y acabó, con las manos de Matilde bien agarradas, echándose a llorar.

Matilde la abrazó fuerte y Claudia, que también se puso en pie, igual.

—No te preocupes, mujer —le dijo Matilde, acariciándole la mejilla sana—. Nosotras no te vamos a juzgar y sabemos que lo del noviazgo y todo eso es mentira. Que te han obligado desde EGO a hacerlo. Nos lo dijo Santiago. Y no nos caes mal.

—Es que no es por eso —interrumpió Araceli y, un poco más serena, le contó por qué lloraba en realidad.

Les relató que se sentía sola. Muy sola por culpa de todas esas mentiras en las que desde EGO la obligaban a colaborar y que ella no había sabido parar a tiempo. Les contó, entre lágrimas, cómo a ella, en realidad, le gustaban las mujeres —cosa que alegró mucho a Matilde, pues no solo le caía bien como amiga, sino que le hacía tilín y por eso no le soltaba las manos— y que por culpa de su madre primero y del qué dirán después, nunca se había atrevido a hacerlo público.

—Pero y todos esos novios de hace años que salían en las revistas, incluido Santiago, eran mentira —quiso saber Claudia.

—Sí. Salí con otros y también con Santiago, pero no había nada real entre nosotros porque no puede haberlo. Con Santiago, había amistad y la sigue

habiendo, pero nada más.

Matilde la miraba entre la compasión y la pena del que sabe exactamente de lo que estaba hablando. Ella había pasado por lo mismo. En su casa, todavía era el día en el que no aceptaban que le gustaran las mujeres. De ahí que no se hablara con sus padres. Parecía que los tiempos eran modernos y que todos aceptaban la diversidad, pero no era ni mucho menos verdad. Todavía existía quien veía en ello una aberración antinatural. Su padre así lo creía y su madre, lo creyera o no, no decía nada porque en su casa, de toda la vida —de Dios, que allí también tenía mucho que decir—, mandaba su padre.

Lo curioso era que sus abuelos sí lo habían entendido y cuando fallecieron, la herencia no fue para su hijo, sino para ella. A su hijo le dejaron solo la legítima —la obligatoria por ley—. El resto se lo dejaron todo a ella para que pudiera tener una buena vida. Y teniendo en cuenta que sus abuelos tenían mucho dinero, le habían hecho un gran favor. Gracias a eso puedo dejar de trabajar y estudiar —su padre le cortó el grifo a los 16 años en cuanto supo que era lesbiana— varios cursos de corte y confección, diseño, etc. y abrir su propia tienda con diseños propios y de grandes diseñadores. Por eso también tenía el local en donde lo tenía y unos cuantos más en alquiler que le daban de sobra para vivir.

Araceli les explicó también cómo Santiago le había hablado de Claudia, sobre todo, pero también de su amiga Matilde y deseaba conocer su ambiente. También, una vez había abierto la caja de la sinceridad, les contó que quería dejar EGO, como Santiago, pero que estaba esperando a que él lo hiciera para seguirle. Entonces fue Claudia la que les relató a las dos cómo había ido la reunión de Santiago por la mañana y que, en principio, para la semana siguiente, Santiago sería libre. Así las cosas, si así lo quería, Araceli también podía dejar EGO y ser libre para decir y hacer lo que le diera la real gana.

Tras ese chorreo de sinceridad, Araceli se quedó más tranquila y las tres, al calor de la trastienda y las confidencias, se tomaron un buen café que Matilde preparó y siguieron durante toda la tarde, con la tienda cerrada, no había ganas



de atender a nadie, charlando y conociéndose mejor.

## Capítulo 30

Tras la intensa charla en la tienda de Matilde, Claudia llegó a casa contenta y de muy buen humor. Había conocido en persona a Araceli, que le había caído muy bien y ahora sabía que podían contar con ella. De hecho, en cierto modo, tras alguna cosilla que la propia Araceli había confesado, se podía decir que fue gracias a ella y a su información privilegiada, que Claudia y Santiago estuvieran de nuevo juntos. Fue ella quien envió a Santiago a casa de Matilde para que, a palabras textuales de ella, suplicase perdón a Claudia de rodillas si era necesario.

Regresó a casa de Santiago, tal y como habían quedado para instalarse allí durante unos días y, como había hecho hasta entonces, entró por el garaje. De momento, en internet no había ninguna noticia al respecto de la marcha de Santiago del partido, cosa que tampono era de extrañar ya que la noticia la había comunicado el propio interesado esa misma mañana. Desde EGO tardarían unos días en hacerlo público.

Subió y abrió sin llamar. Entró y se encontró la casa en total silencio y con las luces apagadas. Solo había un débil destello de luz que provenía de la habitación principal del piso.

—¿Santiago? ¿Estás en casa?

A Claudia se le hacía raro preguntar eso. ¿En casa? No lo era, pero en cierto modo sí. Se sentía como si lo fuera sobre todo porque allí era donde se había hecho completamente realidad el inmenso amor que sentía por ese hombre con el que un día soñó, hacía meses, y ahora amaba con todo su alma.

No obtuvo respuesta, así que con la maleta en la mano se encaminó hacia la habitación.

—¿Santiago? —preguntó de nuevo, pero el silencio fue lo que obtuvo como respuesta, así que siguió su camino a la habitación. El sonido que hacían las ruedas de la maleta sobre el suelo de parqué era lo único que se repiqueteaba en el piso.

Fue hasta la habitación y al entrar, soltó la maleta y sonrió.

Sobre la cama, por completo desnudo, le esperaba un Santiago sonriente con una caja de pizza hawaiana.

—¿Le apetece cenar? —le preguntó cogiendo socarrón un trozo—. Tengo la mejor pizza del mercado hecha solo para la pelirroja más guapa del universo.

—Claro —le respondió ella quitándose la chaqueta.

También se quitó las zapatillas deportivas que calzaba y se subió a la cama.

Le miró juguetona, de arriba a abajo con esos ojos de gata que ella sabía que él adoraba y comprobó cómo su mirada hacia efecto de inmediato en el pene de Santiago, que se hinchaba y crecía.

—Claro que quiero pizza —y se acercó a él a cuatro patas—. Además la hawaiana es mi preferida —y se quitó la camiseta—. Pero quizá antes —y se arrastró por las sábanas, apartando a un lado la caja de pizza y abalanzándose sobre el cuerpo desnudo de Santiago—, me apetezca comer otra cosa.

Dicho y hecho. Se lanzó sobre el pene de Santiago que toqueteó primero con los dedos, haciendo que él gimiera de placer y se tumbara hacia atrás en la cama. Luego se lo besó y lamió haciendo que sus lametones sonaran como si estuviera chupando un caramelo. Aquello ponía a Santiago a cien y a ella, también.

Claudia le abrió las piernas y le acarició y lamió con ganas. Santiago las abrió todavía más, presa del placer que sentía. Estaba cerca del orgasmo y por eso agarró a Claudia del pelo para que subiera. Quería besarla, acariciar y lamer su cuerpo. Quería desnudarla.

Claudia sintió enseguida la humedad en sus bragas. Estaba mojada, mucho. Sentía una gran excitación. Estaba muy caliente y tenía ganas no solo de comerse a Santiago, también de que él se la metiera hasta el fondo y la apretara, fuerte, muy dentro, muy salvaje hasta hacerla gritar porque no se iba a contener. Esa noche no. Pero antes de subir, tal y como él le pedía, chupó un poco más. Luego sí, antes de que él llegara al orgasmo, se incorporó y se puso a horcajadas sobre él.

Se soltó el sujetado y dejó que Santiago le besara y chupara los pezones con

nervio. Le encantaba. La ponía a cien. A más de cien. Se fue a un lado y le pidió ayuda para quitarse los pantalones y las bragas que él casi le arrancó. Luego la abrió de piernas y fue él quien lamió, chupó y besó por todas partes. Sabía muy bien cómo hacerlo. Sabía dónde debía rozar con más fuerza y su lengua era un máquina de placer absoluto.

Santiago subió y se puso encima de ella, lamiéndole ahora las orejas y el cuello mientras ella se abría más y le pedía que se la metiera. Estaba muy excitada y quería sentirle dentro ya.

Él se hizo de rogar un poco más mientras le seguía mordisqueando los pezones y sentía en su mano y en sus dedos, con los que había decidido jugar en su vagina, cómo ella se humedecía cada vez más. Ella estaba muy cliente, y él también, así que por fin se la metió y lo hizo con furia. Ella gritó y él también. Al oído, Claudia le pidió más y él obedeció.

Fue una noche en la que la pizza se quedó fría y ellos solo se dedicaron a comerse el uno al otro.

## Capítulo 31

Durante los siguientes días, incluso algunos más de los que Claudia había pedido en principio —el lunes solicitó un par más y Enrique se los concedió. Tenía que volver el miércoles tres de abril— no se supo nada de la renuncia de Santiago ni del partido ni de Paco. Nada en las noticias ni en ninguna web o blog. Nada en ningún sitio.

Matilde arregló el mostrador y abrió la tienda al día siguiente del incidente con las clientas estafadoras y desde entonces no había ninguna novedad reseñable, salvo que se había visto algún día con Araceli. Se caían bien.

De Araceli tampoco sabían demasiado más allá de lo que Matilde les había contado. Había cumplido su promesa de no salir mucho y cuando lo había hecho, tal y como prometió, se había maquillado mucho y se había puesto unas gafas tan grandes que ver su cara era complicado. Nadie había dicho nada de su moratón.

Claudia y Santiago pasaron tranquilos los días. Planearon un futuro que esperaban empezar a vivir pronto. Después de las elecciones en las que Claudia tendría que trabajar, podían irse de vacaciones a algún sitio. Santiago había propuesto ir a Mallorca donde él tenía una casa. La idea les atraía a ambos porque sabían que cuando se hiciera público la renuncia, a él le iba a tocar quedarse encerrado.

Y la cosa siguió igual de tranquila incluso después de que Claudia, el miércoles 3 de abril, empezara a trabajar de nuevo. Nada se decía por los periódicos ni redacciones. En los corrillos periodísticos antes y después de los actos, nada de nada. Como de Santiago no se sabía nada y en EGO, por el momento, guardaban silencio, ella ya no cubría los actos del partido y la tenían de apoyo. Cubría actos de unos y otros candidatos según el día y las actividades. No le importaba. De hecho, le parecía más entretenido. Así no siempre era lo mismo.

Y todo fue apacible hasta que llegó el lunes ocho de abril, a primera hora, cuando Claudia, desde la ducha, aun en casa de Santiago —había decidido

quedarse con él para darle apoyo de cara a lo que se le venía encima y, para ser honestos, también porque le apetecía—, escuchó unos gritos y juramentos atroces en el salón.

Salió rápido de la ducha y fue a ver qué ocurría. Se encontró a Santiago fuera de sí, gritando barbaridades, caminando de un lado a otro del salón, con los músculos tensos, cara de muy pocos amigos y rojo de furia.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan enfado?

Santiago no respondió y simplemente se acercó al portátil y lo giró para que Claudia lo viera. Esta se aproximó y echó un vistazo a la información que se veía en la pantalla. Casi se cae de culo. No daba crédito a lo que estaba leyendo. No era de extrañar que Santiago estuviera tan enfadado. Ella empezaba a estarlo también.

—Pero ¿cómo... Es que no lo entiendo... ¿Quién...

No terminaba de hilar las frases porque no sabía qué decir. Aquello era de locos. ¿Quién había podido filtrar algo semejante? Además era mentira.

—Yo tampoco lo entiendo, pero creo que sé de dónde ha salido. Me voy a vestir y me voy al partido. Tengo que hablar con Paco.

Los teléfonos empezaron a sonar. El de Claudia y el de Santiago que miró el suyo. Era Araceli. Cogió y se puso a hablar con ella que estaba igual de disgustada. No tenía ni idea de que un reportaje así fuera a salir a la luz. Nadie se lo había comunicado. Además, tras la renuncia de Santiago, pensaba que todo eso del noviazgo se había acabado. Ella ya se daba por fuera del partido y estaba empezando a vivir la vida de otra manera.

Por su parte, Claudia hablaba con Matilde, que tampoco se podía creer lo que decían las noticias. En el portátil se podía leer: «Santiago Peñascal y Araceli Wesler se casan».

Ese era el titular que se repetía en muchos medios de comunicación. Con el rótulo de noticia de última hora, hablaban de cómo el político de EGO había estado ausente de la vida pública para pasar unos días con su amada en solitario y reponer fuerza de cara a la campaña electoral. Sacaban unas fotos de ellos dos en

su casa de Mallorca.

—Oye, Claudia, esas fotos son de hace años. De una vez que Araceli vino a pasar unos días a mi casa —se explicó disgustado, después de que ambos dejaran de hablar por teléfono, cerca del gran ventanal del salón—. Y ya sabes que nada de esto es verdad.

—Sí, lo sé. No te preocupes —se acercó y le acarició la espalda.

—Araceli dice que va a llamar a sus abogados para tomar cartas en el asunto. Está furiosa. Ha dicho que ya no va a esperar más y que va a dejar EGO del todo. Sin paños calientes.

—Pues hará bien.

Santiago se giró, la abrazo fuerte, muy fuerte y, al oído, bajito, le susurró cuánto la quería.

—Yo también te quiero mucho —y le besó—. No te preocupes por mí ni por lo que yo pueda pensar o dejar de pensar porque confío en ti. Lo sabes, ¿verdad? —él asintió—. Estoy bien. Tú haz lo que tengas que hacer. Yo me voy a vestir y me voy para el periódico. Quizá allí pueda averiguar algo más sobre toda esta mierda de información.

Santiago asintió y de la misma se puso a llamar a Paco de forma insistente. Seguro que él era la fuente de todo aquello. No le cabía ninguna duda. Todavía no tenía claro los objetivos de todo aquello, pero lo averiguaría. Siguió llamando de forma incesante.

Claudia fue a la habitación. Se puso lo primero que pilló y mientras se ataba los zapatos, su móvil volvió a sonar. Era su jefe, Enrique. Descolgó rápida y nerviosa, y hablo con él. Cuando colgó, recogió el bolso y la chaqueta y fue al salón. Allí seguía Santiago intentado contactar con Paco o con Alejandro, que al parecer tampoco le cogía el teléfono.

—Me voy al periódico —le dijo ella—. Me ha llamado Enrique y me ha preguntado directamente si yo estoy y sigo contigo. Se lo he confirmado. ¿Te parece mal?

—No —dijo rápido Santiago—. No me parece mal. Es verdad, ¿no?

—Sí, lo es.

—¿Por qué te lo pregunta? ¿Lo va a publicar? No creo que sea lo más adecuado, Claudia, porque entonces se va a armar la de Dios y te van a acribillar a preguntas y los de EGO te van a crucificar. Creo que deberíamos esperar. Primero averiguar quién coño ha contado esta mierda y hacerle rectificar. Y si no, rectificamos Araceli y yo. Después, si quieres, decimos lo nuestro.

—Tranquilo que no van por ahí los tiros. Yo ya no tengo prisa. Me lo preguntaba porque él lo sospechaba, y al ver la noticia de esta mañana, pues no sabía qué pensar. Igual me habías dejado o yo solo había sido un entretenimiento.

Santiago se acercó de nuevo a ella y le besó la nariz.

—Yo nunca te haría eso.

—Lo sé, tonto.

—Esto es una mierda.

—No te preocupes. Lo arreglaremos. Por de pronto, me voy para el periódico porque Enrique también me ha contado que al ver esta mañana la noticia, ha preguntado quién la había mandado, quién era la fuente y de dónde salían las fotografías, pero dice que los de sociedad no sueltan prenda. Voy a ir yo a ver si puedo sacarles algo.

—Vale, pues yo me voy a la sede de EGO a ver si saco algo limpio de todo esto. Con lo que averigüe, te llamo o te mando un mensaje, ¿vale?

Claudia asintió, le besó, le dio un azote en el trasero recordándole que no se preocupara porque los dos juntos podían con todo, y se marchó a toda prisa para el periódico. Quería hablar con Susana Furente, la encargada de todo lo relacionado con la prensa rosa y de sociedad de *El Globo*. Si alguien sabía algo, tenía que ser ella.



## Capítulo 32

Mientras Claudia iba para el periódico, Santiago se presentó en la sede central de EGO. Allí, sin pedir cita y sin pararse a hablar con nadie —no estaba de humor y menos para responder a todos los que, de camino, le felicitaban por su próxima boda—, fue hasta el despacho de Paco. Estaba reunido con la secretaria y con Alejandro. Le dio igual. Entró de todas formas.

—Hombre, mira a quién tenemos aquí —dijo Paco con sorna—. Beata, guapa, déjanos solos.

Beata obedeció y Alejandro se fue con ella. Todo aquel asunto no tenía que ver con él. Paco le había puesto al corriente de la decisión de Santiago, de sus líos de faldas con la periodista pelirroja, de lo de Araceli e incluso de lo que pensaba hacer respecto a la exclusiva lanzada esa mañana, pero a él todo eso le daba igual. De hecho, en cierta medida, si Santiago se iba, él salía beneficiado, así que no le parecía tan mal que se fuera con la periodista y lo dejara todo. Él escalaría posiciones. Sería su sustituto natural y con el poco margen de maniobra que tenían, Paco no podría hacer nada para impedirlo porque sabía de sobra que no era santo de la devoción del jefe de prensa y campaña. Paco creía que un puesto como ese le quedaba grande, así que se fue con Beata y dejó que eso dos arreglaran lo que tuvieran que arreglar, si querían. Él, por si acaso, cruzó los dedos para que no fuera así.

—¿Has sido tú, Paco? —le preguntó Santiago directamente en cuanto la puerta del despacho se cerró.

—¡Qué cosas tienes, Santi! Pues claro que he sido yo. ¿Acaso lo dudabas?

—¡Era un cabrón, Paco! ¡Un auténtico cabrón!

—¿Y te das cuenta ahora?

—¡Joder, tío! ¡No me puedes hacer eso! Lo de la boda es una puta mierda. Habíamos quedado en que yo me largaba sin meter ruido, tú me buscabas un buen sustituto y listo.

—Ya, pero lo he pensado mejor después de ver las últimas encuestas en las que sales muy bien parado y de hablar con Evaristo Alda.

—¿Y ese quién es? ¿Y qué tiene que ver conmigo? Yo ya te dije lo que quiero.

—Alda es el que me ha facilitado mucha información sobre ti y tu amiguita pelirroja en los últimos meses —Santiago se quedó parado en medio del despacho sin saber muy bien qué decir. ¿Alda era un espía o algo así?—. Él me ha dado un dossier muy completo sobre la ojos de gata y su entono. Lo sé todo de ella. Todo. A mi contacto solo le ha faltado explicarme dónde y cómo te la comía —y se rio con ganas.

Santiago dio un paso al frente, dispuesto a partirle la boca, pero Paco sacó rápidamente una carpeta que abrió sobre la mesa dejando al descubierto fotografías en las que se veía a Claudia entrar en el edificio de Santiago por el garaje. Otras en las que se les veía dándose un beso furtivo en un ascensor o en la entrada y salida de algún local. Tenía incluso instantáneas de ella subiendo a un taxi con su maleta el día en el que él dejó el partido y decidieron que ella se quedara en su casa por una temporada.

—Te aconsejo que te sientes, Santiago —cosa que él hizo—, porque aquí hay mucho material y muy jugoso. Además, tenemos que hablar de cómo vamos a solucionar todo esto.

Santiago obedeció. ¿Qué podía hacer? Antes de tomar ninguna decisión, quería saber qué era lo que Paco tenía. Este revolvió entre las fotos y le enseñó algunas de Matilde y Araceli tomando café justas y dando algún paseo por El Retiro, de Matilde en su tienda, de Claudia en el trabajo, de él haciendo recados, etc.

—¿Qué es lo que quieres, Paco? —inquirió inseguro—. No sé por qué me enseñas todas estas fotos que no dicen nada salvo que somos personas felices y normales. Tampoco por qué has difundido que me voy a casar con Araceli. No sé lo que pretendes, pero Araceli te va a meter una buena querrela. Y yo, si no me explicas todo esto —y señaló las fotografías—, creo que también lo voy a hacer.

—Sí, sé lo de la denuncia de Araceli. Sus abogados han tenido a bien llamarme

y decírmelo después de una retahíla de avisos y amenazas legales. He decidido desmentir lo de la boda mañana mismo para evitar más problemas con ella. También podrá dejar el partido y hacer una nueva vida de bollera si le apetece, con esa Matilde o con quien quiera, sin que haya ningún tipo represalias. Pero tú ni me demandarás, ni harás nada ni dirás nada al respecto.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —y Paco le señaló una de las fotos en las que una sonriente Claudia le decía adiós con la mano cerca de la casa de esta.

En ese momento, a Santiago le sonó el móvil, pero no lo cogió. Dejó que saltara el contestador. Enseguida le llegó un mensaje que si leyó rápidamente ante la mirada escrutadora de Paco. Era de Claudia: «En el periódico he conseguido sonsacar a Susana, la de social, que la fuente es Paco. Ten cuidado. Y recuerda que no pasa nada. Yo te quiero. Los dos juntos podemos con todo. A la noche nos vemos».

Santiago sintió como se le encogía el corazón porque tenía un muy mal presentimiento que no tardó en hacerse realidad.

—¿Es de tu pelirroja? Bien porque es a ella a donde yo quería llegar —y Paco le volvió a señalar la foto de Claudia sonriente—. Soy consciente de que lo tuyo con esta chica no es un calentón ni un romance pasajero y por eso te digo, desde el respeto, no te vayas a creer, que si te largas de EGO y nos abandonas, haré todo lo posible por joderle la vida.

Santiago lo miró enfurecido, pero calló.

—Sabes que puedo hacerlo —continuó Paco poniéndose en pie y acercándose a Santiago—. Le haré la vida imposible. Difundiré mentiras sobre ella y echaré a perder su carrera periodística. Puedo incluso beneficiarme de tu relación y vender por ahí, con unas cuantas fotografías manipuladas de esas en las que no se ve nada, pero sí lo suficiente para que la gente se crea lo que yo les diga que se tienen que creer, que pertenece a un empresa de prostitutas de lujo que se acuestan con grandes políticos y empresarios. Puedo, en definitiva —y puso sus manos sobre los hombros tensos de Santiago que ni siquiera parpadeaba

escuchando todas esas amenazas—, hundirle la vida para siempre.

—Pero eso es...

—Eso es nada —le interrumpió y apretó más fuerte los hombros—. Además, no he dicho que lo vaya a hacer. He dicho que podría. Alda ya se ha ofrecido a ayudarme, pero de ti depende que lo haga o no.

Santiago estaba vencido. Sentía cómo su corazón se iba haciendo añicos porque sabía lo que Paco le iba a pedir, y se lo daría. Claro que se lo daría. En ese mismo momento, con tal de que no hiciera daño a Claudia, le daría hasta su alma. No tenía más remedio. Cualquier cosa antes de que ese malnacido dañara a su amada, al amor de su vida porque de eso estaba seguro.

—¿Y qué quieres que haga, Paco?

Paco le explicó cuáles eran las condiciones. No haría nada contra Claudia ni su entono siempre que Santiago no renunciara a EGO. Sería el candidato del partido para las elecciones, haría campaña como el que más y participaría en todos los actos y mítines que Paco le mandara. Desde EGO se pediría, para evitar problemas, que Claudia no cubriera sus actos. Alegarían algo que, prometió, no perjudicara en modo alguno a la periodista ni en su trabajo actual ni en otros futuros.

—¿De verdad es necesario todo esto, Paco? ¿De verdad?

Paco le ignoró y siguió a lo suyo explicando punto por punto y coma por coma cómo iban a ser las cosas a partir de ese momento. Así, Santiago también se comprometió a irse una temporada, por lo menos hasta la semana previa a la votación del 28 de abril, a vivir a un hotel, lo más seguro que al Valpa, para que así la periodista pudiera ir a su casa a recoger todas sus cosas. Era fundamental que no se vieran. Eso sería una catástrofe según Paco, aunque no lo dijo en voz alta, porque estaba seguro de que en cuanto la viera en persona y ella le dijera algo, Santiago volvería a dejarle tirado. Tenía que impedirlo fuera como fuera. Por eso mismo, en cuanto la dejara por mensaje, que era lo primero que Santiago iba a hacer según terminara de asentir a todas las peticiones, su número de móvil se apagaría para siempre. Le daría uno nuevo.

Santiago dijo que sí a todo. Sería el candidato de EGO y dejaría a Claudia. Todo porque ella no sufriera. Dijo que sí, pero primero Paco debía cambiar lo de la boda. Este aceptó y así lo hizo. Delante de Santiago llamó a varios contactos que difundieron que la noticia de la boda era una noticia falsa filtrada por los otros partidos para que la atención mediática se desviara de lo realmente importante. Cuando los medios empezaron a llamar a EGO para hacer declaraciones oficiales, Paco ordenó a todos desmentir la noticia de forma que quedase muy claro que Araceli y Santiago no se iban a casar. Nada se decía de que no eran novios, pero de eso, pensó Santiago, ya lo lucharía en otro momento o ya se encargaría la propia Araceli de hacerlo público. Cruzó los dedos para que así fuera y por lo menos, por ese lado, Paco se tuviera que joder.

Una vez hecho lo de la boda y bajo la atenta mirada de Paco, le mandó un mensaje a Claudia para dejar su relación: «Eres lo más bonito que nunca me ha pasado. Lo siento. Ya no podré estar más contigo. Te quiero hoy, mañana y siempre».

Después lo borró solo de su teléfono para que Paco no pudiera leerlo. Borró ese y todos los demás del chat que tenía con ella. Después le dio el teléfono a Paco. La suerte estaba ya echada y él tenía la sensación de haberlo perdido todo.

## Capítulo 33

Claudia recibió el mensaje de Santiago en la redacción de *El Globo*. Estaba redactando una par de breves que le habían mandado desde local para echar una mano y despejar la cabeza un poco que parecía que le iba estallar con toda la historia de la boda de Araceli y Santiago. Ella sabía de sobra que era mentira, pero eso no quitaba para que le sentara mal el asunto. Al fin y al cabo, ella era la novia oficial. Lo abrió rápido, con una sonrisa, pensando que serían buenas noticias y al leerlo, casi se le cae el alma a los pies.

¿A qué venía todo eso? ¿Qué estaba diciéndola? Lo leyó un ciento de veces y lo siguió sin entender. ¿La estaba dejando? ¿Por qué? ¿Qué había pasado? ¿Cómo se puede dejar a alguien diciéndole que lo quieres hoy, mañana y siempre? ¿Cómo era eso posible?

Le llamó una y mil veces, pero el número aparecía siempre apagado o fuera de cobertura. Le dejó mensajes de voz y de texto, y todos le aparecían como no estragados. ¿Qué estaba pasando?

Se le ocurrió una idea. Llamó a la sede de EGO y pidió que le pasaran con Santiago, cuando dijo quién era, la colgaron. Entonces le pidió a un compañero que llamara por ella haciéndose pasar por un periodista de la competencia. Ante su cara de extrañeza se vio obligada a mentirle y le explicó que era para un reportaje muy importante que le habían mandado desde arriba. Él accedió y cuando Santiago se puso al aparato, fue ella la que contestó.

—¿Qué significa el mensaje que me has mandado? —le preguntó. Santiago se sintió morir cuando escuchó su voz—. ¿Qué significa?

—Lo siento, Claudia —acertó a decir con un triste hilo de voz—, pero no puedo hablar contigo ni tampoco verte.

—¿Cómo que no puedes? ¿Por qué?

—Dejarlo es lo mejor para todos.

—¿Para qué todos? Porque para mí no lo es, te lo aseguro y creo que para ti

tampoco, así que dime, ¿qué está pasando, Santi? ¿Por qué me haces esto? No lo entiendo. No entiendo nada.

—Y cuando puedas pásate por mi casa y recoge tus cosas —respondió él con un tono de voz cada vez más apagado sin responder a ninguna de sus preguntas. No tenía repuestas. Le dolía el corazón.

—¿Mis cosas? ¿Pero qué dices?

—Lo siento, Claudia, pero recuerda, por favor, lo que hemos vivido juntos y también el mensaje que te he mandado. Todo lo que digo en él es verdad, pero ahora no puedo volver a verte ni a hablar contigo. Lo siento —y colgó.

Claudia se quedó con el teléfono en la mano estupefacta. Estaba tan nerviosa y a la vez tan enfadada y rabiosa que no sabía qué hacer. ¿Qué estaba pasando? Todo tenía que ser una pesadilla de la que pronto iba a despertar. Tenía que serlo.

Las lágrimas, sin que ella pudiera hacer nada para detenerlas, empezaron a asomar y de la rabia al comprobar que algunos en la redacción la miraban, arrancó el teléfono de la mesa, tirando con violencia de sus cables, y lo lanzó contra la pared. El teléfono se hizo añicos con un ruido enorme. Enrique salió de su despacho y cuando la vio, nerviosa, mirando a la nada, enfadada, la cogió del brazo y la llevó hasta su despacho. Allí la mandó sentarse, le dio unos cuantos pañuelos y le pidió que le contara qué demonios le pasaba. Claudia no dudó y se lo contó todo.

Enrique la escuchó y la consoló. Le prometió que intentaría averiguar qué es lo que estaba pasando dentro de EGO porque a tenor de los acontecimientos, estaba claro que algo raro se cocía allí dentro. No había otra explicación lógica. Además, sobre su mesa ya estaba la rectificación de la noticia de la boda entre Araceli y Santiago. No se casaban. Ya era *vox populi* por lo que no tenía sentido que Santiago siguiera dentro de EGO si quería, como afirmaba y se supone que había hecho, dejarlo. Tampoco que no saliera él mismo a desmentir no solo la falsa boda, sino su falsa relación con Araceli y su continuidad en el partido. Ningún sentido ni ninguna lógica a no ser que hubiera otros motivos que ellos desconocían y que Enrique prometió investigar. Llamaría a algunos viejos

contactos y movería algunos hilos para ver si se enteraba de algo.

Después, un vez que la vio más tranquila, le pidió que se tomara unos cuantos días libres. Los que ella considerara. Al fin y al cabo, desde EGO también habían mandado una petición formal a su correo solicitando el cambio de periodista para que fuera otra persona y no ella quien cubriera los actos de Santiago.

Cuando Claudia lo escuchó, se puso pálida.

—¿De verdad han pedido eso, Enrique? —preguntó.

Su jefe asintió y ella tembló por dentro, aunque intentó mantener la compostura. No se lo podía creer. De verdad que no. Cuando conoció a Santiago, este le repugnaba por todo lo que representaba y por las barbaridades que decía a veces, pero después, al tratarlo en persona, más de cerca, y saber cómo era en realidad, todo cambió. Cuando su amor, además, fue correspondido, se sintió la mujer más dichosa del mundo y ahora, ahí estaba, en el despacho de su jefe disimulando las ganas que tenía de aporrear cosas, de gritar, de llorar, de... tantas cosas y nada.

Enrique le pidió un taxi para que fuera a casa a descansar y dormir. Ella accedió. La verdad es que no tenía ninguna gana de quedarse en la redacción. Aceptó el taxi y los días libres tan rápido y sin protestar ni una sola vez lo que entristeció a Enrique porque Claudia siempre se había caracterizado por ser una mujer combativa que no se daba por vencida fácilmente y ahora, allí sentada en la silla, la veía derrotada.

Claudia recogió sus cosas y se marchó bajo la mirada de soslayo de la mitad de la redacción que desconocían lo que le pasaba en realidad, pero que la habían visto lanzar el teléfono contra la pared. Bajó, cogió el taxi que Enrique le había pedido y en lugar de dar su dirección, dio la de Santiago. Allí se presentó para, tal y como él le había pedido, recoger todas sus cosas.

Entró y fue directa al cuarto de invitados, donde en uno de sus armarios descansaba su maleta. La misma que había llevado cuando Santiago dejó el partido. «Qué ironía», pensó. Llevó esa maleta llena de ilusiones cuando él dejó la política y ahora se la llevaba vacía y rota, como lo estaba ella, cuando él regresaba



a los brazos de EGO y no a los suyos.

La cogió y la llenó con todas sus cosas. Cuando terminó, se dio una vuelta por la casa y no pudo evitar sentirse derrotada. Estaba hecha polvo. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Matilde y Araceli la habían llamado unas cuantas veces, pero no les había cogido. Tampoco había contestado a sus mensajes ni de voz ni de texto. No tenía fuerzas para hablar con ellas de cómo se sentía. No todavía.

Dejó la maleta hecha junto a la puerta principal y antes de irse y de dejar la llave dentro de la casa, se sentó delante del gran ventanal del salón. La tarde moría. Frente al cristal sentada, recordó la primera vez que estuvo en el piso y un dolor intenso en el estómago la hizo encogerse. El cuello se le puso rígido y sintió como si de los omoplatos le fueran a salir alas; como si esa zona se le desgarrase. Se tumbó de lado, frente a la ciudad y la noche que llegaba y lloró. Lloró como hacía tiempo que no lo hacía. Como una niña pequeña que se ha perdido y no sabe a dónde ir. Se sentía sola, abandonada y rota.

## Capítulo 34

Lo primero Araceli y Matilde hicieron nada más saber que Santiago volvía a la primera línea de la política, fue llamar a Claudia y mandarle mensajes. Después visitaron su piso y la redacción de *El Globo*. En su casa no había rastro de ella ni nada que indicara que hubiera siquiera pasado por allí recientemente. En la redacción, Enrique, apenado por la situación, les explicó lo del mensaje de Santiago y la llamada posterior que Claudia había mantenido con él dónde le había pedido que fuera a recoger sus cosas a su piso.

—¿Y eso cuándo fue? —quiso saber Matilde.

—Pues hace ya unos cuantos días —explicó Enrique—. Fue el mismo día de la falsa noticia de boda, el lunes ocho de abril.

Matilde miró a Araceli, nerviosa. Habían pasado tres días y ya no sabían dónde buscar. Se despidieron de Enrique dándole las gracias y prometiéndole que le mantendrían informado y se metieron en el coche de Araceli dónde esta le indicó a su chófer que esperara un momento o que diera vueltas a la manzana si veía que les podían multar. Todavía no tenía clara la dirección a la que debían ir.

—Se me ha ocurrido una cosa —le dijo a Matilde—. Tengo una corazonada de dónde podría estar, pero antes debo comprobar algo.

Matilde asintió, conforme, y sonrió a Araceli. Le estaba muy agradecida por todo lo que estaba haciendo por ellas. Y también por ser su apoyo y, quizá, algo más, pues había empezado a sentir por ella algo especial.

Araceli le devolvió al sonrisa, cómplice, y cogió el móvil. Miró la pantalla decidida a salir del atolladero en el que estaban y a encontrar a Claudia. Llamó a Santiago.

Para hablar con él tuvo que llamar a la sede de EGO porque su número de móvil salía apagado o fuera de cobertura. Seguro que lo había cambiado. Cuando por fin, tras varios intentos, lo consiguió, le preguntó directamente por Claudia.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Claudia?

—Hablamos el día que se publicó lo de la boda —respondió él en voz baja. Ella no lo sabía, pero desde que Paco le había explicado la existencia de Alda, tenía la sensación de que le espiaban—. Lo dejamos y después le pedí que se pasara cuando pudiera por mi piso a recoger sus cosas.

—¿Y ya está?

—Sí. No había nada más de qué hablar.

—Nada más de que hablar...

—Sí.

—Mira, Santi, guapo, a veces creo que eres tonto de verdad porque no doy crédito a lo que me estás contando.

Silencio.

—Un día vienes a mi casa —continuó Araceli elevando la voz. Tenía un cabreo monumental que iba, además, en aumento—, y me dices que Claudia es la mujer de tu vida. Que la amas. Que es especial y que gracias a ella te vas a atrever a dejar EGO. Me dices que estás dispuesto a hacer de todo porque funcione y al día siguiente, de buenas a primeras, la abandonas como se abandona, no sé. Ni a un animal se le hace eso.

—No es así, Araceli —protestó Santiago, pero sin elevar la voz—. Es más complicado que todo eso y yo no la he abandonado.

—¿Ah no? Pues tú me dirás entonces qué es lo que has hecho porque aquí estamos Matilde y yo, preocupadísimas porque no sabemos nada de Claudia desde hace días.

—¿Días?

—Días, Santi, sí. No sabemos nada de nada. En la redacción tampoco la han visto y hemos hablado con algunos amigos y tampoco. Nada. Ha desaparecido

—¿Y dónde creéis que puede estar?

—Tengo una idea, pero antes quiero preguntarte una cosa.

—Adelante.

—¿Vives en tu piso?

—¿Qué clase de pregunta es esa, Araceli?

Matilde también la miró asombrada, pero comprendió enseguida por dónde iban los tiros. Araceli sospechaba que tal vez Claudia estuviera en el piso de Santiago. Al fin y al cabo, según Enrique, allí la mandó Santiago para recoger sus cosas.

—Quiero decir que si has estado últimamente en tu piso.

—No, he estado en un hotel.

—¿En un hotel? ¿Y se puede saber qué pintas en un hotel?

—Porque Paco me aconsejó que así sería más cómodo para Claudia, que podía ir a mi piso cuando quisiera a por sus cosas sin la molestia de que yo estuviera allí —según lo dijo en voz alta, se dio cuenta de lo estúpido que sonaba.

—Paco lo que quiere en realidad es que no tengas contacto con ella por si flaqueas —le respondió Araceli como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Pero bien, vale. Eso significa que tu piso ha estado vacío todos estos días, así que vamos a ir para allá.

—¿Creéis que Claudia puede estar en mi casa? ¿Por qué?

—Porque te recuerdo, le pediste que se pasara por allí a recoger todas sus cosas.

—Sí, pero...

—Pero nada, tío. Entonces no has estado en tu casa desde que salió lo de la boda, ¿no?

—No. He estado en el hotel Valpa.

—Vale. Pues decidido. Matilde y yo, si no te importa, que me imagino que no, nos vamos para tu casa a buscar a Claudia. Y una cosa te digo, Santi, por tu propio bien y, visto lo visto, por el de todos —ahora sí que estaba realmente furiosa— estaría muy bien que mandarás a Paco a tomar por culo de una vez por todas y vivieras de una puta vez tu vida o de lo contrario, para cuando quieras darte cuenta, él será el que haya vivido la tuya y la de todos. Y tú. Tú no habrás vivido nada.

Silencio.

—Y espero, por tu bien —continuó después de darle la dirección de la casa de

Santiago a su chófer—, que todas las decisiones que has tomado en estos últimos días, sean por un buen motivo —fue a colgar, pero se lo pensó mejor y volvió a la carga antes de que Santiago pudiera decir ni esta boca es mía—. Y una cosa más. Espero que todas esas barbaridades que estás gritando con más ganas que nunca en esa mierda de mítines que convocáis, también sean por algún buen motivo que, aunque yo no alcanzo a ver, existe y no por un simple sillón en La Moncloa porque, amigo, te estás jodiendo la vida.

Después sí colgó, satisfecha. Se había desahogado. Quizá le hubiera hablado mal y con demasiado enfado, pero se lo merecía. Por idiota. No entendía que pudiera haber renunciado al amor de su vida, a la mujer que amaba por el partido. Y si había algo más detrás, como ella misma sospechaba conociendo al malnacido de Paco, esperaba que tras la bronca, al menos, recapacitara y pidiera ayuda porque entre todos, quizá, pudieran hacer algo, lo que fuera, para solucionarlo.

## Capítulo 35

Tras la llamada telefónica de Araceli, Santiago, en su despacho en la sede de EGO, no sabía qué hacer. Todo lo que le ha había dicho su amiga era verdad. Ella no tenía ni idea del chantaje al que Paco le estaba sometiendo, pero tenía razón. Había sido un cobarde y no había luchado como debía por su amor, por Claudia. Había dejado que Paco con sus argucias y sus trampas le engañara y dominara, como hacía siempre con cualquiera sin intentar, de algún modo, combatirle. De hecho, al pensarlo, no recordó ni un solo día desde que le conocía que no lo hubiera hecho.

Suspiró confuso y enfadado con Paco, pero también consigo mismo. ¿Qué podía hacer? Después de hablar con Araceli, estaba intranquilo, nervioso y preocupado, mucho, por Claudia. ¿Habría sido capaz de hacer alguna tontería? No. Eso jamás. Ella no era así.

—¡Joder! —explotó, aunque tal y como habló con Araceli, lo dijo en voz baja—. ¡Joder!

Pensó en cómo hacer frente a Paco para salir del lío en el que estaba metido porque era cierto que él amaba a Claudia y que lo único que deseaba era estar con ella. No quería ser Presidente. No lo hacía por un sillón ni tampoco creía lo que decía en los mítines. Paco era ahora el encargado de escribirle los discursos y él se limitaba a interpretarlos. Nada más. Pero no sabía cómo salir del laberinto. No tenía ni idea.

«Tú no habrás vivido nada», escuchó la voz de Araceli en su cabeza y vio los ojos verdes, gloria y armonía, de Claudia.

De la misma, sin pensarlo demasiado, cogió su chaqueta y salió de la sede de EGO dirección a su piso. Tenía que ver qué estaba pasando con Claudia. No podía quedarse de brazos cruzados. ¿Para qué coño había aceptado el chantaje de Paco si no era para mantener a salvo a Claudia? Debía averiguar cómo se encontraba.

Salió de la sede despacio, a pesar de que lo que le apetecía era correr, para disimular, y para que nadie supiera a dónde iba en realidad. Mintió a la recepcionista dejando el recado de que iba a recoger un par de trajes que necesitaba con urgencia a la tintorería y, una vez en la calle, llamó a su antiguo chófer, a Juan, y le pidió ayuda. Este accedió encantado. Quedó con él en un centro comercial cercano, en el aparcamiento subterráneo donde le recogió en un coche de empresa para llevarle a su piso.

Mientras Santiago iba para su piso, Araceli y Matilde ya estaban en él. Según entraron, lo primero que vieron fue la maleta de Claudia abierta y con toda la ropa desperdigada por el suelo sin control.

Matilde se acercó al gran ventanal del salón y se quedó alucinada con las maravillosas vistas. Era la primera vez que estaba en el piso de Santiago y le parecía increíble. Se hubiera quedado viendo esas perspectiva de Madrid durante horas, pero enseguida, al ver más ropa por allí desperdigada y los restos de un par de botellas de vino y una copa vacía y tumbada, reaccionó.

—¡Claudia! —llamó —¿Estás aquí?

No obtuvo ninguna respuesta así que junto con Araceli se puso a inspeccionar la casa. No tardaron mucho en dar con la periodista. Solo tuvieron que seguir los restos de botellas vacías, vasos, copas y cajas de pizza que había tirados por todo el suelo. La encontraron en la cama de matrimonio de la habitación principal, tapada con una manta de sofá y semidesnuda. Llevaba unos calcetines gordos de lana que le quedaban grandes y eran un peligro para andar por el parqué, una camiseta vieja y lo que parecían ser unos calzoncillos de pata.

Ellas no lo sabían, pero eso calzoncillos fue lo que Claudia se puso al segundo día de estar allí, después de vaciar el mueble bar de Santiago. No le gustaba para nada llevar ropa interior masculina, pero estaba tan borracha ese día que le dio igual. Más tarde, una vez puestos, solo se dejó llevar.

Matilde, nada más verla, saltó rápido a la cama, preocupada. Araceli se quedó a los pies y dejó que fuera Matilde, que la conocía mejor, quien primero le dijera algo.

—Claudia, cariño, ¿estás bien? —la periodista no respondió—. ¡Claudia!  
Matilde la zarandeó. Claudia protestó. Estaba dormida y resacosa.

—Creo que voy a prepararle un buen baño, ¿te parece? —preguntó Araceli, a lo que Matilde asintió agradecida.

—Vale, yo intentaré despertarla. Creo que tiene una resaca de mil demonios.

Así lo hicieron. Matilde se quedó con su amiga y la incorporó. Le dio unos cuantos meneos un poco más bruscos y consiguió que reaccionara.

—Mat —dijo cuando por fin abrió los ojos, hinchados por el llanto y las malas noches—. Creo que me estoy muriendo.

—No, guapa —y Matilde sonrió—, lo que tienes es una buena resaca porque, dime, anda. ¿Cuántas copas te has bebido? —Claudia se encogió de hombros. Lo cierto es que no lo sabía—. ¿Y lo de las pizzas? Anda que ya te vale. ¿Llevas tres días alimentándote con pizzas?

—Un día los de la pizzería también me trajeron unas croquetas y pan de ajo.

—Ah, en ese caso —Matilde la abrazó muy fuerte—. Estaba preocupada, amiga. Muy preocupada. Menos mal que estás bien.

—Pues claro que estoy bien. Más o menos.

—¿De verdad?

—Sí. Solo estoy triste.

—Ya.

—Es que me ha dejado, Mat —y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. Me han dejado.

—Lo sé, pero no te preocupes porque yo estoy aquí contigo y también ha venido Araceli —esta, al oír su nombre, acudió rápido a la habitación por si la necesitaban—. La dos vamos a ayudarte, ¿vale?

—Eres buena persona —le dijo sonriendo a Araceli—. Gracias.

—Bah, mujer. No es nada. Eso sí, te aseguro que cuando vea a Santiago en persona, el voy a dar semejante patada en el culo que va salir volando. Palabra.

Las tres rieron ante la ocurrencia. Eso sería imposible. Araceli era una mujer demasiado enclenque para darle una patada a nadie. Hasta el aire la ganaría. Eso



sí, a genio, la cosa cambiaba y ella tenía todas las de ganar.

—Y ahora, amiga, te vas a levantar de la cama y vas a venir con nosotras —le tendió una mano para que se incorpora y saliera de la cama—, y te vas a dar una baño estupendo que te ha preparado Araceli. Después te encontráis mejor. Ya verás.

—Es mano de santo para las resacas —añadió Araceli—. Palabra de pecadora.

Claudia accedió y muy obediente se levantó de la cama y acompañó a las amigas hasta el cuarto de baño. Allí dejó que Matilde la ayudara a desnudarse y a meterse en la bañera. Araceli la había llenado con jabón de espuma y olía muy bien. Estaba muy caliente lo que hizo que al principio todo su cuerpo se tensara, pero enseguida, en segundos, se relajó.

En ese momento, la puerta principal del piso se abrió y a tropel entraron Santiago y Juan, que había decidido subir con él porque le veía muy nervioso. Según entró, se puso a dar voces como un loco. Durante todo el trayecto en coche, cuando le había contado a Juan lo sucedido, no dejaba de culparse por lo ocurrido y de sentirse como un auténtico cobarde. Tenía que enfrentar a Paco. Debía luchar por lo que quería porque de lo contrario, eso ya le había quedado claro, se arrepentiría toda la vida.

—¡Claudia! ¡Claudia! ¿Dónde estás?

—Estamos aquí —oyó decir a Araceli y corrió alterado hacia el cuarto de baño.

En el lugar se encontró a Araceli en la puerta, a Matilde de rodillas junto a la bañera y a Claudia metida dentro con la cara roja, los ojos hinchados y una tristeza infinita como corona.

Apartó a Araceli a un lado para poder acercarse mejor y se arrodilló en el suelo junto a la bañera. Matilde se levantó y le dejó espacio. Juan también llegó a la puerta, pero al ver la escena, decidió retirarse al salón. Siempre se había considerado un hombre discreto. Decidió ser útil de otra forma como recogiendo, por ejemplo, el desorden que había visto al entrar.

—¡Estás bien! Gracias a Dios. Gracias, gracias, gracias —le cogió una de sus

manos y empezó a besársela.

Ella la retiró con brusquedad.

—¡Vete! —le pidió.

—No me voy a ir.

—Vete, Santiago —repitió.

—No, Claudia. No me voy. Estaba muerto de miedo —y se pegó más al borde de la bañera—. Cuando venía para aquí, mil ideas estúpidas han pasado por mi mente y nunca podría perdonarme que te pasara algo malo.

—Pues para estar tan preocupado, se te da muy bien mandar mensajes y echar a la gente que tanto dices que te importa de tu vida —y bajó la cabeza.

—Lo siento, Claudia —le acarició el pelo con delicadeza. Ese pelo que él tanto adoraba y en el que le encantaba perderse—, pero todo tiene una explicación. No lo hice porque así lo quisiera.

—Me has hecho daño, Santiago. Mucho daño. Me has abandonado. Me has herido y yo... —dudó un instante, pero al final lo dijo—. Yo ya no te quiero.

—No me digas eso, Claudia. Sé que no es verdad —y de repente, sin que nadie se lo esperara, se metió dentro de la bañera con ella.

Al ver aquello, Araceli tocó a Matilde en el hombro y la pidió que la acompañara al salón. Esta fue a protestar porque no quería dejar a su amiga sola, pero Araceli insistió

—Es lo mejor —le dijo bajito—. Ya lo verás. Dejaremos que hablen y enderecen sus cosas. Luego, entre todos, intentaremos ver qué hacer y cómo solucionar todo lo que sea que está pasando.

Matilde, ante aquel razonamiento, que le pareció muy sensato, no tuvo más remedio que obedecer y junto a Araceli se fue al salón. Allí se encontraron a Juan recogiendo, bolsa de basura en mano, los restos de las pizzas y las botellas. Decidieron echarle una mano.

—Te juro que te quiero más que a mi vida —le dijo Santiago una vez se quedaron solos cogiéndole la cara entre las manos—. Quiero esas pecas tuyas y esa sonrisa tan dulce que tienes. Y a esos ojos los quiero más que a nada, y esto

días sin ti han sido horribles. Te he echado muchísimo de menos y todo esto que he hecho, aunque ahora te parezca alguien horrible, lo he hecho por ti.

— ¿Por mí?

— Por ti.

Después, sin importarle estar vestido dentro de la bañera, le contó por qué había tomado cada decisión de los últimos días. Le contó la verdad.

## Capítulo 36

Tras el baño, Claudia y Santiago salieron, mojados, pero más tranquilos y reconciliados, lo que alegró a todos los presentes. Se les veía, a ambos, más calmados y, desde luego, sobre todo a Claudia, con mucho mejor aspecto. Habían sido días duros para todos y les habían pasado factura. Se notaba en sus facciones cansadas, pero también había, tras la charla que habían mantenido en la bañera y la confesión de Santiago, una chispa de felicidad y esperanza que todos pudieron reconocer y que hizo que Matilde, afectuosa, se lanzara a abrazarlos.

—Estaba muy preocupada —confesó—. Cómo me alegro. ¡Qué bien!

—Me alegro mucho —les dijo Juan—. Ya saben que yo soy partidario de vivir y no de dejar que la vida nos arrolle o que pase sin que nosotros la disfrutemos —y les guiñó un ojo.

Tanto Santiago como Claudia se ruborizaron porque recordaron su primer encuentro en el coche de Juan, pero no dijeron nada. Se limitaron a asentir y a darle las gracias por toda su ayuda. Había demostrado lealtad por Santiago y también que les apreciaba a ambos.

Araceli, a pesar de su aparente seriedad, ante tanto abrazo y parabienes, también les abrazó, pero eso sí, le prometió a Santiago la tan famosa patada en el culo si volvía a hacer algo parecido. Después, se sentaron todos en el salón, frente al gran ventanal de cristal y allí, esta vez sin ocultar nada, Santiago les contó la verdad de todo lo que estaba pasando con su vida: el chantaje y las amenazas de Paco, el asunto de las fotografías, Evaristo Alda y los espías, las órdenes de cómo debía romper con Claudia y alejarse de ella, lo del hotel, etc. Todo. Absolutamente todo.

—Ese tío es un auténtico cabrón —indicó Juan poniéndose en pie—. Siempre me cayó mal, pero es que. No sé ni qué decir ¿Cómo se pueden hacer esas cosas?

—Lo es, desde luego —secundó Matilde—. Amenazar así a la gente para conseguir, ¿qué? Porque el sillón no sería de él. Sería tuyo —y miró a Santiago

—. La verdad es que no entiendo muy bien cuáles son sus objetivos con todo esto.

—En el sillón estaría yo, como dices, pero, en realidad, mandaría él —le aclaró—. Y como me tiene cogido con lo de las amenazas hacia Claudia, llegado el momento, yo tendría que hacer todo lo que a él le diera la gana, me gustase o no, y yo no sé cómo librarme de esta losa —se lamentó.

Araceli era la única que hasta ese momento no había dicho nada. Estaba de pie frente al gran ventanal, viendo la ciudad y cavilando dar solución precisamente a esa pregunta que se hacía Santiago. ¿Cómo librarse de la losa que suponía Paco? ¿Cómo?

Se le había ocurrido una idea que podía funcionar. Quizá pudiera salir bien. Era cuestión de seguir unos cuantos pasos y mover unos cuantos hilos porque Paco tenía al tal Alda, pero ella también tenía sus contactos. Y si era necesario, visto lo visto, echaría mano de ellos. Vaya sí lo haría. Estaba harta de que tipos como Paco Villambrosa, siempre dispuestos a pisar cabezas, a ascender, a cogerlo todo sin importar el sufrimiento que despertaban con su paso, se salieran con la suya. Ya estaba bien.

Se giró para contarles su plan, cuando el teléfono de Santiago sonó. Este lo miró.

—Es Paco —dijo nervioso—. ¿Qué hago?

—Cógele —empezó a explicar Araceli. Definitivamente su plan se ponía en marcha en ese mismo momento—, y dile que has venido a tu piso a por algunas cosas que necesitabas de cara a la campaña. Eso seguro que le parece bien. Luego dile que te quedaste dormido porque, oye, como en casa no se está en ningún sitio. Prométele que mañana vuelves al hotel, pero que hoy estás ya aquí, súper cansado, medio dormido y que no te apetece. Yo creo que colará.

—Ya, pero es que mañana empieza la campaña —le aclaró Santiago que no las tenía todas consigo. Paco era listo y temía que se diera cuenta del engaño.

—Por eso mismo. Le convences de que quieres estar fresco para darlo todo porque os esperan días muy duros. Tú hazme caso y coge ya que se va a

mosquear.

Santiago obedeció mientras el resto se mantenía en absoluto silencio. En cuanto colgó, al parecer bastante satisfecho pues Paco no parecía haber notado nada, Araceli les contó su plan al completo, salvo unos pequeños detalles finales que se guardó para ella y que desvelaría en su preciso momento. Cuando terminó, todos estaban alucinados. Era brillante y podía funcionar. ¿Por qué no? Araceli había diseñado un plan para librarse de Paco, de EGO y ser libres de forma definitiva.

Además, eso ya no lo dijo en voz alta, pero su procedimiento también les haría daño públicamente y sus votos se resentirían de cara a las elecciones, algo que también se merecían a su juicio.

Después de repasar varias veces el proyecto, que empezaría a funcionar al día siguiente, Araceli y Matilde se fueron juntas. Saldrían tal y como entraron, por el garaje, donde aún permanecía su chófer a la espera. Como tenía los cristales tintados nadie las vería. Juan saldría a la vez y así, si había alguien espionando, fuera algún lacayo de ese tal Alda o del propio Paco, o fuera prensa, no sabrían a quién seguir. Sería una buena maniobra de despiste. Después, el tráfico de Madrid y la pericia de los conductores haría el resto.

Claudia se quedaría donde estaba, en el piso de Santiago y llegado el momento, ya se encargaría Araceli de sacarla. Y Santiago, por mucho que le pesara, al día siguiente volvería a su quehacer normal a las órdenes de Paco. Esa noche sería su noche de tregua.

Cuando todo se fueron y Santiago y Claudia se quedaron solos, él la volvió a pedir mil veces perdón y la besó, abrazó y acarició como nunca. Y a calor de sus ojos, sus pecas, sus labios y sus rizos color fuego, se durmió deseando que el plan de Araceli funcionara.

## Capítulo 37

Al día siguiente, según el método de Araceli, Santiago, apenado por dejar a Claudia sola —le hubiera encantado quedarse con ella y olvidarse del mundo—, se fue a la sede de EGO donde Paco le explicó los actos de día. Le tocaba pegar carteles por Madrid, hacer algunas declaraciones para la televisión local y después coger el coche para dar un mitin a la tarde en Valladolid. Comerían por el camino. Esa noche dormirían en la ciudad castellana. Al día siguiente recorrerían parte de Castilla y León, donde tenían muchos posibles votantes, volverían a pasar allí la noche y al día siguiente regresaría a la capital bien temprano porque era domingo 14 de abril, día de la República, y Paco tenía el día planeado para fastidiar a los rojos del país. Primero irían a misa a La Almudena y después de comer, a la tarde, el partido daría un mitin multitudinario en Vistalegre. Querían hacer sombra a los de Unidos Siempre que solían celebrar allí mítines llenándolo por completo.

Mientras tanto, Araceli y Matilde visitaron de nuevo a Claudia y le llevaron ropa limpia porque la que ella tenía por allí estaba hecha un desastre y no podía lavarla. Santiago no tenía lavadora porque siempre iba a una tintorería y ella no quería arriesgarse a que nadie la viera por unas camisetas o unos pantalones. Podía vivir perfectamente con la ropa sucia.

—Es que, maja, vaya desastre —la regañó Matilde que era muy responsable, sobre todo con asuntos de limpieza.

—¿Y la tienda? ¿No la abres hoy? —preguntó Claudia para cambiar de tema. Sabía que su amiga tenía razón, pero no le apetecía hablar ello.

—Hoy no. Está cerrado por defunción

—¿Cómo? Pero a ti no se te ha muerto nadie, ¿no? —Matilde negó—. Entonces, ¿y si se dan cuenta los espías de Paco?

—No lo harán porque anoche cuando decidimos cerrar la tienda para estar al cien por cien con el plan, a Araceli se le ocurrió una idea buenísima.

Claudia miro a Araceli esperando una respuesta. ¿Qué era lo que había hecho?

—No se van dar cuenta porque he buscado en el pueblo de los abuelos de Matilde y en los alrededores más cercanos defunciones recientes y, casualidad, hace dos días murió un señor que comparte apellidos con ella, así que lo hemos utilizado como si fuera un familiar. Hemos mandado una corona enorme de flores y también hemos comprado un billete de tren y un par de noches de hotel a nombre de Matilde.

—¡Eres la bomba, Araceli! —le alabó Claudia agradecida—. No sé si alguna vez podré pagarte como te mereces todo lo que estás haciendo por mí y por Santiago.

—No solo lo hago por eso. También lo hago por mí, así que no me debes nada. Es algo que Paco y ese partido se merecen. Además, tú y Matilde me habéis acogido y me habéis convertido en vuestra amiga y eso es algo que os tengo que agradecer yo a vosotras y al cenutrio de Santiago —y sonrió para disimular porque se le habían humedecido los ojos. Ella no tenía amigas porque todas las que decían serlo habían sido, desde la cuna, educadas como su madre la quiso educar a ella y eso no lo soportaba—. Y ahora, basta de charla que tenemos que preparar nuestra parte del asunto.

Su parte consistía en dar la mayor de las exclusivas sobre partidos políticos, chantaje, corrupción y amor.

Para ello, Claudia llamó a su jefe en *El Globo* y después de asegurarle que todo iba bien y que ella estaba perfectamente —Araceli y Matilde, el día que la encontraron, ya le pusieron al corriente de que estaba bien, sana y salva—, le prometió una exclusiva que haría temblar los cimientos de la política actual en el país a cambio del cumplimiento de una serie de requisitos que habían elegido para que nadie en el periódico quisiera aprovecharse y sacar tajada dejándolas al margen y que todo su plan se fuera al garete.

Las condiciones eran que la entrevista se haría en casa de Araceli Wesler, el fotógrafo lo encargaría la propia Araceli, los periodistas que podían estar presentes serían únicamente tres: Enrique Peña, Claudia Armendáriz y Susana



Furentes. Además, todos ellos firmarían una cláusula de confidencialidad sobre todo lo que allí se hablase que no fuera a ser publicado.

Enrique se sorprendió muchísimo de recibir semejante oferta, pero aceptó sin rechistar. Le pareció que la información merecía la pena y que las peticiones tampoco eran para tanto. Cosas más complicadas había visto a lo largo de su carrera. Pero antes de aceptar de forma definitiva, debía hablarlo sí o sí con el mandamás del periódico. Araceli consintió y así, durante todo el día 12, a la espera de la decisión definitiva, prepararon entrevista a la que finalmente *El Globo* accedió, que se haría el 13 en la casa de La Moraleja de la falsa novia de Santiago Peñascal.

Paco, ajeno a todos los tejemanejes de Santiago y lo demás, estaba feliz. En cada mitin se sentía más seguro y con más fuerza. Estaba convencido de que, al final, llegarían a La Moncloa. Casi podía tocar el sillón.

Santiago obedecía, sonreía y se hacía fotos con todos. Bailaba con las guapas y con las feas, con las jóvenes y con las viejas. Con todas tal y como le decía Paco. Se comunicaba con Claudia por mensajes encriptados que desaparecían al de unos minutos para que nadie pudiera leerlos después. Ni Paco ni ninguno de sus espías. Y cada segundo de esos días que tuvo que pasar acompañado de Paco y de otros miembros del partido, solo pensó en el plan de Araceli. Tenía que funcionar. Él ya estaba haciendo su parte y llegado el gran día, el 14, lo terminaría. Funcionaría y todos serían libres.

El día 13, según lo acordado, Juan, con un coche con los cristales tintados, fue a recoger a Claudia a casa de Santiago y la llevó, sin que nadie se diera cuenta, a casa de Araceli. Durante los siguientes días estaba contratado por ella, que llamó a la empresa para la que él trabajaba y pidió expresamente sus servicios. Quería a Juan y a nadie más. Iba a pagar más de lo habitual, así que la compañía no puso ninguna pega. Juan sería un chófer más de Araceli hasta que el plan concluyera.

A la casa de Araceli, Claudia llevó su maleta y parte de sus cosas, pues así se lo pedía el plan, aunque esa última parte era un secreto y lo que iba a pasar después del mitin del día 14 en Vistalegre, solo Araceli lo sabía.

Una vez en la casa de La Moraleja, donde la esperaban Araceli y Matilde, prepararon el salón y el despacho para que el fotógrafo de confianza de Araceli pudiera hacer unas cuantas buenas fotografías de esta para la súper exclusiva. La idea era que se las hiciera antes de que llegaran Enrique y Susana, que estaban convocados a las doce. Cuando Claudia llegó al chalé de La Moraleja, Araceli ya estaba vestida, maquillada y peinada. El vestido, para sorpresa de Claudia, era un traje lleno de la palabra *Equality*. Más claro, agua. Era evidente que Araceli no se iba andar por las ramas en la entrevista.

A las doce, tal y como habían convenido, Enrique Peña y Susana Furentes llegaron. Los trajo el chófer de Araceli en uno de sus coches privados, también con los cristales tintados para que nadie supiera quién iba dentro. Era la única manera de salvar la prensa que, de día o de noche, había alrededor de la parcela del chalé. Tras desmentirse su boda con Santiago, el número de periodistas a sus puertas había disminuido, pero siempre había algunos de guardia. No quería correr riesgos y por eso había enviado a su chófer.

Sentados en el salón, Araceli, una vez comprobado que todos habían firmado los papeles preparados sobre confidencialidad por sus abogados, dejó que Enrique pusiera la grabadora en marcha y sin titubear ni una sola vez, les relató, con pelos y señales, todo lo que ella podía demostrar sobre Paco Villambrosa que era, a su juicio, la pieza que debía caer, sí o sí, después de que toda la información que ella facilitase en ese día se hiciera pública. Y una a una respondió a todas las preguntas que le hicieron, tanto Enrique como Susana.

Habló sin tapujos sobre su orientación sexual, desvelando que era lesbiana y que por culpa del partido y de su familia nunca se había atrevido a salir del armario hasta ese día. Contó cómo EGO imponía que su orientación era una desviación a sanar de cara a la galería, y por lo tanto a ocultar a la opinión pública, aunque luego, en tu casa, tú podías hacer lo que te diera la gana siempre que no llamaras la atención. Por culpa de esa política, había dejado escapar a buenas amigas con las que, quizá, ya nunca lo sabría, tal vez hubiera podido vivir una buena vida de amor y compañía.

También explicó que, en realidad, nunca fue novia de Santiago y que todo fue un montaje ideado por Paco para que EGO captase los votos de los que creían que un candidato con novia formal, además de alta alcurnia, sería mejor Presidente que uno soltero sin pareja conocida. Además, cuando Paco se enteró de que Santiago tenía novia, Claudia Armendáriz, le dio igual y no modificó su plan. Lo que sí hizo, por supuesto, fue espiarles y de eso Araceli tenía pruebas. Las fuentes que se las habían promocionado, no las quiso desvelar.

Por supuesto, también relató la marcha del partido de Santiago, su sorpresa ante el anuncio de boda y el chantaje al que Paco le sometía y que este acataba para que Paco no hiciera daño a la periodista. De eso, en las últimas horas, también había conseguido pruebas que les enseñó y que les dio permiso para publicar. Eran correos electrónicos y llamadas telefónicas entre Paco y Evaristo Alda en las que hablaban de Claudia de forma despectiva y con insultos, y dejaban bien claro que, para ellos, palabras textuales, tenían a Santiago bien cogido por los huevos. Se les escuchaba hablar del plan que Paco ideó para que su candidato dejara a la periodista pelirroja de *El Globo* y volviera obediente al redil.

Enrique tenía muchos años de profesión a su espada, pero aquello se le antojó increíble. ¿De verdad habían ideado un plan tan retorcido con el único objetivo de que un candidato no saliera con una chica? Era tan ridículo como desesperanzador porque ya ni el amor se salvaba de la corrupción política. Aunque claro que si uno analizaba bien la situación, Enrique era consciente de ello, no solo era una cuestión amorosa. Había en juego mucho más porque al irse Santiago de EGO, Paco sabía que perderían bastantes votos y también apoyos de personalidades importantes de la política y economía nacional, y con ellos su dinero, por supuesto. Esa debilidad, además, sería, sin duda, utilizada para ir contra EGO en la campaña por sus contrincantes, como la derecha de toda la vida. Igualmente, tenían poco tiempo de maniobra con lo que encontrar un candidato lo suficientemente bueno era hartamente complicado, por no decir casi imposible. La opción más razonable era poner a Alejandro Zárate lo que,

ciertamente, era *vox populi*, alejaría al sector más moderado de esa derecha radical que si bien podía parecer mentira, existía.

Susana, por su parte, al escuchar todas las barbaridades, a cual peor, que tanto Paco como su socio Alda decían sobre Claudia, miró a la periodista con cierta lástima, pero esta le hizo un gesto con la mano para que no se preocupara. Antes de que ellos llegaran, Araceli se las había enseñado, para que estuviera al tanto. Al principio, sobre todo al escuchar las grabaciones, le dolió, porque hablan de ella como si fuera un simple trozo de carne y no había en sus palabras ningún tipo de respeto ni por ella ni por Santiago ni por lo que ambos sentían, pero tampoco lo había por los votantes ni por el partido. Solo eran dos tipos que se creían muy duros, muy machos y con mucho poder hablando despectivamente de cualquier cosa que no fueran ellos.

Las conversaciones se prolongaron a lo largo de todo el día, pues lo que Araceli les contó daba para mucho. Por eso la exclusiva se daría por entregas. Por eso y por petición de Araceli que tenía una idea muy clara de qué decir, cuándo y por qué. La primera sería al día siguiente, 14 de abril, y trataría, para que Paco no se pusiera en alerta, solo sobre la salida del armario de Araceli y la relación secreta de Santiago con una periodista, con Claudia Armendáriz.

Araceli insistió mucho en que en el periódico, ese día, solo debía aparecer esa parte para que su plan fuera bien. El resto debía aparecer a partir de las 6 de la tarde del 14 y no antes. Enrique y Susana se comprometieron a hacerlo así. A las seis habría un adelanto web de lo que al día siguiente 17 y los posteriores, publicarían sobre Paco y ahí sí, tratarían de las grabaciones y los correos, así como de sus chantajes y coacciones.

Antes de marcharse para ir a redactar la información, Enrique se acercó a Claudia le dio un abrazo.

—He hablado con los jefazos y me han dicho que te han dado un permiso especial para ausentarte varias semanas y que después volverás a *El Globo* —y le sonrió.

—Sí. Araceli, cuando mandó los papeles de confidencialidad para firmar,

también incluyó esa condición, así que, ya ves. Soy libre hasta después de las elecciones.

—A mí me alegrará que vuelvas, aunque debes ser consciente de que en cuanto todo salga publicado, tú también serás noticia.

—Sí, lo sé, Enrique, pero no me preocupa porque creo que es lo que hay que hacer. Además, tú y yo sabemos que esto durará una temporada, hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Después habrá muchas otras noticias de las que hablar, como siempre.

—Sí, eso es verdad, pero mientras tanto, ¿qué vas a hacer?

—No te preocupes, estaré bien y la verdad es que no sé a dónde voy a ir las próximas semanas porque de eso se encarga Araceli. Es la última parte de su plan y, de momento, no ha querido decírmelo. Dice que es una sorpresa.

—Esa mujer es muy lista y muy valiente. Hazle caso en lo que te diga. Está arriesgando mucho, así que todo lo que haga, lo hará concienzudamente.

A continuación, con la promesa de una vuelta a la redacción en cuanto acabasen las elecciones, Enrique y Susana se fueron al periódico. Tenían una larga noche por delante y mucho que escribir.

## Capítulo 38

Al día siguiente, 14 de abril, España despertó con la noticia en exclusiva en *El Globo* de que Araceli Wesler ya no formaba parte de EGO, partido al que calificaba de mentiroso, retrógrado y aseguraba que estaba formado por demasiados cegatos y demasiados tontos con ganas de ascender y pillar un buen sillón. Salía del armario y confesaba también, para estupor de los seguidores de EGO y satisfacción de los contrarios, que Santiago Peñascal había dejado el partido y la política hacía semanas para poder ser libre y vivir una vida “normal”. También que desde hacía meses mantenía una relación secreta con una periodista llamada Claudia Armendáriz. Sobre el motivo por el que el candidato había vuelto a la primera línea de la política después de dejarlo, no se decía nada y se dejaba, por el momento, a la libre interpretación de la gente.

Paco leyó la exclusiva de Araceli en el coche, de camino a Madrid. La rabia le salía por las orejas.

—¡Será hija de puta! —fue lo primero que dijo sobre ella y lo más suave—. ¿Cómo se ha atrevido a hacer una cosa así? Yo la mato. Te juro, Santiago, que la mato.

—Bueno, Paco, ya sabes cómo es Araceli —disimuló su satisfacción Santiago. Ver a Paco tan cabreado era todo un premio y significaba, además, que el plan de Araceli iba viento en popa—. Es un poco dramática y le gusta, de vez cuando, montar numeritos.

—Joder, tío, pero es que estamos en campaña y a dos semanas de las elecciones. ¡No me jodas, hombre! ¿No podía montar el numerito más tarde? —y sacó el móvil dispuesto a llamarla y decirle todo lo que pensaba de ella y de sus declaraciones.

—No creo que te lo vaya a coger.

Paco sabía que Santiago tenía razón, pero lo intentó de todas formas y le dejó un estupendo mensaje lleno de insultos y amenazas en el contestador. Mensaje

que él no sabía, pero que más adelante, Araceli utilizaría contra él.

—¿Y tú sabías algo de todo esto? —se dirigió entonces a Santiago—. ¿No me la estarás jugando?

Santiago levantó las manos, y negó con la cabeza.

—A mí no me mires, Paco —se defendió—. Yo no tenía ni idea. Todo esto no va conmigo.

—¿Y lo que dice de la pelirroja? —insistió el jefe de prensa.

—Ya no estoy con ella y lo sabes.

Luego bajó la cabeza, fingiendo estar asolado por la enorme pérdida que le suponía no poder salir con Claudia. Paco así lo entendió y dejó, por el momento, de acosarle con el asunto. De inmediato, llamó a Alda para echarle también la bronca, pues no había detectado que algo así iba a ocurrir. ¿Qué clase de espía era? ¿Y se decía a sí mismo que era el mejor en su trabajo? Estaba claro que no. A continuación, anuló la asistencia de Santiago y de otros miembros del partido, incluido Alejandro, a la misa de La Almudena porque tras el revuelo creado por las declaraciones de Araceli, las llamadas que estaban recibiendo todo el equipo e incluso cualquier miembro de EGO de cualquier lugar de España eran constantes y a cuál más incómoda con preguntas molestas que en ese momento, a falta de preparar un buen contraataque, era mergo evitar.

Así las cosas, Paco decidió que ese día irían solo al mitin de Vistalegre. Allí no habría problemas. Tal y como estaba organizado, los periodistas, que se iba a multiplicar como las setas, podrán recoger las declaraciones del candidato y otros intervinientes durante el acto, pero no después ni antes. Era política de EGO no hacer ese tipo de declaraciones que solían, de forma irremisible, desviar la atención del mensaje que ellos, en los discursos de los actos y mítines, querían lanzar.

Durante la reunión que mantuvieron previa al mitin, con comida incluida en el despacho de Paco, Santiago se mantuvo firme en el papel que le tocaba representar. Aseguró, por activa y por pasiva, jurándolo incluso, que él no sabía nada de todo aquello. También le prometió que no estaba con la periodista. La

había dejado tal y como quedaron y no la había vuelto a ver desde entonces. De hecho no sabía nada de ella.

—¿Cuántas veces te lo voy a tener que decir, Paco? Y creo que deberíamos ya dejar de hablar del tema y centrarnos en el discurso del mitin, ¿no te parece?

Paco, a regañadientes, aceptó. Santiago tenía razón. Había que intentar salir airoso del mitin y dejar claro a todos los asistentes, presenciales y virtuales, que ellos eran EGO; que no se achicaban ante las acusaciones de una desertada, pues así es como había que dibujar a Araceli, una mujer vengativa que hacía todo aquello porque no había conseguido lo que quería. ¿El qué? Daba igual. Eso era lo de menos. Lo principal era enseñar los dientes, sonreír, como dijo en su día aquella folclórica, que no le faltaba razón, y demostrar que ellos se mantendrían en pie, cayera quien cayera. Que ellos no se acobardaban y que saldrían airoso de esa y de cualquier otra acusación o deserción. Por eso hizo algunas modificaciones en la parte final del discurso de Santiago. Así a todos sin excepción les quedaría muy claro quién era él y quién era EGO.



## Capítulo 39

Tal y como estaba previsto, a las cinco de la tarde dio comienzo un mitin multitudinario en Vistalegre. Simpatizantes, militantes y curiosos, junto a periodistas, cámaras y fotógrafos —más de lo habitual debido a la exclusiva de Araceli—, se dieron cita para ver y escuchar a los candidatos de EGO al Congreso y al que se postulaba como próximo ocupante de La Moncloa. Estaba a reventar. Fuera, como ya había ocurrido otras veces, había manifestantes que gritaban consignas en contra del partido de ultraderecha. La policía los mantenía alejados de los que no habían podido entrar en el recinto y se agolpaban frente a las pantallas gigantes colocadas en el exterior, expectantes y ansiosos por escuchar a su ídolos, agitando nerviosos banderas de España junto con algunas de comunidades autónomas, de los tercios y también alguna que otra extranjera.

El primero en hablar tras una subida apoteósica al escenario, fue Paco, que invitó a todos a no perderse ni una sola palabra de lo que allí se iba a decir ese día. «El discurso final», pensó, «lo merecía».

Mientras el mitin transcurría con normalidad entre aplausos, canciones, discursos y más discursos de unos y otros, Araceli, Matilde y Claudia también acudieron al lugar. Fueron en coche y gracias a una autorización especial que Araceli había conseguido, lograron entrar por una zona restringida, alejada de la multitud, sin que nadie las viera. Juan, en otro coche, también las siguió y entró con la misma autorización.

Se bajaron y esperaron a que Araceli les dijera qué hacer a continuación. Esta miraba el reloj con ansia, como si por mirarlo tan fijamente el tiempo se fuera a parar o a avanzar más aprisa. Finalmente, dieron las seis de la tarde. Sacó la tableta y comprobó, satisfecha, que los de *El Globo* habían cumplido su parte del trato. En primera plana estaba un avance de la nueva entrega de la exclusiva que saldría al día siguiente junto con un jugoso fragmento de una de las llamadas de Paco a Alda donde se hablaba del chantaje a Santiago Peñascal.

—Vale. Es la hora —les anunció cogiéndolas por las manos—. Esto es lo que vamos a hacer.

Explicó cómo Matilde y ella se quedarían dentro del coche por si había algún problema, aunque esperaba no tener que dejarse ver en público en ese lugar precisamente porque tenía miedo de que tras lo contado, algún listo la agrediera. Y Claudia se acercaría escoltada por Juan, por si acaso alguien la reconocía, había que estar alerta, hasta el mitin. Irían, ayudados por un guarda de seguridad que ella había comprado, hasta el escenario y Claudia subiría a él. Después, se dejaría llevar por Santiago. Él sabía cómo seguir el plan y qué hacer.

Y así lo hicieron. Claudia, nerviosa como nunca, de la mano de Juan que le dio ánimos todo el caminó, entró al recinto por la puerta que Araceli les había indicado y buscó al guarda de seguridad comprado. Este les condujo al escenario y, una vez allí, ayudó a la periodista a subir. La acercó a Santiago, que estaba en ese momento con el discurso final.

Cuando los asistentes la vieron, primero se hizo silencio y después un gran murmullo invadió el local.

—¿Quién es esa? —se preguntaban entre murmullos.

—Es la periodista —se comenzó a escuchar por el recinto.

La prensa allí congregada, se arremolinó a los pies de Santiago y Claudia, esperando que alguno de los dos dijera algo. Paco quiso intervenir, pero Alejandro, por una vez, aunque él no lo supiera ni lo viera como tal, hizo algo bueno por otros y lo paró. Lo hizo por su propio beneficio al pensar que si Santiago salía del partido, él sería el candidato, pero sirvió para que Santiago, por fin, cogiera el discurso de Paco y delante de todos los asistentes, lo rompiera. A continuación, de la mano de Claudia, se dirigió al público.

—Yo no soy quien vosotros creéis. Yo soy solo un hombre enamorado.

Araceli y Matilde, al oír aquello en la tableta, sentadas en el coche, sonrieron y se abrazaron. Estaban emocionadas. Estaban felices. Araceli, además, estaba segura de que aquello sería un duro golpe para EGO lo que la satisfacía aún más.

—Creo en el amor por encima de todas las cosas —continuó Santiago

micrófono en mano. Nunca había estado tan seguro de lo que quería decir— porque es el amor lo mejor que es capaz de sentir el ser humano. Y eso es precisamente el mensaje que quiero lanzaros, aunque os suene teatral. Quiero que miréis a vuestro alrededor y penséis qué es lo que realmente os hace felices. ¿El dinero? ¿La política? ¿El poder? ¡No! Es el amor.

Tímidos aplausos al fondo se dejaron escuchar. Claudia sonrió y apretó con más fuerza la mano de Santiago.

—Todo esto es mentira —y señaló las banderas y logotipos de EGO—. Os he estado mintiendo. Os he dicho cosas en las que no creo para que me votarais, para que votarais a EGO y conseguir un sillón que no me merezco porque mi intención no fue hacer cosas buenas para nadie. Solo, tal vez, para mí mismo. Por eso, hoy me voy. Abandono, y lo hago con la satisfacción de haberme encontrado y haber ganado por el camino el mejor de los premios que es la confianza y el amor de esta maravillosa mujer.

Se giró hacia la periodista y se dejó envolver por la luz mágica de sus ojos verdes que lo contemplaban expectantes, su sonrisa, amable y llena de ternura. Enredó sus dedos entre su pelo rojo fuego, su perdición y la atrajo hacia él.

La besó. La besó delante de todos como si el mañana no existiera y como si nada más importara en el mundo. La besó y abrazó sintiéndose, por fin, libre.

Después, por última vez, se giró al público.

—Ahora, ¡soy libre! —les gritó y, junto a Claudia, bajó del escenario escoltado por Juan y el guarda de seguridad.

Juan les llevó a su coche donde, para su sorpresa, les esperaba una botella de champan y unas maletas ya hechas en el maletero. Araceli.

Se metieron dentro, ávidos de amarse de nuevo como lo habían hecho la primera vez que Juan les invitó a hacerlo. Pusieron rumbo a un lugar desconocido —solo Juan y Araceli sabían cuál era— donde Claudia y Santiago pudieran ser libres para amarse hasta el fin de los tiempos.

**FIN**

## **Agradecimientos**

Quiero dar las gracias a JL por creer siempre en mí. Él sabe, además, que esta historia, en apariencia sencilla, esconde muchas horas de trabajo e insomnio.

Gracias a mis padres y hermano porque sin ellos y sus ánimos esta novela no habría visto nunca la luz.

Y por último quiero dar las gracias, por supuesto, a todos los que escogéis leer y cada día nos animáis a los escritores a seguir, crear, imaginar, soñar.